



LUZ  
DE  
ABRIL

*Clara  
Fuertes*

*Un viaje a la India. Un viaje hacia el amor.*



Luz de Abril  
Un viaje a la India  
Un viaje hacia el amor

# Índice

María

Abril

Como en una nube

No intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo

Aterrizando en gris

Un paseo por Delhi

Tierra de símbolos

El espíritu del agua

El brillo de una mirada

La fortaleza de los vientos

Hola, me llamo Abdul. Tienda 71

La belleza de la muerte

Y mañana, ¡a Delhi!

Dedicada a María José

Búsqueda es una palabra magnética,  
es mi pasión.

*Hemos visto las estaciones ofrecerse  
y pasar, y hemos dicho:  
¿Por qué un hombre o una mujer  
no hacen lo que las estaciones  
y se ofrecen como ellas?  
Demorad un rato,  
pasad, sed copiosos, sobrios, castos, magnéticos,  
y que lo que ofrezcáis vuelva  
como vuelven las estaciones,  
y que sea como ellas.  
W. Whitman*

*Y el milagro, el auténtico milagro:  
esas encrucijadas donde todo lo que pasa termina por encontrarse.  
Chantal Maillard*

# María

Apenas puse un pie en la terminal del aeropuerto respiré aliviada. «¡Ya estoy en casa!», recuerdo que pensé. Ni siquiera me afectó demasiado que mi maleta no apareciese girando junto a las otras en la cinta transportadora, ni la soledad, que después llegó, mientras esperaba a que se resolvieran los trámites para solventar la situación y encontrar a la gran perdida, repleta de regalos y prendas que en Madrid serían, sin lugar a dudas, inservibles. Y mientras me hacían un sinfín de preguntas, la enorme sala de espera se había ido quedando vacía; todo el mundo parecía correr hacia la salida, como si de pronto se hubieran dado cuenta de que ya no podían soportar más el tedio del viaje, las horas destempladas, la falta de sueño o el desfase horario. A mí todo eso me daba igual. No deseaba huir del aeropuerto, como no deseaba llegar pronto a una casa que no era la mía. Allí, ¿quién me esperaba?, ¿sabrían ellos hacerme una taza de té indio con jengibre, con cardamomo y una nube de leche?, ¿la cocina desprendería algún aroma a especias?, ¿desde la ventana qué podría contemplar? Volvía dividida. Volvía, por qué no confesarlo, con el corazón hecho añicos. Volvía sin querer volver o queriendo volver pero habiéndome dejado allí una parte, o todas las partes, de mi vida.

Y no había culpables, o quizá sí los había y todo el mundo lo era, eso culpables, mi madre, mi padre, él, incluso yo misma era culpable, un gran complot, una venganza por cobarde. Era preferible no pensar en ello, no darle demasiadas vueltas y para consolarme me repetía incesantemente que había sido yo, solo yo, quien había tomado la decisión de volver... ¡volver!

«¡A casa! ¡Ya estás en casa!», me decía, me repetía, pero no me consolaba.

Cuando me dejó, por fin, partir la chica que atendía las reclamaciones en el aeropuerto, con la promesa de que mi maleta aparecería tarde o temprano y que me la enviarían a casa, paseé lentamente por los interminables pasillos de la terminal de Barajas, me sentía ligera, sumergida en un llanto silencioso, interno, sin lamentos, que tan solo yo podía escuchar. Las lágrimas me escocían, me recorrían de arriba abajo el rostro, las que caían yo las recogía, las arrastraba, las movía; mi sollozo me acompañaba mezclándose entre las conversaciones de la gente, amenas, histéricas, o incluso enfadadas —los aeropuertos son lugares increíbles, son una fauna—, durante el trayecto del metro, en plena hora punta de Madrid, y un poco más tarde en el autobús de la periferia. ¡Qué largo puede hacerse el camino de vuelta a casa!

Mientras me desplazaba, me parecía increíble que pudiese entender nuestra lengua, su acento jovial, distendido, cargado de palabrotas malsonantes, que de pronto, había descubierto me gustaban. Sí, me encantaba la sensación de entenderlo todo, de compartirlo, sus problemas, sus sueños, su día a día, jóvenes, mayores. Sabía que no me correspondía escuchar, que no estaba bien, pero no podía evitarlo, y estiraba la oreja, la ampliaba.

Al llegar a mi destino paseé un buen rato perdiéndome por las estrechas y empedradas callejuelas de la parte vieja del pueblo. Mi pueblo era un lugar melancólico, algo triste, su silencio me sobrecogía siempre, pero aquel día su sigilo contrastaba con mi cabeza, aún repleta de bullicio. Todo estaba igual, tal y como yo lo había dejado, limpio, blanco, ordenado, solitario, o al menos a mí me lo parecía, después de vivir en un país caótico y sucio, mi pequeño pueblo era el paraíso, un paraíso de lo más aburrido, con una calle principal, algunas tiendas, unos inviernos demasiado cortos, un verano ardiente cargado de luz blanca y nada que hacer. La gente me reconocía al pasar, me saludaban sin grandes alegrías, como si tuvieran en la garganta un timbre apagado, y cuando pasaba se volvían, me observaban, cuchicheaban. ¡Ya tenían tema de conversación! Aunque a mí me daba igual, la que sufría era mi madre, su vida se movía en función de lo que opinaban los demás. Me fui acercando. La visión de mi padre, a lo lejos, sentado en la

gran terraza de la casa familiar, leyendo o quizá dormitando sobre el periódico abierto, me encogió de pronto el corazón. ¿Habría sufrido en mi ausencia?, ¿cuántas discusiones habría tenido con mi madre?, ¿cómo iban a recibirme después de engañarles, desobedecerles, y romper un compromiso ya pactado desde hacía años?, ¿cómo iban a aceptar que, pese a volver, yo no pensaba renunciar a él? Me sentía como una niña pequeña, ansiosa, necesitada de un cálido abrazo. La pasión que había dejado en la India nada tenía que ver con ellos, aquello era distinto, volver era distinto, era real, auténtico, era parte de mí, de la infancia, del futuro.

—¡María! —escuché gritar de pronto.

Su voz áspera y familiar, de tanto fumar en pipa, me sacó de mi propio ensimismamiento.

—¡María!, ¡has vuelto! —dijo mi padre corriendo torpemente hacia mí con lágrimas en los ojos.

Me emocionó tanto su mirada, mi nombre pronunciado en su voz, alta, ronca, el alivio de su abrazo que, por primera vez desde que había emprendido el viaje de vuelta a España, no tuve ninguna duda de que había hecho lo correcto. Sin embargo, cuando mi madre apareció en el umbral cargada con aquel resentimiento tan suyo, tan hiriente, supe que nada sería fácil, mi vida no sería fácil, ¿acaso lo había sido en algún momento? ¡Cómo iba a hacerle comprender a aquella mujer dura como la roca, que jamás había viajado más allá del azulado mar Mediterráneo, que no había conocido otras razas, ni mucho menos tratado con ellas, que volvía, sí, volvía pero sin renunciar a Sanjay!, ¡a él nunca! ¡Cómo podía explicarle a mi madre que amaba a un indio, que mi corazón ya no podría pertenecerle a ningún otro, que había huido de la India, no por él! Cómo decirle que aquella tierra lejana, exótica, de raíces rojas, de turbulentos cielos, de ruidos ensordecedores, de colores insultantemente alegres y pobres, agujereados, sucios, había conseguido enamorarme, pero que, al mismo tiempo, no había sido capaz de soportar su calor, la humedad, el tiempo que allí avanzaba de otra manera, a un ritmo descontrolado, lento, o de vértigo y sobre todo la negrura de los otros hombres, hombres que no sabían mirar como Sanjay. Había llegado a detestar, casi tanto como a amar, el

desorden, la inseguridad de las calles polvorientas, el suelo sembrado de cicatrices y manchas rojas, los animales sueltos. No, mi madre no sería capaz de entender, porque ni siquiera yo podía hacerlo. En realidad, todavía me preguntaba el porqué de mi regreso, y me lo preguntaría semanas después, meses después, quizá años después. ¿Por qué?, ¿por qué no me había conformado solo con el amor que Sanjay me ofrecía? A veces el amor puede llegar a ser suficiente, puede llenarlo todo. Yo fui capaz de hacer lo más difícil, romper un compromiso eterno, volar sola hasta la India, buscarle, amarle sin papeles, sin compromisos, con el mundo en contra y no fui capaz de hacer lo más sencillo, quedarme.

Solo eso, quedarme.

Tardé mucho tiempo en volver a tener noticias tuyas, una carta, algo que me indicase que lo que habíamos vivido no había sido tan solo un sueño y mientras esperaba —le esperaba—, volvía a la India cada día, a sus escenarios, a la magia del lugar, al lamento y a la desesperación. Me envolvía en mis saris y me perfumaba con jazmín. Le añoraba. A veces me adornaba la frente con una pequeña mancha de sándalo anaranjado y me tumbaba en mi cama reviviendo mis días y aquel viaje al Rajasthan. Fue nuestra luna de miel. Con la oscuridad y el silencio de la noche lo evocaba, lo llamaba, pero cualquier momento del día me lo devolvía, mientras bebía un café recordaba el suyo cuando me lo acercaba a la cama, en vez de árboles, veía tamarindos por las calles, manchas de neem, las cazuelas de mi madre se convertían en recipientes de cobre que desprendían aromas de especias, cúrcuma, comino, macis, clavo, nuez moscada, anís, y entre todos los aromas, él, Sanjay y sus intensos ojos negros, Sanjay y su sonrisa blanca y aquella lengua que yo no entendía, Sanjay y su cabellera oscura, brillante, Sanjay y su piel tostada, Sanjay y sus últimas palabras: «¡Te escribiré!».

¡Pero no lo hizo!

Alguna vez llamaba.

Yo, sin embargo, le escribía cada día, largas cartas en inglés que me costaban mucho esfuerzo, un esfuerzo enorme, porque mi dominio de la lengua inglesa era escaso y no tenía ninguna ayuda,



salvo la de un libro de gramática y un diccionario ya muy usados. Después esperaba. Esperaba sus cartas, pero no llegaban, ¡no llegaban!, hasta que un día, casi un año después esperando, llegaron.

¡Sí, llegaron! y en ellas anunciaba que volvía a España. ¡Volvía a mí!, ¡por mí! En ese mismo instante, mi madre comenzó a preparar la boda, no había tiempo que perder.

Era el año 1983.

# Abril

Llevo meses queriendo reescribir este diario de viaje que llegó a convertirse en una novela romántica.

Llevo meses tratando de eludir la memoria de sus días, la intensidad y el interrogante que me circundó y sigue latiendo día a día.

Todo se encuentra en mi cabeza y no para, hierve a una temperatura descontrolada. ¡Es pasión!

Pienso en la India, sueño con la India, tengo pesadillas y momentos de luz máxima; le he puesto un nombre a esos momentos, «Luz de Abril», como me llamaba mamá de niña. Veo sus imágenes como si fueran postales estáticas o en movimiento, según el momento del día, vislumbro sus colores, recuerdo constantemente su extrema pobreza, sus desigualdades, su irritante conformismo a cuclillas, la caricia de aquella mujer sin rostro pidiéndome, el miedo, el aversión que me daban los ojos de los hombres siempre clavados en mi piel blanca, desnudándome sin sonrojo, sus muecas rojizas manchadas de neem, sus entrecejos cimentados en sándalo, sus rostros oscuros, delgados, sumisos, serviles, sus calles intransitables, la basura por todas partes, el agua sucia, la velocidad del trayecto, los animales cruzándose por el camino, por doquier, grandes, pequeños, medianos, la riqueza, el arte... Todo, todo lo que hago, digo, o pienso, me recuerda a la India. A él. Todo lo que me pasa me invita a recordarle. ¡Necesito recordarle! Quiero hacerlo. Su mundo forma parte ahora del mío, sus raíces forman parte de la mías. Me mentiría si pensase lo contrario.

Desde que he vuelto los meses han pasado a una velocidad de vértigo, y no he logrado concentrarme en nada que no sea la India, ni su recuerdo. Le espero. No hay tregua. Y la espera se me

está haciendo eterna. Desearía contarle mi historia a alguien, porque es increíble, lo es, y ni yo misma puedo creer en ella, a veces, otras sí, otras tengo fe y devoción. Parece salida de una película norteamericana.

Cuando lo pienso, la juzgo imposible, ¡qué historia!, ¿cómo pudo sucederme a mí una cosa así? Nadie me ha preguntado qué ocurrió, o simplemente si ocurrió algo. Y yo he callado. Me avergüenza pensar que no llegará a nada. Que quizá no tenga un futuro. Siempre he sido un desastre para el largo plazo, creo que es porque pido mucho. Sin embargo, a nadie le pasó desapercibo el brillo de mis ojos al volver. Es incómodo hablar porque sí, confiarse. Es incómodo preguntar. ¿Y si el brillo de mi mirada era de lágrimas, de nostalgia? Ninguno quería ahondar en la verdad. En mi verdad. Y yo tampoco escapar de ella. Si salía de mí, quizá corría el riesgo de romperse. Era tan frágil todavía. Era solo un punto seguido, un sonido de futuro.

Pensé en escribir una novela y me gustó la idea. No quería olvidar nada. Y comencé a darle vueltas, a hilvanar mi historia, a contarla como si fuera un relato de viaje, un diario. Recogí todos los cuadernos y les di forma. Las palabras me liberaban de las sombras, del eco y los murmullos, de la soledad.

Y emprendí el camino. Lo hice sin hacer ruido, sin decírselo a nadie. Revisé las notas, los lugares que había recorrido, las emociones, las frases sueltas, las reflexiones, los recuerdos, las noches.

¡Recuerdos!, los recuerdos de verdad no estaban escritos, esos se me agolpaban en la garganta y en el pecho. También en la piel. Eran demasiado densos, algunos muy duros y difíciles de asimilar, otros sencillamente maravillosos.

Y todo fue saliendo, en un desfile de páginas que resultó imparable. Fue como recuperar el habla. Y durante aquellos meses me vacié. Un día me encontré por casualidad en la puerta del Sol, mientras iba a registrar la novela que había escrito, a una vieja amiga de la infancia, Leonor, hacía muchos años que no nos veíamos. Nos pusimos al día sobre la marcha, de pie, en medio de la plaza, mientras los turistas pasaban y se hacían fotos junto a la

estatua del Oso y el Madroño. Yo llevaba entre mis brazos el manuscrito y ella, leyó, de pasada, el título de la obra: «Luz de Abril, un viaje a la India, un viaje al amor». Y entonces me hizo aquella pregunta que nadie de mi entorno me había hecho hasta aquel momento:

—¿Te fascinó la India?

—¿Fascinar? —fue mi respuesta. Otra pregunta.

—Sí, imagino que si has escrito un libro sobre la India, te habrá hechizado lo que viste.

—Eso sería conmovedor. Pero no, creo que no, aunque me hubiese gustado que lo hiciese. ¿Tienes tiempo, Leonor?, ¿te apetece un café?

...

»Supongo que tenía completamente idealizada a la India. Su imagen se había ido prefabricando, con todo lujo de detalles, en mi retina, en mi mente, a través de las guías turísticas y de los libros que desde hacía años había ido atesorando en mis estanterías. En favor de las agencias de viajes o de los libros que compré te diré que saben captar la esencia, lo más especial de la India, lo que fascina al viajero, las fotos a todo color son de una belleza contagiosa, pero todo es efímero. La India es un singular paraíso entre el cielo y el infierno, un espinoso existir diario, aunque eso lo supe mucho después. Recuerdo bien la última revista que me compré antes de emprender aquel viaje, porque me la llevé conmigo y me acompañó en mi largo recorrido. Uno de sus artículos se titulaba «India increíble». Y era cierto, no había nada que se le pareciera, al menos que yo conociera hasta aquel momento. La India era increíblemente pobre y rica al mismo tiempo, estaba llena de contrastes, era conformista, caótica, sucia, amable, despótica, hospitalaria y agradecida, democrática, injusta, machista, violenta, artística, religiosa, respetuosa con la naturaleza, con los animales, con los dioses y los templos, con las madres y las tradiciones, feliz, desdichada, todo eso era la India, todo eso, y mucho más. Un país de antónimos conviviendo, un país de gurús, supersticiones y peregrinaje, un país de porqués y respuestas imposibles; un país de karma y transición, de aprendizaje y oración, un santuario, el único

lugar del mundo capaz de cobijar todos los credos con relativa armonía. Y allí me pasó algo muy especial, algo que me ha marcado. Y por eso sigo allí. No he podido marcharme del todo. Tengo a la India metida en el corazón, y mi corazón es un puño cerrado que no quiere abrirse porque tiene miedo de no poder volver a cerrarse. Resulta algo asfixiante.

»He escrito durante meses—y miré el manuscrito, lo acaricié—. Lo que sentí entonces, lo que siento todavía hoy, lo puse en palabras y está aquí, atragantando mi vida. ¿Sabes?, ha sido lo más espinoso que he hecho nunca, ha sido lo peor, hablar con el corazón en la mano, desde mi centro, mi vientre, desde mi propio dolor, y el gozo de descubrir que podía vivir algo nuevo. Ha sido como desnudarme despacio, como hacerlo dos veces mientras el espejo me devolvía lo que hacía. No es fácil hablar del amor. No es fácil decirle adiós a un sueño, poner la última palabra, esa tan breve, tan poca cosa, y recomenzar desde una silueta que realmente no conoces. Pero a veces, nadie sabe por qué, las pieles encajan.

—Pero, Abril, ¿qué te pasó en la India?

—Pasó esta novela. ¿Tienes tiempo?, ¿te gustaría que te la leyera?

...

Al amanecer, en esta hora del día donde nadie puede molestarme, donde la noche todavía es oscura y se resiste a marcharse, donde el abrazo de las sábanas y la pesada colcha reconfortan con su calor anudado al cuerpo, mis dedos se deslizan veloces por el teclado intentando narrar lo vivido, el relato de un viaje que comenzó siendo muy especial y se convirtió en un abismo de emociones. Partí de mi diario del viaje. Pero eran solo notas, indicios, sensaciones, algún recuerdo. Los recuerdos son caprichosos, como los diarios, y de alguna manera, como una poesía escrita al finalizar del día, están fuera de contexto; es un rescate oscuro que pulsa por ver la luz, pero, en realidad, ha dejado de existir. Se reinventan los recuerdos, tienen que hacerlo, solo así consiguen sobrevivir.

Danzan como la vida mis dedos, danzan, dejando una estela de palabras, de frases, de sentimientos, la emoción que intenta

reproducir con certeza las nueve caras que muestra un corazón herido. Nueve caras, ni una más, ni una menos. Escribió sobre ello Anita Nair, una escritora india. Anita decía que el silencio y el léxico nos permitían comunicarnos, expresarnos, sentirnos, llegar a conocernos mejor: la paz del lugar, el amor hacia la tierra, el desprecio a las inmoralidades, la ira ante lo insultante, la sorpresa de la belleza, el valor del silencio, el miedo a lo desconocido, el disgusto de un escenario, la pena ante la inmensa pobreza. Y desde ahí parto, desde esas nueve caras de las que hablaba Anita y de mis propias caras conocidas, portarretratos de la gente, de amigos, de familia, mis padres están por todas partes. portarretratos de la gente que amo, de amigos, de la familia, de mis padres que están por todas partes.

Ellos me ayudan. Me recuerdan que no tengo a nadie a quien mentir desde hace tiempo, y menos a mí misma; me recuerdan que tengo que pasar página o quedarme en ella, si quiero. No hay prisa. Yo quisiera lo segundo, quedarme, a veces, pero sé que no es valiente vivir de los recuerdos. Como no es valiente rechazar un beso de un extraño, o pedirle otro más largo al abrir los ojos; como no es valiente terminar en un taxi con el rímel corrido, cuando lo que realmente te pide la piel es sexo, cama, explorar la vida y sus posibilidades durante la primera noche de un romance.

Por eso tenía que escribirlo todo, memorizarlo, soportar todas aquellas palabras oscuras y vomitarlas.

Un viaje, un retorno, sin aplausos, sin éxito todavía, un viaje al revés, una historia de amor que aún lo es. Quizá lo sea. Me gustaría.

Un viaje que comienza por un título: «Luz de Abril». Y una frase que me marcó: «Y mañana, a Delhi».

Después del título pasaron las horas, y mientras me recorrían pensé en el encabezado en torno al cual se moviera esta historia, y recordé el gran mándala que tenía Ángeles en la India, en una de sus habitaciones. Estaba en el techo. Era un gran círculo sagrado de luz, o eso decía Inés, la hija de Ángeles, que se colaba en mi habitación para hacerme diferentes trenzas y hablarme de cosas de la India. Fue Inés quien me explicó, que un mándala suponía la

integración de un todo. Y esa visión era la que yo quería para mi novela, la unión de un viaje y un destino: las ciudades que visité, la gente que se movió a mi alrededor, las nueve caras del corazón. Al volver pensé en Inés, pensaba en ella todo el tiempo, y fue cuando deseé ser madre. Ya nadie me hacía trenzas.

Y así comencé.

Siempre hay que hacerlo por algún sitio, y yo lo hice con el primer capítulo, y le puse por título *Como en una nube*, por aquella lejana conversación con mi amiga María:

## Como en una nube

—¡Estamos organizando un viaje en familia! —me dijo entusiasmada. Recuerdo muy bien la escena; era una calurosa tarde de septiembre. Habíamos quedado para tomar una cerveza a la salida del trabajo y ponernos al día del verano, y de los últimos acontecimientos pasados semanas atrás. Su madre había fallecido de improviso y todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo ni de asistir al velatorio, ni de darle el pésame.

—¿Ahora? —le pregunté sorprendida.

—¡No hay mejor momento que este, Abril! —respondió María tajante—. ¡Ella ya se ha ido!

Pensé que aquel «ella» abstracto y frío, casi lejano de emoción debía de referirse a su madre y me entristecieron sus palabras. Sabía que nunca habían tenido una relación fácil, pero percibí en su mensaje cierto alivio al decirlo. María pareció leerme el pensamiento.

—Sé lo que estás pensando, Abril. Y, sí, ha sido una liberación, un alivio. He querido amarla toda la vida, pero ella nunca me dejó hacerlo. Durante años busqué su aprobación, su perdón, su cariño, ese que dicen que sienten todas las madres hacia sus hijos, pero ella no me dejó acercarme.

—Lo comprendo —dije, por decir algo, aunque sin saber muy bien que significan aquellas palabras.

—No creo que puedas. Que una madre te rechace es desolador, te rompe por dentro, pero me queda el consuelo de sus últimas semanas —añadió.

—¿Y eso?, ¿por qué? ¿Ocurrió algo? —quise saber.

—No lo sé, Abril, pero cambió y fue extraño. Creo que tuvo una premonición, creo que presentía que se moría. He pensado mucho en ello, porque fue muy de repente, sin motivo alguno. De



pronto era amable, me hablaba, me escuchaba. Quería saber de mí, de mi vida, quería conocer mis sentimientos. Jamás había hecho nada parecido. Llegó incluso a preguntarme por mi viaje a la India.

—¿Tu viaje a la India? —le pregunté—, ¡después de tantos años!

—¡Sí!, para ella aquella escapada mía fue la gota que colmó el vaso. Después del viaje nuestro distanciamiento fue inmenso. Y nunca llegó a superarlo del todo. Y eso que ya habían pasado treinta y dos años.

—¿Y nunca volvisteis a ir a la India?

—Jamás.

—¿Y tus hijas?

—Tampoco.

—¿Por qué?, no lo entiendo, quiero decir, estás casada con un indio y lo normal sería que hubieras ido a la India de vez en cuando, que tus hijas conocieran al menos la mitad de sus orígenes.

—Es cierto, Abril, pero mi madre no quería que fuéramos y yo no deseaba volver a disgustarla. Ya te he dicho que durante toda mi vida solo anhelé que me quisiera, que amase a mis hijas, que aceptase a Sanjay.

—Me parece increíble lo que me cuentas —le respondí con tristeza.

—Pues no sabes nada —dijo María—. No he tenido una vida fácil, Abril. María se quedó callada unos instantes, su mirada se había ensombrecido y yo le acaricié la mano. Pensé que lo mejor en aquel momento era cambiar de tema y retomé el viaje que iban a emprender en familia.

—Por cierto, antes me has dicho que os ibais a ir de viaje, ¿adónde? —le pregunté interesada.

—¿Adivina? —me dijo juguetona, sonriendo de nuevo.

—¡A la India! —le respondí intuyendo el destino enseguida y guiñándole un ojo.

Y María me miró muy seria unos instantes. Yo seguía expectante ante su respuesta, aunque vislumbraba que había acertado.

—Sí... ¡a la India!, ¿cómo lo has adivinado?

Sonreí, me lo había puesto fácil. Y fue entonces cuando ella pronunció aquellas palabras, sí, fue justo en aquel preciso momento.

—¿Quieres venir con nosotros?

Entonces cerré los ojos y respiré muy hondo. Sobre el fondo negro que mi mente había creado pude ver el rostro de mi abuela. Ella siempre me hablaba de las señales, me mostraba los posos del café, donde yo solo veía un rastro negro sin sentido y me decía que cuando el destino se empeñaba, no había salida posible. Tenía una teoría de lo más descabellada sobre los ángeles y los espíritus, decía que nos rodeaban los buenos y los malos, algo así como lo que después se plasmó en la película de Ghost. Mi abuela era todo un personaje, decía que las cosas no sucedían porque sí, y todo aquello me ayudó a decidirme. Al abrir los ojos, el rostro de mi abuela se esfumó y la afable cara de María lo llenó todo:

—¿Vendrás? —me insistió.

—¿Pero si viajáis en familia, María?

—¡Sí y no!, es un viaje de reencuentro, pero no vamos a ir solos, queremos que nos acompañen algunos amigos.

—Entonces... ¡sí!, ¡desde luego!, ¡iré!

Justo después nos abrazamos.

—¡Es la primera vez que vas a viajar a la India!, ¿estás emocionada?

—¡Emocionada, sí!, pero te equivocas al decir que es la primera vez que voy a viajar a la India, en realidad lo he hecho muchas veces, infinitas veces —le dije—. Me conozco sus paisajes de memoria.

—Yo también —reconoció María—. Y es esa memoria la que quiero recuperar.

—Algún día me tienes que contar tu historia —le dije con curiosidad recogiendo el bolso.

—¡Algún día podría ser hoy!, para qué esperar —respondió María sonriendo—. ¿Me regalas unas horas de tu tiempo?

—¡Todo las que necesites! —respondí acomodándome de nuevo y lanzando el bolso sobre la silla de al lado.

En ese momento pasó una camarera junto a nosotras.

—¡Disculpe!, ¿nos podrías traer dos tazas de té? —pidió María.

—¿Alguno en particular? —le preguntó la camarera.

—¡Sí!, ¿sabéis hacer té indio?

No hubo respuesta, solo una breve y disimulada sonrisa que se esfumó tan pronto como ella. Instantes después volvería envuelta entre el humo y un aroma fuerte a mango.

—Mi madre acordó mi matrimonio cuando yo era tan solo una niña. Y yo no lo supe hasta que me hice mayor. Supongo que tampoco me hubiera servido de mucho conocer aquellas alianzas que tejían los mayores a espaldas nuestras, no las habría entendido. Mi infancia transcurrió como la de cualquier otro niño rico, feliz, sin carencias. Estricta. Mi madre era una mujer dura y muy poco cariñosa. Estaba llena de prejuicios, vivía para los demás. En el pueblo había dos grandes familias pudientes, con tierras y animales, aquellos con los que me emparentó y nosotros. Nos llevábamos bien. Ajena a todo, yo jugaba con mi futuro marido, sin saber que lo sería. Era un niño desgarbado, tímido, muy poco hablador, pero como yo hablaba por los dos, y él me escuchaba encantado, se convirtió en mi mejor amigo. Lo quería mucho. Con el tiempo los juegos de niños se convirtieron en largos paseos, charlábamos hasta que se hacía de noche, nos bañábamos en la piscina, nos hacíamos confidencias y más adelante, todavía más mayores, ya de adolescentes, nos escapábamos a Madrid, al cine. ¡Nos encantaba el cine a los dos! Nuestra amistad crecía y se adaptaba a los tiempos, a los años. Me gustaba su compañía, y el afecto definitivo que íbamos perfilando. Éramos como hermanos, familia y para mí sus atenciones no eran rebuscadas, no tenían doblez alguna. Ninguno de los dos era consciente de lo que se había fraguado a nuestro alrededor. Sin embargo, todo cambió cuando escuché, y casi por casualidad, aquella conversación entre mis padres. Hablaban en voz baja, sentados en la terraza de nuestra casa mientras tomaban un café durante la sobremesa. Sus susurros me invitaron a acercarme despacio, sigilosa, a espiarles — me gustaba hacerlo— y, a maldecir unos instantes después. Sí, Abril, de esa forma, así tan casual, tan inesperada, fue cómo me

enteré de que Antonio, aquel chico larguirucho al que le hacía confidencias, mi mejor amigo, el niño con el que jugaba desde pequeña, que era como un hermano para mí, sería mi futuro esposo. Tan solo tenía dieciséis años. Nada que decidir, y lo más triste, nada que sentir. Un sudor frío me recorrió. ¡No, no podía ser verdad!, ¿cómo iba a hacer el amor con Antonio?, ¡era algo muy raro!, ¡pero si no nos amábamos!, ¿y él, lo sabría ya? Seguí escuchando. Mi madre parecía convencer a mi padre de que el enlace debía realizarse cuanto antes, que no entendía a qué esperábamos, que ya teníamos la edad suficiente para formar una familia. Le decía que yo era una muchacha madura y muy sensata, que sabría llevar una casa y atender a mi futuro esposo como debía, pero mi padre no sentía lo mismo que ella. Él siempre me quiso más. Le vi cabecear, de izquierda a derecha, le rogaba a mi madre que bajase la voz, que quizá podía oírles. E insistía, casi con la misma tozudez con la que mi madre le intentaba convencer de lo contrario, en que yo era aún muy joven, en que no había ninguna necesidad de correr, de acelerar las cosas. El amor tenía su ritmo, le argumentaba. Era preferible que nuestra amistad llegara a algo más por sí sola. Pero mi madre resultaba implacable, negaba y negaba y repetía la misma frase continuamente: «Si no lo quiere, lo querrá». Y añadía: «a veces el amor llega con el tiempo, en nuestro caso funcionó, además no quiero que nos eche a perder, la gente del pueblo comienza a murmurar, y yo di mi palabra, la di, la tengo que respetar». Entonces, mi padre entristecido dijo: «Si ha de ser así, será mejor que se lo digas ya a María, ¿no crees que tiene derecho a saberlo?». Fue mi padre quien me vio primero agazapada en el suelo en un lamento, quien me abrazaría después con la certeza de que había escuchado toda la conversación, quien intentaría consolarme sin lograrlo, quien me susurró al oído que todo iría bien aunque no lo pensase, quién me dijo que no era el fin del mundo, que Antonio era un buen chico y sería un buen marido, el mejor. Mi madre alzando el cuello solo acertó a mirarme áspera, en sus ojos había hielo, una estrecha y rancia coraza. Pero las cosas no salieron como ella tenía previsto, tampoco como yo había pensado, aunque en realidad yo no había pensado mucho en mi futuro hasta

aquella conversación. Unos días después vino Antonio a verme, pero ya no pude mirarlo como antes, algo había cambiado entre nosotros, algo se había esfumado, nuestra amistad estaba muerta. Sin embargo, él parecía contento, sus padres le habían hablado de nuestra unión, de aquel pacto que a mí me horrorizaba, y la idea, para mi sorpresa, le había gustado. «Te conozco desde siempre, María. Seremos felices», eso me dijo, como si conocerse pudiera ser suficiente para pasar juntos el resto del siempre que nos quedaba. Él aceptó nuestra futura unión con la misma naturalidad con la que yo la rechacé. Quizá él me amaba y yo no lo sabía, quizá, o a lo mejor, simplemente confundía las cosas, las mezclaba, me inclino por esta opción, pero yo estaba muy lejos de corresponderle y así se lo confesé. Y nuestra relación, después de aquel día de corazón abierto, se fue deteriorando; nuestros encuentros, espaciando; la urgencia de vernos, de contarnos, desapareció por completo. Ya nada podía ser igual, ya nada tenía sentido, ni siquiera la amistad que nos había unido. Y mi vida comenzó a tomar otro cariz, todo parecía llegar demasiado tarde, demasiado lento. Él se sentía rechazado. Yo presionada. Dejamos de ser amigos, porque aquel noviazgo impuesto nos sentó fatal. Yo sentía que había envejecido, incluso mi rostro se había vuelto del color de la ceniza y me habían surgido unas profundas grietas en el entrecejo que no conseguía quitar; la mirada se me había empequeñecido, me lloraba y la boca, la boca se volvió una mueca amargada, en un paréntesis hacia abajo. Para alejarme de mi asfixiante madre, de sus planes de futuro, de su censura, de su falta de cariño, de sus célebres frases: «te vas a echar a perder» o «ya lo querrás»; para huir de sus preocupaciones permanentes, de un ajuar que no me interesaba y de la mirada anhelante de un Antonio que de pronto se había convertido en don Juan, en un desconocido, le pedí a mi padre espacio. Y para mi sorpresa, aceptó.

Así fue como emprendí mi primer viaje en solitario, y aunque no fui sola, me acompañaban unas amigas, yo me sentía así, sola por fin, lejana de su mirada, de su tiranía, retirada de las críticas, separada de las reprimendas y las frases hechas y constantes de mi

madre. Y aquel viaje, Abril, lo cambió todo. La isla de Ibiza me abrió los ojos. Me enamoró.

Comencé el viaje al ver el mar, aquel monstruo azulado me robo el corazón y cambió el color de mi cara y la mueca de mi boca. Todavía no conocía el placer, pero aquella visión me pareció poderosa. Después llegó él y el amor. Me enamoré. Y Sanjay tuvo la culpa.

Lo conocí por casualidad, una casualidad que marcaría el resto de mis días, aunque entonces todavía estaba muy lejos de imaginármelo. Sucedió, como suelen acontecer las grandes historias de amor, sin buscarlas, sin pretenderlas, casi sin querer. El momento era demasiado insignificante, demasiado ajeno para provocar una tormenta. Iba con las chicas. Estábamos en el puerto, en el paseo y acabábamos de entrar en un negocio de souvenirs y recuerdos de Ibiza y de sus islas. Queríamos comprarles un regalo a nuestros padres. Y de pronto me tropecé con su mirada. ¿Quién hubiera podido presentir que aquella simple mirada iba a convertirse en el suceso más importante de mi vida? Tenía los ojos más negros que había visto en la vida, parecían trozos de carbón brillante, ardían con tal intensidad que descolocaban. Nadie me había mirado así jamás, con aquel descaro. Intenté ignorar su ardor y mi desnudo, me azoré, pero enseguida me di cuenta de que me había hechizado. Tenía aquel muchacho algo magnético. Dejó de interesarme lo que había a mi alrededor, me olvidé incluso del motivo por el que había entrado en aquella pequeña tienda; mis amigas seguían hablando y yo las seguía, pero ya no podía escucharlas. En mi cuello sentía su mordisco, su atracción, su labio, el roce de su verbo, era algo brutal. De repente hasta su sombra se me hizo deseable y mis piernas se estremecieron hacia dentro sintiendo el fuego. Me volví para mirarle de nuevo. Y él seguía ahí. Ahí, retenido en mi vestido de seda casi transparente. Sabía que su mirada significaba más, no solo había deseo en ella, mi cuerpo era delgado, casi infantil, mis senos, todavía de niña, provocaban risa entre mis amigas, pero él no miraba mi cuerpo, me engaño, sí, sí lo hacía, lo traspasaba, y yo estaba ahí, podía verlo, sentirlo, todavía no había ocurrido nada entre nosotros y ya sabía con certeza lo que iba a suceder. Él,

sucedría él. Y después, ¡quién sabe!, quizá volvería a mi aburrida vida programada, o haría una locura de amor, o buscaría la muerte por no poder seguir con aquella pasión. Cerré los ojos, se acercaba. Sentí un vértigo enorme y el resto, las paredes, las estanterías, los objetos dejaron de existir. Su mano tembló al tocar la mía, al decirme que me esperaba, ¿me esperaba? ¿Le esperaba yo a él?, me pregunté. Después me dijo que era hermosa, la chica más hermosa que había conocido nunca, sí, eso me dijo. Es difícil no creerse algo así, no encenderse de vanidad. Afuera la isla vibraba, se escuchaba el rumor de las voces y la salvación. Fue un auténtico flechazo que finalizó como había comenzado, con aquella mirada tan negra recorriéndome esta vez desnuda en aquella habitación desordenada y con poca luz. Recuerdo que apenas había muebles, pero no podría describirla. Mi vestido de seda, aquella primera vez, languidecía en el suelo en un rincón y me aferré a su mirada. Se acercó a mí, por detrás y comenzó a besarme despacio la espalda. Sentí miedo al notar la dureza de su piel morena tan cercana a la mía, tan diferente. Sentí el deseo, el mar, el llanto, su caricia y el anhelo de que aquel sentimiento, aquella inmensidad, no terminase nunca. No terminó. Volvimos a aquella habitación y fuimos amantes de verano, amantes de película, los mejores amantes, ocasionales hubiera dicho mi madre con acritud, y al despedirnos, en el aire, quedaron algunas promesas, que pronunciadas en otro idioma no supe con certeza si habían sido de verdad, si podían llegar hasta algún final que no fueran sus brazos, mi adentro. Fue así como, durante meses y sintiéndome en una nube, me alejé de él y volví a él sin cesar, como las olas cuando besan la costa; busqué y rebusqué todo sobre la India; mi ahorro se hizo excesivo, sin límites, no me permitía ninguna licencia; la palabra India me subía los colores, me ardía, desató mi propia caja de Pandora y la ilusión de volar, de alejarme de mi madre, de conocer un lugar nuevo, un territorio lejano, difícil, inhóspito, mágico. ¡India!, quería volver a verle, tenía que hacerlo. Y fue así como ideé un plan. Sabía que Sanjay había vuelto a la India después de aquel largo verano de isla, nos habíamos intercambiado las direcciones, nos escribíamos de vez en cuando. Yo lo hacía más. Mis cartas eran largas, densas,

llenas de amor, un amor que no tenía ningún sentido, que era imposible y lo sabía. Las suyas eran breves, eran como un mal poema, casi una ironía, pero eran suficientes para alimentarme. Aparentemente yo seguía con mi vida, aceptando a Antonio en ella, sus besos lánguidos y sin sustancia, su mano sudada entrelazada con la mía, a mi madre y a mi nueva familia. Preparaban entre todos la gran boda, el acontecimiento del año en el pueblo. Y hubo un momento en que le propuse a mi padre una idea, estudiar unos meses en Londres. Pensaba que me diría que no, pero para mi sorpresa aceptó encantado. Aquello fue mi salvación. En cuanto llegué a Londres, compré un billete a la India, a Nueva Delhi, con los ahorros que tenía y guardé el dinero que me habían dado mis padres para sobrevivir. No llegué a salir del aeropuerto. Emocionada y nerviosa por la locura que estaba a punto de emprender, acerté a telefonar a Sanjay desde una cabina de teléfonos. Le dije con aquel inglés tan mío, tan limitado, que iba a ir a verle, que llegaría, si todo salía bien, al día siguiente. Pero tenía que hacer escalas, y no miré bien el billete. Además mi salida no era inmediata, me obligó a permanecer en el aeropuerto de Londres casi toda la noche, y en la primera escala, en Berlín, estuve un día completo. Cuando me di cuenta de mi error, volví a llamarle, pero ya no pude localizarle. En aquella época no había móviles, no había forma de comunicarse, no había nada. Los nervios y la precipitación me jugaron una mala pasada, y a él también, porque al no verme aterrizar en Delhi pensó que no me había atrevido a ir y se fue apesadumbrado y con el corazón roto. Cuando llegué al aeropuerto de Delhi, casi dos días después de lo que le había anunciado, lo busqué entre la multitud de caras que se agolpaban esperando a sus seres queridos con la esperanza de que aún estuviera allí. No fue así. Y por primera vez sentí que había hecho una gran locura. Estaba sola, en un país desconocido, que hablaba otra lengua, y encima nadie sabía que había viajado hasta allí. Tuve muchas ganas de llorar, pero me contuve, y respirando hondo rebusqué entre mis cosas y saqué su dirección. Si no estaba en el aeropuerto, lo encontraría. Y así, con una seguridad que no sentía, salí de la terminal con mi maleta y busqué un taxi. Nadie, ni siquiera Sanjay, ni mis libros sobre la India,



me habían avisado de lo encontraría al llegar. Centrada en mi primer amor, en el único amor que he tenido, en poder vivir de otra manera, en empaparme con lo exótico del lugar, había pasado por alto el gran choque cultural con el que me iba a estrellar, un mundo que en nada se parecía al mío. Al abrumador calor y humedad que me envolvió, se sumó el desconcierto provocado por las decenas de conductores de taxis que me rodearon de inmediato para atraerme hacia sus destartados vehículos, hablando o más bien chillando en un lenguaje incomprensible. Uno de ellos parecía defenderse con el inglés, se hizo con el papel que aferraba en mi mano y me pareció entender que él conocía la dirección y que me llevaría hasta allí. Cogió mi maleta al vuelo y yo le seguí corriendo, pensando que aquella no iba a ser una civilización para mí, una mujer que era todavía una colegiala. ¿Dónde estaba la fascinación y el embrujo del que me había hablado de Sanjay? Yo solo veía pobreza. ¿No era Delhi, corazón del Rajasthan, tierra de reyes y príncipes, tierra de los santuarios, fe y dioses, tierra de contrastes, artesanía viva, subidos colores, palacios, opulencia, poder y riquezas?, ¿dónde estaban todas esas maravillas? El taxista pareció leerme el pensamiento, y lo hizo con tan solo una mirada, a través del pequeño retrovisor delantero del cual colgaban unas bolas negras parecidas a los pompones que hacía mi abuela. Más tarde supe, porque también los tenía Sanjay, que eran amuletos para proteger la vida de los que iban en el coche. Yo debía de estar muy asustada en aquel asiento trasero, encogida y tensa al mismo tiempo, miraba la calle a través del cristal y, todo me asombraba. Y tengo un recuerdo que no he podido olvidar, aquel hombre, el taxista me dijo algo que me sirvió de mantra para soportar mi estancia en la India: «Veas lo que veas, no intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo».

# No intentes comprenderlo No intentes cambiarlo

Sus palabras me sorprendieron, también me dolieron un poco, pero fueron providenciales, me sirvieron para preguntarme, para cuestionarme qué era lo que había ido a hacer allí. También para regresar a casa. La India nunca consiguió envolverme. Pero no quisiera adelantarme a mi historia, así que rebobino al momento justo en el que iba en busca de Sanjay.

Sentía mucha emoción, volver a ver a Sanjay era lo que más deseaba en el mundo, pero tenía tanto miedo; miedo al fracaso, miedo a que no me quisiera como yo lo hacía, miedo a que no pudiera adaptarme a su forma de vida, a no saber si llegaría a ser algún día una esposa india, miedo a mis padres y a mi mentira, miedo a su familia y al rechazo que produciría mi piel, miedo a todo lo que era nuevo, miedo a lo que había dejado atrás. ¿Iba nuestra relación a tener algún futuro?, eso me preguntaba mientras el taxista me llevaba por las calles polvorientas de Delhi, donde fui descubriendo sus grandes contrastes, el infierno, el cielo.

El conductor atravesó veloz diferentes paisajes hasta que llegó a un barrio y ralentizó. Yo no podía distinguir ningún cartel, ninguna calle, era imposible comprender los carteles, tenían dibujos en vez de palabras. El barrio estaba lleno de callejuelas estrechas, incluso el taxista tuvo que detenerse varias veces y preguntar. Había gente en bicicleta y vendedores ambulantes que arrastraban carros pesados con verduras. Y de pronto el taxista se paró delante de una puerta. Y dijo orgulloso: «Es aquí». Me asombró la pobreza del lugar. ¿Cómo podía Sanjay vivir en un lugar así? Mientras el taxista me bajaba la maleta, yo llamé con timidez a su puerta. La acaricié casi. Era una casa baja, con una puerta descascarillada pintada de

azul y paredes encaladas bastante deterioradas. Había cuatro pequeñas ventanas, dos a cada lado. Como no me abría nadie, me asomé por una de ellas. Todo estaba muy oscuro, no se vislumbraba a nadie. El taxista silbaba, le divertía mi situación. Además no parecía tener ninguna prisa. Indecisa ante aquel lugar le había rogado que esperase. Era la única persona, la única que yo sentía que podía devolverme a casa y alejarme de aquella locura de la India. Insistí más fuerte con los nudillos. El taxista gritó algo, pero no le entendí, parecía hindi. No respondió nadie. El calor apretaba con fuerza. Y yo allí fuera, me derretía. La maleta me pesaba en la mano, la apoyé en una pared, después la seguí yo. Tenía tantas ganas de llorar y al mismo tiempo de gritarme, de insultarme por estúpida, por loca, que apenas podía pensar y me abracé con fuerza. No eran mis brazos los que yo anhelaba, sino los de Sanjay. Necesitaba el calor de sus palabras, que me dijera que nada de aquello había sido un juego, que estaba orgulloso de mí, que íbamos a ser felices en aquella casucha destartada y pobre. El taxista meneaba la cabeza de lado a lado y hablaba en voz alta, ¿qué significa aquel gesto?, ¿qué decía?, me estaba poniendo nerviosa, así que decidí despacharle y seguir esperando sola en aquel lugar perdido. Si aquella era su casa y eso decía la dirección que tenía en el papel, tarde o temprano tenía que volver. Me senté en el suelo y por primera vez en mi vida me dio igual todo, la ropa, lo que pensasen los demás, la suciedad de la calle. ¡Estaba tan cansada! Me cubrí la cabeza con un pañuelo para protegerme del sol y esperé. Esperé. Y de pronto lo vi. Venía por la calle y llevaba un turbante anaranjado en la cabeza. Me froté los ojos. ¿Era él? Desde que había llegado todos los rostros me parecían demasiado iguales. Fruncí los ojos. Sí. Tenía que ser Sanjay. Me levanté de un brinco y me fui acercando tímida hacia él. Y cuando tuve la certeza de que sus ojos eran los mismos que me habían enamorado en la isla de Ibiza, corrí, y lo hice con los brazos abiertos, llamándole. Sanjay, entonces se quedó parado en medio de la calle. Y me pareció que dudaba. Aquello me frenó en seco. Se tocaba la cabeza, el turbante, hacía gestos raros, juntaba las manos, me pareció que lloraba. Cuando se puso de rodillas ya no supe cómo

reaccionar, pero seguí avanzando hacia él, despacio. Estaba emocionado y sí lloraba y le daba gracias a alguno de sus dioses. ¡Me amaba! Y lo hacía de verdad, desde un mundo que no era el mío. Supe entonces, mientras estaba arrodillado besándome los tobillos, mientras pronunciaba aquellas palabras en hindi que nunca me desveló, que nuestra unión sería definitiva. Pero la convivencia en la India se nos hizo difícil, casi amarga. Desde el principio su familia me acogió bien, a pesar de la pobreza y del poco espacio del que disponían. Me consideraban una rareza, algo exótico que mostrar a las visitas. Sin embargo, yo, «la española», como me llamaban todos, no acababa de encajar entre ellos, y no me sentía cómoda. Sanjay y yo no teníamos intimidad. La casa estaba siempre llena de gente, y su madre nos vigilaba continuamente. Tenían costumbres demasiado extrañas, tantos dioses a quiénes veneraban que me perdía, la comida picante me parecía insufrible, y aquel calor pegajoso, aquel bochorno, aquellas miradas tan negras. No, no podía más, pero no sabía cómo decirle a Sanjay que quería volver a casa, que aquel mundo no era el mío, que nunca podría serlo. Que el amor no me alcanzaba para soportar su tierra. Deseaba volver a ver a mis padres más que nunca, los echaba de menos, sentía su pena, sobre todo la de mi padre, cuando hablaba con ellos. Les había decepcionado, mentido, había roto mi compromiso por teléfono, y todo por un hombre, un salvaje, como me lo recriminaba mi madre. Tenía que arreglarlo, al menos con ellos. Con Antonio, lo sabía bien, sería imposible recuperar la amistad, aquella que siempre nos había unido desde niños. Jamás volvimos a hablarnos. En un pequeño pueblo aquella humillación fue para él insoportable.

Así que un día, armándome de valor le dije a Sanjay que quería recuperar mi vida, mi habitación, mi espacio, la libertad de poder caminar sola por la calle, de hablar con quién yo quisiera. Todo eso había desaparecido. Le dije que le amaba, sí, pero que allí, en la India no iba a poder sobrevivir. Y Sanjay comprendió. Sin embargo, en vez de preparar el viaje de vuelta a España, me organizó otro, a Agra, la ciudad del amor, la belleza de la muerte.

Me dijo que no podía marcharme sin comprender y no añadió nada más.

El día que emprendimos el viaje a Agra estábamos muy tristes. Aquel viaje era como una despedida para nosotros. Llegamos agotados al caer la noche. Y aunque Sanjay tenía familia en la ciudad de Agra y los padres nos insistieron mucho en alojarnos allí, decidimos que era mejor algo de intimidad y un hotel era la opción perfecta. Buscamos algo en la línea europea. La perspectiva de un baño caliente, una cena sin picante, para variar, y el descanso en una cama vestida de blanco ya eran suficientes alicientes para mí. Sin embargo, durante la cena nuestra conversación se agitó. Ya habían pasado varios meses desde que yo llegara, y las emociones se me acumulaban en la garganta. Hablábamos poco refugiados en casa de sus padres. Así que lo inexplicable se verbalizó encima de la mesa. Le dije que me era muy difícil comprender y aceptar lo que me rodeaba, que no podía impermeabilizarme, que la vida en la India me resultaba demasiado dura, que me estaba dejando una sensación enorme de vacío. Le cuestioné su religión, la fe que sentían, las supersticiones absurdas, el origen de su extrema pobreza, sus tradiciones, la cultura, la educación de los hijos. Sanjay intentaba, en vano, hacerme comprender, pero era tarde, el ambiente estaba ya cargado de crispación y pesimismo. Y los minutos pasaron entre suspiros, primeros y segundos platos, café aguado y té. Y no hubo acuerdo, porque no era posible que lo hubiera, porque nuestros lazos, todavía invisibles, comenzaban a ser dudosos, a resquebrarse. Yo, demasiado racional, ingenua, remota, a años luz de su manera de vivir, del conformismo, necesitaba otra cosa y recité, sin darme cuenta, en voz alta un proverbio que había leído y tenía memorizado: «¿Qué puede el río hacer contra el fuego?, ¿y la noche frente al sol?, ¿son acaso las tinieblas más poderosas que la luna?». Sanjay me miró aturdido. Nuestra conversación de no retorno se había vuelto baldía, incoherente, triste como la despedida fugaz y resbaladiza que ya era. No teníamos la llave para resolver el misterio de otras civilizaciones, solo teníamos amor. Mucho amor. Tanto que dolía. No sabíamos, entonces, que el tiempo nos enseñaría a aliviar

tensiones, a aceptar que aunque nuestros corazones latirían a distintos ritmos toda la vida, con verdades diferentes, ninguno de los dos podría despegarse nunca más del otro.

Amanecimos muy temprano y sin rencores, la noche había sido reparadora e hicimos el amor sin prisas, como si fuera la primera vez que nos tocábamos. La habitación crecía mientras descendía con lentitud por mi cuello. Me gustaba contemplar sus hábiles manos, sus dedos largos, su cuerpo sabio moviéndose en torno al mío tan torpe. Y retrocedí a aquella isla de Ibiza y a sus ojos, había fuego en ellos, y timidez en los míos todavía. Temblábamos. Teníamos miedo. Su mano sobre mi pecho ardía. Dentro ardía yo. Mi vientre quería bailar. Los movimientos nos llevaron de delante a atrás, como si el tiempo pudiera ser algo reversible, cercano, misterioso, explosivo. Y mientras nos vaciábamos sin ruido, buscando nuestras bocas, las lenguas y su ondulante saliva, escuché un susurro lejano, unas breves palabras: «No se ha acabado».

No se ha acabado, eso dijo, o eso me pareció a mí escuchar, porque no lo repitió más. Solo me miraba, incluso con los ojos cerrados sentía su mirada. Y yo le abracé con un gesto abierto, un gesto que aunaba compañía y cambios, mediación, una época oscura, vecina, larga, de meses y días. Debimos dejarlo entonces, todo indicaba el fin, pero no lo hicimos. A veces es irreal la vida, es como un sueño.

Al descorrer la cortina de nuestra habitación nos encontramos a Agra envuelta en una bruma espesa y una lluvia intermitente, y las dudas volvieron de golpe. Sonreí. Siempre me ha gustado hacerlo cuando estoy tensa. Es como si la lucidez de una sola mueca me devolviese a la realidad. Y deseé volver a las sábanas aún calientes, y amarle de nuevo, amarle siempre, con aquella calma, con aquel dolor de la carne, pero no, no lo hicimos.

Desde que había llegado a la India había soñado con aquel momento. Le había insistido tantas veces a Sanjay. Quería ver la joya arquitectónica más espectacular del mundo con mis propios ojos, la ciudad del amor, la belleza de la muerte, el Taj Mahal. ¿Y ahora? Mi desencanto no pudo ser mayor.

Afuera, la lluvia arreciaba con fuerza y, se escuchaba cantar, quizá era algún enamorado que agradecía la luz del alba, o el inicio de algo nuevo. Nos pusimos en marcha animados, guiados por aquella voz. Y nuestra primera visita fue al Fuerte Rojo, Laal qilaa, en el centro mismo de la ciudad de Agra. Había sido construido por Akbar entre el 1565 y el 1573 en material de arenisca roja, lo que después dio lugar a su nombre. Desde una de sus terrazas, a lo lejos, entre la bruma espesa, vislumbramos la fe de un comienzo, sus contornos, el final de un gran amor, el Taj Mahal. La terraza se convirtió de pronto en el centro de nuestro todo, en un refugio al que aferrarnos. El interior del Fuerte estaba decorado con celosías y relieves en mármol, incrustaciones de piedras semipreciosas. Un guía nos contaba que desde aquel lugar, el emperador Shah Jahan había mandado construir el Taj Mahal. El Fuerte era un símbolo de amor, era una visión, aunque acabaría convirtiéndose en su propia cárcel, prisionero de su hijo que decidió encerrarle para que no dilapidara su fortuna. Imaginé al hombre, arrinconado durante casi ocho años, subido en aquella terraza solitaria, contemplando su grandiosa obra desde la distancia, desde aquel retiro impuesto, el Taj Mahal, su joya, su creación, el mausoleo que le regalaría como prueba de amor a su tercera y amada esposa, la emperatriz Aryumand Banu Begam, más conocida como Mumtaz-i Mahal.

Su Taj Mahal sería una perla nacarada, blanca y radiante, en medio de una India multicolor y pobre, y el río sería testigo de ello. El Yamuna reflejaría en sus aguas la gran belleza del amor, su historia, la historia de la India.

Su construcción se inició a la muerte de la emperatriz. El Shah quedó completamente desolado y decidió hacerle a su mujer un último regalo, que simbolizara todo el amor que había sentido por ella. Fue así como se concibió el mausoleo.

Veintidós años duró su construcción y, veintidós cúpulas lo atestiguan, una por cada año de duelo, a la entrada al recinto. Su visión me dejó enmudecida. Había leído tanto sobre la obra, pero verla ahí, delante de mí, era como empezar de nuevo callando. Sabía que alrededor de veinte mil trabajadores habían intervenido en erigirlo, también que el mármol que habían utilizado había sido

transportado en elefantes. Que había materiales traídos desde diversos países del mundo. El Taj Mahal era mucho más que un edificio, era la perfección, la simetría, el abrazo, un complejo de grandes dimensiones, de jardines, de arcos, y como escenario y telón de fondo, el río. La piedra roja de la entrada contrastaba buscando crear una atmósfera cromática sobre el mármol blanco del mausoleo, era como ocupar la mente. El mármol estaba incrustado de piedras semipreciosas, inscripciones en árabe y dibujos florales. Desde la oscuridad del arco de la entrada se vislumbraban los jardines, que pese a seguir en penumbra por la niebla de aquel día y la cortina de lluvia que todavía no amainaba, resultaban espectaculares, equilibrados, delicados. Sobre el edificio, la gran cúpula, el centro de la muerte, el principio de la otra vida. Y en los extremos, cuatro minaretes, ligeramente inclinados hacia afuera para evitar que, en caso de derrumbamiento, cayeran sobre el edificio principal y lo dañaran. Todo estaba pensado, calculado en gestos y dolor, anticipado hasta en el interior donde la nada lo envolvía en un eco de conversaciones y fe y donde justo en el centro y bajo la inmensa cúpula, estaban sus tumbas, la de ella, y la de él, el artífice, el verdadero enamorado, el guía. Leí en algún sitio que los verdaderos cuerpos estaban en sarcófagos, en una cámara subterránea, buscando en vano algo de tranquilidad.

La fragilidad del lugar me pareció una bendición y pensé en los hombres que se acostumbran a vivir en otra dimensión, o fuera de ella, como el Shah, quizá también como lo estaba yo en aquel momento. Y allí decidí que no debía renunciar a Sanjay, ¿por qué tenía que hacerlo?, ¿acaso no era mejor reconducir mi historia, nuestra historia de amor, darle otro final? A veces lo insalvable es lo más adecuado para existir. Si el emperador Shah Jahan había construido todo aquello, ¿quién era yo para rendirme tan pronto al culto? Pensé en nuestro día de los difuntos. Un día. Solo un día de flores y limpieza. Siempre el mismo. Había pensado que dedicarle un día a la memoria de los muertos formaba parte del recordar, de nuestra memoria, llevaba implícito el llorar las ausencias y, al mismo tiempo, el seguir viviendo. Sin embargo, la memoria del Shah me hizo cambiar de idea, barrerla, el amor tenía que ser algo infinito, tan



infinito como aquel lugar, tan infinito como una huella y un lugar de peregrinación. Y pensé en el emperador con gran pena, su obsesión por la belleza, el amor y la muerte le había hecho concebir el lugar más increíble del mundo y al mismo tiempo le había vuelto loco. Cuando ideó su propio mausoleo, una réplica exacta del Taj Mahal en mármol negro, justo al otro lado del río Yamuna, que estaría unido a través de un puente de oro, símbolo del reencuentro con su amada, su tercer hijo, Aurangzeb, después de derrotar a sus hermanos y hacerse con el poder, lo encarceló. No volvió a salir. Desde el Fuerte Rojo de Agra, desde su encierro, el Shah le hablaba a su esposa y deseaba su propia muerte.

Eso haría yo. No morir. Esperar. Asumiría mi vida como un sacrificio y Sanjay vendría, volvería a mí.

Y al consumir el día, cuando nuestro viaje tocaba a su fin, yo ya me había despedido de la India y me preparaba para la vuelta, diciéndome: «Ahora que comenzabas a entender su encanto, su gran belleza, su desequilibrio social, su eterno colorido, su velo, su lección, te vas».

Sí, es cierto, eso fue lo que hice, irme, volver a casa, soportar su silencio y la ira y el desprecio continuos de mi madre.

Todavía conservo las fotografías de aquel viaje, son imágenes de un gozo hondo, tan íntimo como los recuerdos, vivía por encima de todo. Después me hice adulta, llegaron las explicaciones y la larga espera.

Durante más de un año estuve escribiéndole con mi maltrecho inglés casi todos los días. Mi madre no me hablaba y si lo hacía era para llamarme loca y recordarme mis desvaríos. Sanjay tampoco respondía a mis cartas. Había momentos en los que creía que de verdad había perdido el juicio, pero entonces se producía una llamada lejana, suya, breve, difícil de comprender. Aquellas llamadas renovaban mi fe, el amor que tenía reservado solo para él y me hacían soportar los desaires de mi madre y su lluvia pesada de reproches. A veces me sentía tan ridícula, tan húmeda. Pero un día aprendí a tomar distancia.

De Sanjay. De mi madre también.

No recuerdo si mi padre me dio, por aquel entonces, algún consejo, solo se me han quedado grabados sus largos abrazos, el silencio, los suspiros y los largos paseos que dábamos entrecerrando mucho los ojos cuando el cielo de Madrid y su sol invernal nos cegaban. También recuerdo los árboles, y a los niños jugando en el colegio y aquel pensamiento continuo, aquel intenso amor que me conmocionaba y partía.

Y con la esperanza todavía de que volviera seguí adelante, moviéndome, retomando el sentido de los vivos. Dejé de escribirle cada día, de pensar en él y me tomé mi tiempo. Aquel respiro sin palabras fue una cura, un pronombre, el yo. Quizá también una brecha.

Y creo que eso fue lo que él sintió, que me perdía.

Confieso que el día que me llamó, hablando precipitadamente, diciéndome que venía a España, que quería casarse conmigo, que era el amor de su vida, que se había dado cuenta, que ya no tenía dudas, que no podía soportar más tiempo aquellos largos silencios, me conmovió.

Y yo, desgastada como estaba, solo acerté a pronunciar una frase, con ocho palabras y un nombre propio: «Es el destino, Sanjay, hace tiempo que te espero».

Mi madre no creyó ni una palabra y, tampoco perdió la oportunidad de hacerme dudar de aquella «locura», durante semanas. ¡Fueron tantos los obstáculos seguidos que cuando al final Sanjay aterrizó en Madrid casi no podía creerlo!

Nuestra historia comenzó de verdad aquel día, cuando se quitó el turbante y se rasuro el cabello, cuando dejó de lado su religión sij y a la India. Nos casamos una semana después en un rito católico. Mi madre no hubiera consentido que hubiera sido de otra manera. Pero la vida, la vida tardamos años en hacerla nuestra. Mi madre no nos lo puso fácil, nos robó los sueños y las canciones, el perdón, la luz y el equilibrio. También los viajes. Sanjay trabajó muy duro, se hizo un hueco como carpintero en el pueblo, después importó muebles desde su tierra, nos los quitaban de las manos y nuestra casa fue tomando un cariz oriental. Mi padre y él se respetaban. Tuvimos dos niñas preciosas y una casa propia, éramos

felices sin la sombra de mi madre, sin su acecho y su qué dirán constante, pero Sanjay tenía siempre esa mirada, esa nostalgia india, tan ajena a mi mundo. Y yo sufría. A veces, no sabía cómo acercarme hasta él. Cuando uno se acostumbra al vacío no hace ruido, pero le sigue como una sombra una melancolía que enferma. Fue entonces cuando sucedieron dos cosas importantes, dos cosas que trajeron un aire seco y una gran distancia a nuestra familia, la primera y más triste fue la muerte de mi padre. Mi madre se hundió y al sentirla sola yo me acerqué de nuevo a ella, pero me asfixiaba. Su proximidad se me hizo de hierro. Llegaba tarde, y me encontraba herida. Mi madre era ácida, le costaba perdonar, según ella tenía demasiadas imágenes para olvidar. Yo intenté reconducir nuestra relación, lo intenté durante años, pero me fue imposible. Nos dolía el abismo. El segundo acontecimiento que vino a cambiar las cosas, a mejorarlas esta vez, fue que Sanjay encontró un trabajo en el consulado de India en Madrid. Y para él fue algo importante, como salir de un gran hoyo. Por fin volvía a estar en contacto con su gente, por fin recuperaba su brillo, su sol de frente, el espacio que sentía perdido.

En los últimos días de la vida de mi madre hubo algo así como una reconciliación, un perdón que llegó demasiado tarde, pero que me dejó una enorme paz en el alma. Lloramos mucho juntas. Lloró incluso ya muerta. Las lágrimas le resbalaban por la mejilla y yo se las limpié. Quise a mi madre toda la vida, la quise, pero ella no me dejó amarla. Solo al final, a punto de partir. Apretaba mi mano y me buscaba con la mirada, tenía tanto miedo a marcharse y yo de quedarme huérfana. Me hacía preguntas sin parar, sobre mi vida, sobre mis hijas, sobre Sanjay y la India, quería saber si era feliz, si lo había sido, quería saber todo lo que no le había interesado en vida, quería llenar su desierto, su nada, conmigo. Y para mí fue una bocanada de aire fresco, fue como despertar, me ayudó a cerrar la herida y el pasado, a darle sentido a sus lágrimas, y a las mías.

Ya no está.

Y quizá por eso, ahora más que nunca, siento que es el momento de volver.

Es un viaje hacia el pasado, a lo que pudo ser y se quedó en proyecto, a la otra familia, a los orígenes de Sanjay y de nuestras hijas. Ellas no conocen la India. Va a ser muy especial, Abril.

—Lo sé, María. ¿Acaso hay algo más especial que los recuerdos?

# ¿Hay algo más especial que un recuerdo?

María me dijo que nuestro vuelo haría escala en Doha, Qatar. Llevaba una gran maleta medio vacía y muy poco organizada, así era yo. Quería traerme un pedacito de India dentro en ella, deseaba vestirme como la gente local, fundirme entre ellos, ser una más, olvidarme de lo que dejaba atrás. Notaba, a cada paso que daba, mientras me movía y la maleta se deslizaba conmigo ruidosa, cómo su interior se desordenaba cada vez más. Nos parecíamos.

Él no cabía en mi maleta, ya no, no quería hacerle hueco, ni tampoco nombrarle, su nombre había dejado de existir en mis labios, de ser saboreado por mi lengua; ya no quería escuchar sus comentarios, ni sentir el llanto que me había amargado durante meses, los portazos, la indecisión, la cama vacía, el sofá caliente, las dudas e interrogaciones. Siempre las dudas, las suyas. Siempre él.

Y lo intenté, aunque tan solo al principio, enseguida comenzó a molestarme, a hacerme sombra, a preguntarme, a colarse entre mi ropa la mentira, el deseo, las sábanas arrugadas, compartidas, mis manos y el pensamiento húmedo de la madrugada. Nos gustaba hacer el amor por la mañana, ¿recuerdas? Si alguien me hubiera avisado de que después de tanto amor nos iba a llegar este olvido jamás lo hubiese creído. Parecía tan imposible, tan loca la idea, tan suicida. Pero llegó.

A veces caminar, colocar un pie y después el otro, no basta, sobre todo si se hace en círculos. Y creo que fue ese transitar redondo sobre el mapa de la India, ese juego de regatear, de comenzar en un punto y volver hasta él, de tocar su pobreza con las manos anchas, la suciedad que me circundaba, lo que me devolvió

la afirmación de mi propio fracaso y su dirección; los indios me producían mucha lástima y aquella lástima se parecía mucho a la que yo sentía por mí misma. Por lo nuestro. Todo estaba en mi mente, lo sabía, era un producto de ella, una trampa. Si nombraba la palabra amor, pensaba en él, si escribía un final, había muerte, la nuestra, si algo me limitaba me venía a la cabeza el símbolo del infinito y el deseo de tatuármelo en la piel. Pero, en algún momento del viaje todo esto cambió, incluso el silencio y las letras de mis cuadernos cambiaron y se volvieron montaña, pico, cumbre coronada. Felicidad y más miedo, un miedo solitario y de esperanza, un miedo que anhelaba sonar a futuro.

Mi maleta volvió de aquel viaje como se fue, eso es cierto; volvió medio vacía y más caótica todavía, con regalos, historias acumuladas, las cenizas de un muerto y un vestido rojo, un sari, que me perdía cada vez que lo miraba.

En algún momento, durante los largos días que pasé acompañada de María y su familia, añoré la soledad tanto como la palabra escrita; me urgía la celeridad del silencio al finalizar el día en el hotel. En grupo los sentidos se me dispersaban y la India era un bullicio constante.

La vida me arrollaba.

Desde niña me había gustado observar a la gente, imaginar, crear historias, y por eso cuando me hice mayor me dediqué a la escritura. La ficción y la realidad se entremezclaron en mi vida como el vuelo de las aves y la armonía de un cielo azul. Éramos un dúo perfecto y nos entendíamos.

Intuía que aquel viaje a la India cambiaría mi vida, suspiraría de letras, y por eso, me llevé el ordenador escondido entre mis cosas, y cuando llegaba al hotel rendida, escribía un diario o pequeñas crónicas, anécdotas que me habían sucedido durante las jornadas vividas. El ordenador y los cuadernos me salvaron de la locura.

Cuando llegué al aeropuerto observé con disimulo a la familia de María, a Sanjay, a sus hijas y al resto de amigos íntimos que se habían unido al viaje. Éramos diez personas. Íbamos cargados con maletas de diferentes alturas, ninguna se parecía. Tampoco

nosotros guardábamos un sinónimo. Es curiosa la amistad, distante, ruidosa, cálida, otras veces callada, lenta, incompleta, fría, como esos encuentros con desconocidos, nunca me han gustado demasiado. Unos se estrechan las manos nada más verse, otros se dan efusivos abrazos como si se conocieran de toda la vida, viajar uno, eso piensan, pero yo no estoy de acuerdo; algunos ríen tímidos, nerviosos, alejados, guardando la distancia de seguridad, de intimidad, otros hablan mucho, hacen preguntas sin esperar respuestas, se tocan, mínimos contactos, una palmada en la espalda, un roce en el codo, en la cintura, en un hombro, cualquier contacto que una. A mí me molesta que me toquen y por eso, siempre que estoy en grupo, me repliego a esa área invisible que me rodea, y que según los expertos oscila entre veinte y cuarenta centímetros, aunque yo prefiero usar el máximo y añadirle diez más. Cincuenta. Eso está bien. Y desde ahí, observo, invento, pero es peligroso inventar, está muy cerca de la locura.

Estaba muy inquieta, ávida por subir a bordo del avión, y el tiempo me parecía que no avanzaba en los mostradores de facturación. Era inquietante. Mi agitación estaba por delante de todo, del miedo y de la cordura —la aventura crea adicción—, también de conocer al resto del grupo, ya habría tiempo, pensaba. Así que me incliné por hacerme preguntas sobre la gente que me iba a acompañar: ¿Cuáles habrían sido sus motivaciones?, ¿qué esperaban encontrar?, ¿se habrían forjado alguna idea?, ¿se parecerían a las mías?, ¿a quiénes habrían dejado en casa?, ¿les echaría alguien de menos al llegar la noche? Predominábamos las mujeres, eso me gustó. El lenguaje de las mujeres en un lugar de tránsito resulta encantador, histérico, feliz, tiene su propio vocabulario y aleja las dudas. Ayuda a romper el hielo. Y los nervios. Como comer. Uno siempre cree que va a pasar hambre al viajar y una sed de desierto. Y no soporta no llevar una botella de agua cerca, o el bolso a rebosar de chicles, galletas, algún bocadillo, patatas fritas o sin fin de porquerías para quedarse tranquilo. La tiranía del estómago cuando cruje es lo peor, te hace vulnerable. Como el tiempo de espera. Siempre parece que se espera más en los aeropuertos, que todo el mundo entra antes que tú en el avión,

que la gente sale antes de la terminal, que sus maletas ruedan antes por las cintas transportadoras. Es una angustia.

Durante el viaje fui sentada junto a María, que a su vez iba sentada junto a Sanjay, que enseguida cerró los ojos y desconectó de nuestro bullicio infantil de viajeras. La excitación está unida al ruido, al movimiento. Nosotras, incapaces de estarnos quietas, lo tocábamos todo, y reíamos un poco sin venir a cuento. Es cierto, parecíamos niñas pequeñas. Y es que las comodidades de aquel vuelo nos resultaban excepcionales, sobre todo después de estar encadenadas al low cost. Tenía un acompañante a mi izquierda, un indio alto y fuerte, algo gordo, con una mirada muy negra. Ocupaba mucho sitio y me flanqueaba la huida. Apenas podía moverme. A su lado, al otro lado del pasillo, estaba su mujer y dos niños pequeños que le requerían constantemente. Me pidió disculpas sin haber llegado a molestarme siquiera, y yo asentí. Era una buena forma de comenzar un viaje. Una disculpa a tiempo o incluso a destiempo es un ejercicio de cortesía. Parecía un hombre afable y hablaba bastante bien español. Asim, se llamaba Asim, sin límites, eso me dijo que significaba. Más tarde entendí por qué. Entablamos una animada conversación-monólogo en la que solo hablaba él. Yo siempre he sido de poco contar. Sin embargo, Asim no tenía ningún problema, hablaba por los dos, por todo el avión, hablaba de sus negocios textiles, del comercio, de las grandes firmas españolas, las enumeró todas, satisfecho, vanidoso de sí mismo, intentando seducirme. Yo seguí asintiendo, me daban igual. La gente que habla mucho consigue adormecerme. Continuó, y le tocó el turno a la globalización, le gustaba la palabra, le parecía bonita, abierta, un juego de poderes, tú me das, yo te doy. Llegó la crítica, su gente utilizada como mano de obra barata, muy barata, y entre medias, otras palabras, explotación. Mientras hablaba las azafatas iban pasando, nos ofrecían revistas, bebidas. Asim las atendía, las conocía a todas y después seguía hablando. Vivía en Madrid, e iba y venía a la India a comprar género con regularidad. Pero ese viaje era diferente, me confesó de pronto, se llevaba a sus pequeños, que no alcanzan ninguno de ellos los seis años, a la India. Quería dejarlos internos en un colegio británico privado todo el año. «Es



fundamental aprender inglés», recuerdo que me dijo muy convencido. Y yo, por primera vez lo miré sorprendida. Nunca había sido madre, pero estaba segura de que jamás podría soportar un desapego tan grande. Aunque quién era yo para opinar, era mejor quedarse callada, a mis cuarenta y dos años no había sido capaz ni de retener a una pareja. Algunos me habían querido de verdad y luego se habían ido de la misma manera. Otros quizá llegaron a odiarme. Pero, ¿qué sentido tenía pensar en ellos en aquel momento? Así mismo no se percató de mi sorpresa, tampoco del fluir de mis pensamientos. Y entonces pronunció la palabra Udaipur y yo volví a prestarle atención porque esa ciudad estaba en nuestra ruta programada. Se lo dije y de pronto sentí un codazo en el costado. María me hizo un gesto de silencio con los labios que Así mismo no pudo ver, pero ya era tarde, había comenzado a preguntarme, a interesarse por mi vida, el monólogo buscaba un cambio de dueño. María me había contado que los indios eran así, que les gustaba saber, situarte económicamente y yo le seguí el juego. Así mismo parecía un buen tipo. Fui contándole a poquitos, algo de aquí, de allí, del viaje, del grupo, pero cuando las preguntas se tornaron personales y comencé a sentirme incómoda, me adentré en mi área invisible y fingí estar cansada. Cerré los ojos y, con aquel gesto mínimo, di por finalizada la conversación, aunque Así mismo se empeñó que me guardara su tarjeta por si necesitaba su ayuda durante el viaje. La acepté. ¿Acaso tenía elección? Los indios sienten mucho los desplantes y yo no quería molestarle, había sido amable, me había pedido disculpas, y eso, en mi vida era algo muy poco común.

Y mientras intentaba descansar, o lo disimulaba, recordé las palabras de Pavese, aquellas que hablaban del acto mismo de viajar y que había leído no hacía mucho. No podía estar más de acuerdo con ellas. Decían algo así:

«Los viajes son una brutalidad. Le obligan a uno a confiar en extraños y a perder de vista toda la comodidad familiar de la casa y de los amigos. Se está en continuo desequilibrio. Nada le pertenece a uno salvo las cosas esenciales: el aire, el descanso, los sueños, el mar, el cielo, y todo tiende hacia lo eterno o a lo que imaginamos de la eternidad».

Tenía razón Pavese, los viajes son actos salvajes. Y su inestabilidad provocaba una exaltación absurda, por eso me resultaba imposible dormir, la emoción no me lo permitía, tampoco las azafatas. Desde el cielo su trato era de invitados al hogar.

Hicimos escala en Qatar después de siete horas en avión y una conversación en una sola dirección. No tuvimos tiempo de salir del aeropuerto a ver la ciudad, aunque me hubiera gustado hacerlo. El siguiente vuelo nos llevaría a Delhi. María estaba alterada. Sanjay también. Sus hijas les arropaban. Y yo me sentí, en aquel momento, algo en medio, como entrometida en un cruce de emociones. Me alejé y deambulé por el aeropuerto, sin rumbo alguno, haciendo tiempo, observando. Me sorprendieron sus contrastes, la modernidad de la estructura, su arquitectura y la riqueza de las tiendas de lujo luciendo prendas europeas que allí parecían estar totalmente fuera de lugar; bolsos de cuero, perfumes caros, maniqués occidentales, deleite de muchos, escándalo de otros. Tres mezquitas a rebosar, creyentes arrodillados, todos hombres, zapatos en el suelo, en la entrada. Olía mal al pasar. Gente joven tirada en el suelo con mochilas sucias de trotamundos, cascos en los oídos y un leve dormitar de gatos, algunos se pelean con la conexión. Iban en grupo. Mujeres europeas ligeras de piel y risa, de costumbres, miraban curiosas a la izquierda, a la derecha. Sombras negras, así las bauticé, mujeres enfundadas en una uniformidad de fino tejido, una especie de burka sin rejilla, que se reflejaba en un suelo demasiado blanco, demasiado limpio. Llevaban la cabeza baja. No sabía si podían respirar, aún me lo pregunto. A su amparo, caminando delante, con lentitud, a pasos iguales y rectos, como si fueran sus dobles sombras delanteras, siempre vigilantes, hombres, jóvenes o de mediana edad, también mayores, vestidos como cualquiera, algunos, otros pocos con chilabas blancas, cabezas en alto. Había orgullo en sus miradas. Y luego estaba los otros hombres, los del maletín de cuero marrón o negro, trajeados hasta la asfixia, con prisas, con móviles de última generación, con gestos de negocios. El aeropuerto de Qatar estaba lleno de vida, era un escenario variopinto de idas y venidas.

Cuando volví sobre mis pasos, mi vuelo ya estaba embarcando. Mi grupo me esperaba inquieto, me hacía señas para que me diera prisa. No éramos los mismos que habíamos salido de Madrid, estábamos cansados, las horas habían comenzado a hacer mella e intentábamos superar el desfase horario y el hormigueo del sueño que nos vencía. Al subir al avión de nuevo, intenté dormir. No pude. En el momento en el que abandonábamos la pista de nuevo, esta vez con un destino definitivo Delhi, sentí que me mareaba. Me dolía el estómago y tenía ganas de vomitar. No me pasa siempre, pero en ocasiones, al despegar, al aterrizar o cuando hay cambios de presión el estómago me vibra, sube, baja, me recorre un sudor frío, me descompongo. Para tranquilizarme miro un punto fijo, elijo una nube, seguir una nube a través de las minúsculas ventanas de un avión es una misión de locos, tanto como arañar un pedacito de felicidad y respiro. Después respiro hondo, muy hondo. Es una técnica infalible.

Y cuando no funciona, que me ocurre a menudo, vomito. Cuando me calmé, me entretuve entre los pasajeros, me encontré buscando a Asim con la mirada, pero no estaba por ninguna parte y aunque aquello me alegró —el espacio era mucho menor entre los asientos— al mismo tiempo me entristeció. A mi lado se había sentado su antónimo, un hombre etéreo, liviano como el viento, muy negro de tez, que se descalzó al entrar y al que le olían muy mal los pies. Pensé, con espanto, en la costumbre que había leído en alguna de las guías sobre la India que me había comprado, de descalzarse antes de entrar en los templos, pensé en su aroma, ¿estaría concentrado?, ¿olería a rancio?, ¿a cúrcuma?; también recordé haber leído sobre los usos de improvisar templos en cualquier lado, de manera que el viajero, tanto en la entrada como en la salida de pueblos o ciudades, incluso en ruta, podía pararse a rezar, pedir, agradecer o descansar y me lo recordó el antónimo. Leía filosofía. En la portada había dibujado un Buda. Meditaba. Alcancé a leer a su autor cuando se levantó para ir al baño y dejó el libro apoyado en la mesilla: Atisha, maestro del budismo tibetano. Me lo apunté en un papel con rapidez, me encanta fijarme en lo que leen los demás, me ayuda a descubrir nuevos autores. Y a Atisha lo

descubriría más tarde, ya en el hotel. Decía Wikipedia que Atisha había sido responsable de la introducción del ciclo de sesenta años en la cronología tibetana. Que uno de sus legados más importantes había sido el desarrollo de las prácticas del entrenamiento de la mente (Lojong), que había escrito, traducido, y editado más de doscientos libros que ayudaron al desarrollo del budismo en Tíbet. Destacaba un poema Una lámpara en el camino de la Iluminación. Escribí un fragmento: «Has de comprender los tres tipos de seres cuyas capacidades son de nivel pequeño, medio y grande./Clarificaré sus características escribiendo las diferencias de cada uno:/Todo aquel que busque, por cualquier medio, los placeres de la vida mundana solamente para su propio beneficio, debe ser comprendido como ser pequeño./Todo aquel que cambie sus tendencias hacia las acciones no virtuosas, dando la espalda a la felicidad de la vida mundana y buscando la paz sólo para él mismo, debe ser conocido como un ser mediano./Todo aquel que, al conocer su propio sufrimiento, desee eliminar completamente todos los sufrimientos de los demás es el gran ser./Para aquellos grandes seres que buscan la Iluminación perfecta, yo explicaré los métodos perfectos tal como enseñaron los grandes maestros espirituales./Delante de una imagen del Buda y un texto sagrado, se ofrecen flores, incienso y cualquier otra cosa que uno posea./Recita la oración de las Siete Ramas.../Primero, toca con las rodillas el suelo y junta las palmas de las manos y entonces toma refugio tres veces./Después genera el pensamiento de amor puro hacia todos los seres».

Las azafatas, perfectamente uniformadas y con aspecto saludable, se deslizaban por el avión, entre los asientos, como en un salón de baile clásico, silenciosas. Repartían bebidas, mantas, cojines, sonrisas, gestos de asentimiento y negación, palabras que no entendía, papeles que teníamos que rellenar y tampoco comprendía. No nos perdían de vista ni un momento, ni siquiera cuando aterrizamos o cuando salimos del avión o cuando entramos en el aeropuerto.

Hicimos cola, una larga cola, donde nos apresuramos a rellenar datos y datos que contenían unas hojas grapadas: nombres,

residencia, teléfonos de contacto, los hoteles donde íbamos a pernoctar, documentos sobre nuestro estado de salud y una declaración jurada de que no teníamos el ébola, ¡quién sería el incauto de afirmar que lo tenía!, recuerdo que comentamos entre risas. Contenido del equipaje. Después pasamos tantos controles a cara de perro fiero que al final perdí la cuenta, en todos nos solicitaban lo mismo: pasaportes, visado, documentos, nos miraban, nos remiraban, y cuando por fin llegamos al final del recorrido y salimos de la terminal, la sensación de libertad fue total. Por desgracia, el desamparo también. Nadie nos esperaba. Aterrizábamos en gris.

# Aterrizando en gris

Nadie nos esperaba; en ningún cartelito ponía nuestro nombre. Afuera, se vislumbraba una niebla densa que cubría los contornos de la ciudad de Delhi y también a los indios cubiertos por mantas.

En mi fuero interno pensé en la ropa que había metido en la maleta, y les dije adiós, con pena, a mis pantalones veraniegos y mis camisas de manga corta. Agradecí el abrigo que cogí en el último momento, una prenda que yo creía que sería perfectamente inútil y, sin embargo, no me quité en todo el viaje. El frío me fue calando, no solo en la piel, también en el ánimo. Hasta el cuello, así me abroché a medida que iban pasando los días, hasta el cuello.

En las puertas del aeropuerto había militares apostados con fusiles enormes, que nos invitan a salir de la terminal, a agilizar el paso. No les entendíamos, pero no era difícil adivinar qué decían. El imperio de los signos es universal. Al salir, afrontamos la primera marea humana, luego llegarían otras. La terminal era una muchedumbre desdibujada, grisácea, había hombres por todas partes, pocas mujeres. Eran menudos, morenos de piel, cabello y mirada. Iban medio vestidos, con sandalias o descalzos, pantalones cortos, y sobre los hombros, la mayoría portaban una manta raída. Las mujeres se cubrían con pashminas. Resultó un contraste curioso de ver. Poco alegre para lo que yo esperaba en aquel momento encontrar. ¿Dónde estaban los colores de la India, esos de los que todo el mundo hablaba tanto, la seducción, el recibimiento con guirnaldas y flores anaranjadas? Me sentí desilusionada.

¡Namaste!, escuché decir de pronto a un hombre joven que inclinaba su cuerpo hacia delante y juntaba las manos hacia mí. ¡Namaste!, respondí, imitándole, ¡namaste!, repitió de nuevo

sonriendo. Tenía la sonrisa más blanca del mundo. Y una mirada cálida, negra y de miel, de esas en las que sabes, porque te lo dice un sexto sentido, que te puedes perder.

Era nuestro guía.

Llevaba guirnaldas para todos. Y pronunció unas sencillas palabras:

«Recibe con alegría el día y la llegada. La fragancia de las flores es tu recompensa. La naturaleza entera te bendice».

Fue un momento hermoso, de esos que no se repiten, como la visión de un arco iris inesperado sobre una montaña helada o una estrella fugaz pasando junto a una luna llena.

Nos pusimos en marcha enseguida. En el aparcamiento nos esperaba un autobús viejo, que resultó demasiado grande para el grupo que éramos, pero no dijimos nada. Ellos tampoco. Quizá esperaban una tropa más numerosa. Engulló nuestras maletas y nos adentró en el desconcierto.

Delhi era un caos.

Había vehículos por todas partes; los carriles eran para tres vehículos, pero circulaban seis, pegados, rozándose. Delhi hervía de actividad, motos, bicicletas, no había un solo resquicio libre. La niebla y la contaminación de los coches dificultaban la visibilidad pero, pese a ellas, comencé desde la ventana a empaparme de pobreza, una pobreza que fue penetrándome sin remedio.

Multitudes harapientas, remolinos humanos mendigando por los coches, chabolas inmundas, mujeres barriendo, solo mujeres, encorvadas, torcidas, limpiando el polvo de unas calles sucias, con una especie de ramajes como hojas de palmera a modo de escoba; tan solo desplazaban la suciedad de un punto al otro, no la recogían. Sus ropajes fueron el primer punto de luz sobre el fondo gris. Puestos de comida negruzcos, sin ninguna higiene, en medio de la calle, bajo la atenta mirada de unos hombres morenos, delgados, casi enjutos y con aspecto deprimido. De pie o en cuclillas. Muy cerca otro enjambre de rostros, hombres, desocupados. Les rodeaba la porquería, pero no parecía molestarles. Reían. Sus dientes estaban manchados de rojo, de neem.

Una fiebre de sonidos llegaba hasta el autobús, lo traspasaba, ensordecía. Había perros vagabundeando, decenas de ellos, vacas perezosas cruzando las avenidas y apostadas en los arcenes. Rumiaban basura. Monos que corrían de aquí para allá, que robaban a la gente sus bolsas, que se subían a los árboles y parecía que reían. El atasco era monumental y la carbonilla de los tubos de escape acumulada irrespirable. Cuando comenzó a disolverse —como por arte de magia como sucede siempre—, la caravana de coches, llegaron los primeros edificios, la mayoría eran de cemento, y estaban enmohecidos, mugrientos. El guía nos dijo entonces que los monzones, las lluvias intensas y el excesivo calor de la India castigaban a su gente, y a la tierra. Todo me llamaba la atención, y comencé a escribir, a hacerme preguntas. Todas ellas se quedaron vacías durante aquellos días, y siguieron vacías meses después. No había ninguna explicación a la India, no al menos racional. «No intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo», me lo repetía en voz baja, me lo repetía constantemente recordando a María y aquel primer viaje suyo tan loco como cuerdo en busca de Sanjay. Allí había dos Indias: la de primera y la de los parias. La segunda democracia más grande del mundo vivía en una permanente paradoja, rica y mísera. Estaba enferma, tocada de muerte. Sin embargo, pese a la penuria, al choque cultural y a la repulsa que me produjo al inicio su visión, me atrapó, y lo hizo en todos los sentidos. Amé a las gentes que se me acercaron, de eso estoy segura, amé su melancolía, sus detalles, su pasividad, su karma, su postulado gandhiano, sus singularidades, la esencia, los colores, su vida poética y asceta, su generosidad extrema, su devenir se convirtió en el mío. En aquel recorrido por Delhi, descubrí la primera cara del corazón: sorpresa por la belleza. Desconcierto. La indigencia me abrió en dos mitades el espíritu. Y bastó un paseo.

Un paseo por Delhi.



# Un paseo por Delhi

El autobús nos esperaba paciente en un lado del hotel, un hotel que nos sorprendió por su riqueza, su elegancia, su ambiente europeo. También por las fuertes medidas de seguridad. ¿Cómo era posible aquella comunión tan desigual? Chabolas y modernidad, harapos y marcas. La realidad quedaba fuera, a las puertas, en el límite, entre dos mundos improbables. Y para hacernos olvidar aquel doliente entorno, el reflejo de la otra India, la real, la que suspiraba, la que ya no dejaríamos de ver en ningún momento, al menos yo, nos ofrecieron un coctel de bienvenida, champán. Burbujeaba feliz en la copa, y tenía algo rojo mezclado, quizá granadina o un zumo de sandía, era imposible diferenciarlo. No me gustó. Añadieron más guirnaldas anaranjadas a nuestros cuellos. Molestaban. Se acercó una mujer. Con el dedo nos hizo una señal entre las cejas. Nos preguntaba si queríamos el tercer ojo, el símbolo de la sabiduría. Algunos asintieron. Cerraron los ojos. En sus manos llevaba un cuenco de marfil blanco, dentro había pasta de sándalo ámbar. Yo lo rechacé. Creo que fui la única. Y entonces, el guía pronunció aquellas extrañas palabras: «Para occidente una gota es solo una gota, dulce o salada, transparente, insignificante, para Oriente en esa misma gota hay ríos y océanos. No destacar es un signo de elegancia». Eso dijo. Y yo le miré interrogante. ¿Quién era aquel hombre? ¿Un sabio, un filósofo, o un estúpido? No cedí. La terquedad ha sido y será siempre una de mis mayores virtudes y defecto, ya me lo decía mi madre. Volver a ella, a mi madre, siempre me hacía bien, era una terapia que empleaba cuando estaba perdida y en aquel momento, en medio de la recepción de un hotel de lujo, rodeada de miseria alrededor, fuera, a las puertas, la necesitaba. Verla hablarme, con aquel tono tan suyo, tan bajo, tan misterioso. Mi madre me llamaba Luz de Abril, decía que a través de

mis ojos se podía contemplar el mundo entero y la primavera. Y yo la creía.

¿Por qué Él no lo hizo?

Era sabia mi madre, siempre quise ser como ella, una soñadora con la cabeza en las nubes. Una mujer enamorada. Fue mi madre la que me animó a tejer historias, a acumularlas en diarios de viajes, la que me dijo un día sin venir a cuento que hacían falta muy pocas palabras para volar de verdad, para llenar el lado vacío de una cama para dos, para inventar un amor desconocido, para enamorarnos de un paisaje para siempre y compartirlo.

Escribe, me dijo, pero hazlo bien, no seas como todos los demás, no imites, pon el corazón en la mano, pon todas las emociones saltándote en el estómago y únelas.

Mi madre me decía: «¡Donde fueras, haz lo que vieras!». Hice una comparativa, frase-guía, frase-madre, supongo que significaban lo mismo y entonces lamenté mi terquedad, pero ya era tarde.

La muchacha del cuenco se había marchado.

Me prometí que si me la encontraba de nuevo, no la volvería a rechazar. A veces, es difícil comprender rápido, incluso deseándolo, porque supone compartir lo que nos es ajeno y extraño, como romper un lago de hielo por un punto cualquiera y esperar a ver qué ocurre. Asomarte dentro, cuando se quiebra, da vértigo, pero enseña. Cada viaje, cada encuentro con otras culturas tiene una luz especial que hay que descubrir poco a poco, quizá esa era la luz de Abril de la que tanto hablaba mi madre.

No sé. Quizá. Ya no puedo preguntarle.

De nuevo nos hicieron subir al autobús, el tiempo estaba tan ajustado y había tanto que ver, eso nos dijeron, que no tuvimos ni un momento para darnos una ducha o relajarnos, cerrar los ojos, cambiarnos de ropa, abrir la maleta. Todo estaba medido a contrarreloj. Viajar es una experiencia inhumana.

Nos llevaron hasta el Raj Ghat, a orillas del río Yamuna, el monumento memorial erigido en homenaje al padre de la nación India, Mahatma Gandhi: «Sé el cambio que quieres ver en el mundo», eso dijo Gandhi. ¡Dijo tantas cosas!, y me venían todas de golpe, a ráfagas, mientras caminábamos por el lugar exacto donde

fue incinerado. Me resultó bello por su extrema sencillez, Gandhi no hubiera deseado otra cosa. El amor es la fuerza más humilde... Una simple losa de mármol negra. Para una persona no violenta, todo el mundo es su familia. Una llama que brilla con fuerza. La muerte no es más que un sueño y un olvido. Una frase, sus últimas palabras antes de sucumbir a la muerte: Hey Ra, «Oh, Señor». Conmueve. El entorno verde, circundado por un parque repleto de árboles plantados por grandes personalidades, la reina Isabel II, el presidente Eisenhower, entre otros muchos, me envolvió en silencio y palabras, aquellas que pronunció y que yo siempre recitaba a mis alumnos: Cuida tus pensamientos, porque se volverán actos, cuida tus actos, porque se harán costumbres, cuida tus costumbres, porque formarán tu carácter, cuida tu carácter, porque formará tu destino y el destino será tu vida.

La solemnidad del lugar, su afonía, contrastaba con la entrada, un tumultuario escenario donde motos, tuk-tuks y comerciantes de todo tipo intentaban vendernos todo lo que llevaban encima. Resultaba agotador. Vimos hasta un encantador de serpientes con un turbante blanco deshecho en la cabeza que parecía un nido de palomas blancas. Nos persiguió con una flauta hechizada en una mano y un saco de arpillera en la otra hablando en hindi. Hui y me refugié en el autobús y mientras lo hacía volví a pensar en Gandhi, y en sus frases. Y recordé una que decía: «Una persona que no está en paz consigo misma, estará en guerra con el mundo».

Tenía razón el padre de la India.

En aquel momento yo no tenía paz. Él no me daba paz. Mi reflejo no me daba paz. Su recuerdo estaba en todas partes. Y aquel gran contraste me abrumaba.

Por un momento recordé el inicio de todo, cuando me miraba en la distancia y yo me sonrojaba sin poder evitarlo. Sus ojos me quemaban en la nuca, me recorrían la espalda, se deslizaban hasta mi trasero, lo sé, podía sentirle; sabía que se estaba mordiendo el labio inferior, y yo deseaba, cada vez que lo veía, que aquel mordisco fuese para mí. Me sonrojé. Pensar en él, en aquellos momentos, me hizo ruborizarme, y sentir entre las piernas un

pequeño pinchazo de placer. Sentí cómo mi pecho subía y bajaba emocionado. Y después me llegó la pregunta, la que siempre me censuraba, mi otra voz: «¿por qué lo haces?, ¿por qué te torturas así? No lo merece. Deja de pensar en él, no va a volver». «¿Y si lo hiciera?», grité, me grité en silencio a mí misma, al reflejo de mi rostro acalorado que me devolvía el cristal; amando así la única posibilidad que me quedaba, era seguir mintiéndome.

Me estaba volviendo loca. Y todavía me quedaban muchos días por delante.

El viaje prometía.

La calle estaba llena de gente, y para calmar el ánimo me paseé por los rostros anónimos de los desconocidos, me inventé sus miserables vidas, quizá cualquiera de ellas era mejor que la mía. Debía buscar un apoyo, un equilibrio para entender, pese a que en mi cabeza se repetía constantemente el consejo que le había dado aquel taxista hacía tantos años a María: «No intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo».

Desde el autobús me di cuenta, justo en aquel momento, de que el suelo de la calle estaba cubierto por unas enormes manchas rojas. Le pregunté a Sanjay, que estaba sentado delante de mí si sabía a qué se debía aquel espectáculo cromático. Y él se rio un buen rato meneando la cabeza de lado a lado. Su risa era tan contagiosa que yo también reí sin saber por qué lo hacía. Me gustaba su carcajada, era abierta y sincera:

—Son escupitajos —me dijo de pronto, rompiendo el silencio—. Paan.

—¿Paan?

—El paan está hecho a base de hojas de betel, anís, ralladuras de coco, cal, nuez de areca y, en ocasiones, también tabaco. Cuando te lo metes en la boca y lo masticas produce una enorme cantidad de saliva, por ello es necesario escupirlo rápidamente, si no te ahogarías. Es muy adictivo.

—Entonces es como el tabaco de mascar.

—No exactamente. Aquí el paan es la estrella de la meditación, en realidad lo es en toda Asia, produce al mismo tiempo euforia y tranquilidad.

—¿Alguna vez lo has probado?

—Claro, lo consumía antes de marcharme a España. Luego llegó María, y bueno, ya sabes, con el amor, el corte de pelo, y el fin del turbante, también se acabó el paan. Ya hace mucho tiempo que no lo pruebo. No es fácil de conseguir en España y tampoco podría ir escupiendo en el suelo.

—Resulta muy asqueroso la verdad.

—Ay, ¡cuántos prejuicios!, estás en la India, Abril, y aquí las cosas funcionan de otra manera. Prepárate para ver escupitajos rojos a larga distancia y narices que se suenan los mocos sin papel, al aire, como los futbolistas de la televisión; la India se caracteriza por su naturalidad. Escucharás eructos después de comer, incluso en los restaurantes más caros, aquí no tenemos manías, tampoco prohibiciones, nadie se escandaliza por casi nada, somos una auténtica democracia gaseosa. Ya te acostumbrarás.

—No lo harás. Yo no pude hacerlo —intervino María, de pronto, muy seria. Y Sanjay asintió.

—Sí, es probable que no lo hagas.

De nuevo bajamos del autobús. Habíamos llegado a un parque, el Lodi Garden, un lugar precioso ubicado en el corazón de la Nueva Delhi. Había sido un barrio creado en la época británica, y en él se encontraban algunas tumbas de sultanes de la dinastía Lodi. Era un recinto muy cuidado, y según nos contó el guía, frecuentado por familias que buscaban los fines de semana un rincón fresco para hacer un picnic o por parejas que se perdían por los rincones del recinto. También eran frecuentes los grupos de colegiales que acudían a aprender sobre el pasado grandioso del país, y sobre su vegetación, estaba lleno de árboles. Ese día lo visitaba un colegio femenino. Había tres filas de niñas de edades distintas perfectamente uniformadas, todas iguales. Sentí cómo me miraban, con aquellos ojos tan negros. Sentí su brillo, su deseo de tocarme, su calor. Me decían, ¡hellow!, al pasar, y sonreían con vergüenza, tapándose la boca después. Sus gestos eran aññados, tímidos, de sorpresa, había admiración. La mayoría tenían el cabello muy negro, brillaba con el sol, y lo llevaban recogido en trenzas. Una de ellas me preguntó si podía hacerse una foto conmigo. Y yo

reusé con la mano, agradecida, aunque sintiéndome extraña. ¿Quién era yo? Entonces se me acercó el guía y me dijo unas palabras:

—Imagino lo que te estarás preguntando, y puede que tengas razón, ¿quién eres tú?, pero estas niñas que ves son huérfanas, niñas perdidas y encontradas solas por las calles o entregadas a alguna institución porque nadie puede hacerse cargo de ellas. Para estas chiquillas tu piel es un milagro, coleccionan fotos y no tienen mucho más que atesorar. Sus probabilidades de salir de la India alguna vez son casi nulas. Tú eres, en este momento, su ventana a Occidente. Deja que se acerquen, que te toquen.

Miré al guía. Nos sonreímos. Asentí.

—¿Me acompañas?

Me aproximé hasta la niña que me había pedido una foto, y le hice un gesto, un guiño cerrado. La niña se llevó las manos al pecho. Y yo la rodeé con el brazo estableciendo el primer contacto. El guía nos fotografió. El resto de las niñas se fueron acercando despacio. Me rodearon. Parecían tan contentas, algunas buscaban mi contacto, otras se contentaban con tocarme y se marchaban, quizá pensaban que mi piel no era real. Me dejé hacer, pero me sentí confusa. Ser venerada, tan solo por el mero hecho de ser blanca, diferente o europea, no me había sucedido nunca.

De vuelta en el autobús, nos llevaron hasta la Puerta de la India, un camino de reyes. Un arco de triunfo majestuoso, un memorial por los más de noventa mil soldados hindúes que perecieron durante las guerras afganas y la Primera Guerra Mundial; me recordó a París. Me recordó de nuevo a él, qué delirio. ¡Cómo nos gustaba París y sus cafés y perdernos por los bulevares, y caminar sin rumbo, cogidos de la mano! ¡Cuántas pérdidas acumulaba en mi vida! Y al ver la llama eterna que lucía debajo del arco, el Amar Jawan Jyoti, la llama del guerrero inmortal, dedicada a honrar a los valientes soldados, anónimos todos ellos, muertos en el campo de batalla, pensé que quizá no había luchado bastante o quizá lo había hecho demasiado. Me sentía ridícula. Nuestra relación había sido como esas casas nuevas, recién estrenadas con muebles baratos y malos. El telón de una comedia a medio hacer.

Y a medio hacer se quedó.

Intenté quitarme su visión, me molestaba como la niebla que persistía en Delhi, como el recuerdo de los últimos gestos y las llaves resguardadas en el macetero que teníamos en la entrada. Me gustaba revolver la tierra antes de entrar. Mancharme. Retrasar la vuelta. Imaginarlo esperándome.

Pero un día ya no volví. Arrojé la llave en el buzón y no dejé ninguna nota. Desaparecí. Era lo justo. Tres vidas eran demasiado. Sin embargo, su aroma me seguía, estaba ahí, después de tantos meses, después de tantas duchas, fugaz como el pensamiento y los recuerdos.

El guía seguía hablando, y me esforcé por escuchar detalles reales y volver sobre mí misma. Nos contaba que la ciudad se preparaba para el desfile del Día de la República, el veintiséis de enero, y que ese año iba a contar con un invitado de honor, el presidente de EEUU, Barack Obama. Después nos anticipó la siguiente cita, Gurudwara Bangla Sahib, el principal templo sij de la ciudad de Delhi.

Fue entonces, en aquel justo momento, cuando Sanjay pidió la palabra y se puso en pie muy serio. Su palabra, un minuto después, se convirtió en una declaración de amor hacia María.

Su palabra se convirtió en una declaración de amor.

—Como sabéis —sois todos amigos— este viaje es para nosotros muy especial. —Y mientras lo dice, mira a su esposa y a sus hijas con un brillo de emoción—. Es un reencuentro. Anita Nair decía que «en la danza, como en la vida, no necesitamos más que nueve formas de expresarnos, las nueve caras del corazón». Nosotros encontramos las nuestras, y por eso organizamos este viaje, para volver a nuestros orígenes —al menos los míos— y reconciliarnos. Mis hijas fueron el fruto de una entrañable historia de amor, una historia que fue de locos, una historia que todavía hoy nos dura —y besa a María con timidez—. Ellas sellaron nuestra unión, la reforzaron, le dieron sentido. Dos civilizaciones, Occidente, Oriente. Mis hijas simbolizaron la ruptura, el enfrentamiento ante los convencionalismos, los de María y los míos. Tuvimos en contra a la vida misma, pero fuimos fuertes. Y pacientes. Compartimos el

camino. La juventud ayudó. María intentó vivir en la India, pero no pudo, y yo la miraba a los ojos y comprendía. Su luz se apagaba, esa misma luz que me había enamorado nada más verla en la isla de Ibiza. Era desdichada y estaba perdida. No era capaz de soportar la presión, la salvaje India, el día a día, el papel destinado a la mujer, el martirio que suponía tener a mi madre siempre cerca, y al resto de la familia, el sometimiento de la mujer, su carga sobre los hombros. Entendí. Había sido un impulso y una prueba demasiado dura de soportar para una occidental. Había sido excesivo para un amor recién estrenado e inseguro. María había perdido su equilibrio, estaba lejos de su hogar, de su gente, de su lengua, de su cultura, de su religión. Pero yo la amaba, y no quería renunciar a ella, no podía. Despedirse era un verbo demasiado grande, demasiado definitivo. Sin embargo, tampoco quería hacerla infeliz. Así que, voló. Sí, y mientras María se alejaba de vuelta a su mundo, a España, y fueron pasando los meses, intenté renacer. Hubo mucho miedo en su huida, pero también un profundo descanso. Pero cuando recibía sus cartas me dolían las entrañas, las removían, ¡había tanto amor en ellas!, me recordaban lo que habíamos tenido, todo en lo que habíamos creído. Ella lo había intentado. Ahora me tocaba a mí. Y cuando me enteré de que mi madre me estaba buscando esposa, me decidí. Yo no deseaba tener otra mujer. Pero el adiós fue un lamento, sobre todo en una época en la cual las comunicaciones prácticamente no existían. También España fue dura, como la roca. Y cerrada. E hiriente. No había otras razas, ni se profesaban otras religiones. Fuimos un escándalo. Vivimos momentos muy difíciles, inmersos en el ambiente asfixiante y pueblerino de una pequeña villa de la sierra de Madrid donde el cotilleo y las maledicencias recorrían las calles de arriba a abajo y de izquierda a derecha, donde los murmullos se mezclaban entre los vecinos mientras compraban el pan, el pescado o la fruta. Allí, rechazados por unos y por otros, en aquel escenario hostil, nuestro hogar, que era una miscelánea de sabidurías, dioses, y culturas bien avenidas, sobrevivía a todo, éramos una vasija repleta de esperanza. Nos daba igual la calle en la que nos encontrásemos, solo una podía conducir a la felicidad, y nosotros la habíamos



encontrado. Cuando nuestras hijas vinieron al mundo la tensión se fue diluyendo. Llegó el trabajo, la aceptación, las bendiciones y el seguir adelante. Nunca les hablé en hindi y me apena. Y hoy estoy aquí, porque quiero recuperar algo que nuestra familia perdió. La grandeza de sentirse indio, el orgullo de esta tierra. Mi religión sij.

Y aquel momento, frente a todos nosotros, se colocó un turbante en la cabeza. Era de un color dorado, y se cruzaba por el medio formando un triángulo. Recuerdo que pensé que la sentaba muy bien.

Prosiguió:

—¡Miradme! ¿Qué veis? Solo un rostro, ¿verdad?, algo conocido, ojos, nariz, cejas, orejas, boca, mentón, mofletes. ¿Sabíais que tenemos treinta y dos músculos faciales?, ¿sabíais que gracias a ellos podemos comunicarnos, incluso sin palabras? Emoción. Emociones. Antes de venir a este viaje escribía cartas. Mucha gente lo hace. En realidad, no eran cartas, eran pensamientos, una forma de sentir, no tenía la intención de compartíroslos, pero como ya he comenzado a desnudarme, me gustaría seguir ahondando en este espíritu de retorno. Decía Gandhi, la verdad es totalmente interior:

»Cada mañana salgo de casa y me dirijo al trabajo; mi uniformidad es una camisa europea, un pantalón de vestir con raya diplomática y unos mocasines de cuero negro brillantes anudados con cordones. No consigo encontrarme cómodo en este traje confeccionado, tampoco con esta vida prefabricada, rodeado por una decoración mitad india, mitad europea. No hay rastro del hombre que fui; ella se lo ha llevado todo. ¡Cuántas cosas se hacen por amor, demasiadas, tantas! A veces, tengo la sensación de haber perdido mi identidad por el camino.

»¿Y ahora? De vuelta a mi tierra ya no me siento indio, tampoco europeo; las costumbres que he intentado mantener todos estos años han sido en vano, se han quedado en la orilla. De nada me sirvió traerme un pedacito de mi mundo o rezar a mis dioses cada día, poner incienso o guirnaldas, porque cuando miraba a mi alrededor, no veía sus paisajes, tampoco percibía sus colores. He querido volver tantas veces a casa, a mi verdadera casa, a mis

orígenes, con mi gente, la de verdad, pero nunca era el momento apropiado para emprender el viaje. El trabajo, los hijos, las obligaciones, el dinero, de nuevo el trabajo, han ido haciendo mella en mi identidad, y temo no reconocirme, temo que aquello que he idealizado ya no exista. Temo volver a India. ¡India!, ¡India!, ¡India!... He soñado contigo todas las noches y en ellas he vuelto a ser pequeño, he vuelto al regazo de mi madre, a su aroma al mecarme, al curry, al té, a la sensación picante de la lengua. He podido ver reflejado en sus oscuros ojos negros los colores de las especias, los cuencos de la vida. Recuerdo su largo cabello azabache, la suavidad de su piel oscura, su piel; su piel me tortura y busco un rastro de ella, de mi madre, en la mía propia que cada día veo más blanca, y me arañó hasta sangrar intentando arrancar mi esencia, mis raíces, mi yo más íntimo. He vuelto en sueños y de verdad, he vuelto cada día.

»¿Y ahora? Siento una gran emoción. ¡Volver a India!, ¡estar en India!, ¡ya estoy en India! Y es el momento de mostraros de lo que estoy hecho, el material que me mueve y me estremece, la sangre que corre por mis venas, la lengua que me recorre, el paladar al cual están todavía adheridos todos los sabores de mi infancia. La comida en España no tiene sabor. Pero ella me atrajo y yo la seguí. Y lo hice contento, dichoso de compartir, de salir de la miseria. Me sentía un privilegiado, podía vivir de otra manera, ser otro hombre, el que yo quisiera. Pero la realidad fue algo sombría, los rostros me resultaban apagados, el frío demasiado intenso, el calor aplanante. La piel me mutaba, amarilleaba mi torso, se me secaba; la gente no hablaba, no regateaba, no sonreía, no tenía paciencia, era aprensiva, sus ojos no brillaban con intensidad, la hospitalidad era fingida, postiza, violenta, no sentía respeto hacia los mayores, el trabajo me absorbía. Las mujeres vestían de negro, incluso María, y eso me deprimía, también los hombres. Yo mismo comencé a hacerlo. Era como estar de luto todo el tiempo. Las especias no desprendían aroma, no estaban expuestas por la calle, no había color. Color, eso era lo que me faltaba. El color.

»¿Y ahora? ¡Estoy en India!... ¡ya estamos en India! ¿No podéis sentirla?

Sanjay se quedó absorto unos instantes. Miraba ensimismado por la ventana. Yo miré a María. Le hice un gesto con las cejas. ¿Esperaba Sanjay que dijéramos algo? Ella negó y se acercó a su esposo. Le abrazó. Entonces Sanjay sonrió y continuó:

»Estas son las calles de Delhi. Llevo años diciéndome la misma frase: ¿Y mañana?... ¡A Delhi! Soñaba con volver, pero solo llevo un día y me siento ya un extraño, mi asiento es demasiado confortable, y hay una barrera invisible que me separa de mi gente, son todos estos años que he vivido en España, alejado del cielo, de la negrura de sus noches, de su temperatura. ¡Bien!, vamos a llegar enseguida a visitar un templo sij y debemos cubrirnos la cabeza e ir descalzos por el templo. Antes de entrar, hay que lavarse bien los pies. Esta es mi religión, nos llaman los santos de la espada. Y a lo largo de la vida se nos pide guardar con celo y rigor ciertos aspectos: No cortarnos el pelo —con lástima se toca la cabeza y sonrío—, en mi caso no fue posible. Dentro del turbante los sij llevan un peine, símbolo de higiene, el cabello y la barba, aunque largos, deben estar bien aseados y cuidados. Llevar una pulsera de acero en la muñeca, esto nos recuerda quiénes somos, auténticos guerreros, santos de la espada como os he dicho antes, capaces de defendernos y de proteger a los indefensos. Los sij somos gente orgullosa, hospitalaria y muy generosa. El autocontrol es nuestro lema. También debemos llevar pantalones cortos y un puñal como arma de defensa, es el símbolo de la libertad. Al vivir en España tuve que despojarme de muchas cosas, pero mis creencias son arraigadas y yo me siento un auténtico sij. No se nos permite fumar ni tampoco beber. Y respecto a la carne, la religión la tolera. Sin embargo, la mayoría del pueblo indio es vegetariano, como ya sabéis. Nuestra riqueza ha sido y es la tierra, a la que debemos y profesamos un respeto enorme. Cuenta una leyenda que un día Gobind Rai, un antiguo profeta sij, estaba celebrando con su pueblo la fiesta de la cosecha. Hasta el lugar habían acudido miles de personas, seguidores todos ellos de su credo, y entre la multitud se rumoreaba que algo iba a pasar. De pronto, Gobind, desenvainó su espada y gritó al gentío: «Necesito un sacrificio, ¿quién se ofrece para saciar la sed de mi ansiosa espada?». La multitud comenzó a

asustarse y la mayoría huyeron despavoridos del lugar. Aquel hombre estaba loco. Sin embargo, hubo alguien que se alzó y caminó despacio hasta Gobind. El gurú lo llevó hasta su tienda y el hombre no regresó. El que sí lo hizo fue Gobind, mostrando a la gente su espada ensangrentada. El horror se pintó en los rostros de aquella masa congregada. Pero Gobind aún no estaba satisfecho y continuó exigiendo sacrificios. Hasta cinco veces pidió abnegación y hasta cinco mártires se la ofrecieron. Satisfecho, llegó la calma. Después el silencio. Y de nuevo, Gobind ofreció a sus fieles seguidores su semblante más pacífico. Les habló con dulzura, con la mano en el corazón: «Llevamos años soportando a los tiranos, soportando sus crueldades. Ellos no entienden nuestro lenguaje, no comprenden el significado de la no violencia. Hoy, vosotros tampoco lo habéis entendido. Es necesario acabar con el avasallamiento, con el despotismo instaurado, y para ello debemos levantar la espada con vigor, con fuerza y decisión ante nuestros verdugos. He decidido que, a partir de ahora, seremos guerreros y nos defenderemos. Y los líderes elegidos para llevar adelante esta lucha contra los dictadores y por la defensa de los más necesitados serán mis cinco mártires de hoy». Se hizo un murmullo de sorpresa, de admiración. La visión de aquellos cinco hombres vivos les dejó sin aliento de emoción. «Bien, de ahora en adelante les llamareis Singh, “los leones”, santos de la espada, y no nos importará que provengan de las castas más bajas, serán considerados como iguales, hijos de Dios. Trabajad duro, compartid el fruto, vivid conforme a vuestras creencias, con serenidad y espiritualidad». Eso dijo Gobind. Y eso intentamos. Los templos sij están abiertos al mundo. Bien ya hemos llegado, ¿os apetece verlo?

Asentimos y después rompimos en aplausos. Y recuerdo que dijo:

—¡Es maravilloso sentirse vivo, compartirlo! Gracias, gracias.

De su mano recorrimos su casa. Su culto. Fue emotivo sentir la convicción de sus creencias. Me desarmó. Nos desarmó a todos. Nos sentamos en el suelo, la postura de oración se parecía a la del yoga. El templo era dorado y la estructura principal de mármol. La música que sonaba me recordó a un lamento. No era bonita, pero

sentí mucha paz al escucharla. En el exterior encontramos una gran piscina donde los fieles se bañaban para purificarse. Era su particular río Ganges, imagino que más limpio, porque había escuchado decir que su río sagrado estaba lleno de porquería. No tuvimos tiempo de ir a verlo. De aquel templo lo que me conmovió de verdad fue el sentido pleno y auténtico de la palabra generosidad. Allí había muchos voluntarios, y todos trabajaban para la comunidad, barrían, fregaban, le limpiaban los zapatos al peregrino que llegaba, una cadena de humildad, de favor, de solidaridad. En las cocinas bullía la actividad; todos estaban descalzos, con el cabello cubierto; las ollas humeaban comida recién hecha que no paraba de salir al comedor, un lugar completamente vacío de mobiliario donde varias filas de alfombras se disponían en el suelo formando franjas horizontales; el pan era amasado por mujeres en el suelo, los hombres volteaban las tortitas después. Movían el arroz en grandes peroles, preparaban guisos, pelaban verduras; había quienes se ocupaban de servir la comida a todo el que lo pedía, y esto fue lo que más me sorprendió del lugar y de la religión sij, daba igual quién fueras, de dónde vinieras, qué credo profesaras, o de qué raza, todo el mundo era bienvenido al templo sij, todo el mundo tenía derecho a ser bendecido, a comer un plato caliente al día, a resguardarse bajo un techo cubierto y escuchar una suave música. Fue un bálsamo, y me hizo pensar en nuestra hospitalidad, en la frialdad de los detalles y los obsequios, en las bolsas blancas de los bancos de alimentos, en los vales y canjes, en las largas filas de desheredados, en los refugiados ateridos. En el salón, supervisando las bandejas, había un señor muy serio. Le gustaba que quedasen limpias, vacías. Comprobé que para ellos dejarse algún resto era un signo de mala educación, de falta de hambre y ellos estaban ahí para alimentar al necesitado, al viajero, al nómada, al perdido. Sanjay nos contó que multitud de camiones llegaban cada día hasta el templo, que recibían donaciones continuas, porque su entrega al prójimo era real. La cocina funcionaba las veinticuatro horas, y siempre con voluntarios. Humildad, sencillez, igualdad, confraternización, esos eran sus grandes pilares, su estilo de vida. Cuando finalizó la visita, Sanjay

nos recitó un puñado de versos que yo intenté escribí en mi cuaderno sin éxito. Más tarde, de vuelta en el hotel, los buscaría en Internet. Provenían del libro sagrado. Decían así: «No reproches a nadie, el Verdadero vive en todos./ No molestes a nadie, todos son gemas inestimables./ No desprecies la tierra, no hay nada como ella./ Estando vivos, la pisoteamos; muertos, ella nos aplasta./ Es valiente el que siendo fuerte no lo demuestra y lleva una vida humilde. El que gana su pan con el sudor de su frente y dona algo de su ganancia./ Hay cinco ladrones que moran en nuestro cuerpo: la lujuria, la ira, la avaricia, el apego y la soberbia./ El que se conquista a sí mismo es capaz de dominar el mundo entero».

Salí del templo con una sensación desconocida, nueva, con una lección aprendida, grabada, prefería hacer cualquier cosa antes que conformarme con una vida sin emociones. Nos daban tantísimas vueltas, su fe, su determinación, eran brillantes, partían del desinterés por los bienes, del interés por el prójimo. Y mientras caminaba hacia el autobús, de vuelta, absorta en mis pensamientos, en lo que acababa de ocurrir en el templo, en los últimos versos de Sanjay, y en las palabras que recordaba de Teresa de Jesús que decían algo así como: «a veces sentimos que lo que hacemos es algo tan pequeño como una gota en el mar, pero el mar sería mucho menor si le faltase esa gota», alguien tocó mi hombro. Y al girarme la vi. Era una mujer sin rostro. Tan solo tenía un ojo sano, un ojo por el que me pedía dinero, el resto de su cara era un amasijo desdibujado de carne, no había rastro de la nariz, tampoco de la boca. Me hizo estremecer. Huir. La repulsión que sentí pudo conmigo. Y refugiada en el autobús lloré, porque no había sido capaz de enfrentarla, de tener caridad, de mantenerle la mirada. Y no sé por qué me vino al pensamiento mi madre y aquellas palabras que pronunciaba cuando yo de niña tenía miedo a quedarme sola: «el agua hay que tomarla a pequeños sorbos». Cerré los ojos, y pensé con tristeza que quizá tuviera la lepra, o a lo mejor su rostro era el resultado de un vertido de ácido de algún mal nacido celoso, pero ya daba igual, nada justificaba mi fuga, mi aprensión, mi extrañeza. No tenía perdón. No me había parado. Podía haberle dedicado algo, poca cosa, una sonrisa, una palabra, una de tantas.

Y en aquel momento sentí el ocaso, la mirada turbia, arrasada, la rigidez. No quería llorar. ¡Cómo iba a soportar el resto del viaje si me hundía el primer día!

Mis ojos permanecían cerrados cuando se me acercó el guía a mi asiento.

—¿Estás bien? —me preguntó—. He visto lo que te ha pasado. Por desgracia quizá no será la primera que veas, aunque entiendo que es una visión muy dura.

—¿Tenía lepra?

—No, no es lepra. Fue ácido. Es la hija del primo de un amigo mío, no tiene ni veinticinco años. La conozco bien. Su historia es muy trágica. Era el día de su boda. Una boda por amor. Estaba junto a sus hermanas y su madre en un salón de belleza. Acababan de maquillarla y una muchacha le ponía tatuajes de henna en las manos. No podía moverse. Entonces llegó un muchacho en un coche, aparcó fuera del local en doble fila y entró precipitadamente con una botella en la mano. Todas le vieron, pero ninguna imaginó lo que iba a suceder un segundo después. Abrió la botella y le lanzó el ácido a la cara. Sucedió todo tan rápido que ni siquiera pudo reaccionar, cubrirse, huir. El ácido le destrozó la parte baja del rostro, pero consiguió salvar un ojo y parte del otro. La futura esposa gritaba desesperada, aullaba de dolor, de rabia, se intentaba quitar el líquido con agua, un líquido que iba destrozándole la piel a mordiscos. Aquel desgraciado había truncado en tan solo unos segundos su futuro, su matrimonio, su vida. Y todo por haber sido rechazado repetidamente por la novia y por los padres. La muchacha estaba enamorada, era correspondida, y eso es algo que en la India no sucede todos los días. El ochenta por ciento de los matrimonios todavía son concertados, el mío lo fue también. Como ya habrás podido imaginar, su boda nunca llegó a celebrarse. El novio la repudió meses después, cuando fue evidente que no se podía reconstruir su rostro. No le culpo, es difícil amar algo tan deforme. Tú misma has huido.

—¡Pobre chica!

—Sí, su historia es muy triste. Ahora, mendiga por las calles. Sus padres murieron y es la única forma que ha encontrado para

sobrevivir y ayudar a sus hermanas pequeñas.

—¿Y qué pasó con aquel muchacho, el que vertió el ácido?, ¿lo metieron en la cárcel? —pregunté.

—Sí, fue detenido. La pena en la India por un vertido de ácido es de ocho a doce años. Se intenta controlar su venta, pero no es fácil. Hay denuncias de mujeres cada semana. Es algo terrible.

—¡Devastador!, me has dejado el cuerpo y el alma deshechos.

—Sí, bueno, es mejor que vayas acostumbrando, la India está llena de historias dramáticas con nombre de mujer.

Contemplé mi cuaderno y la ventana. La mujer seguía fuera. No nos miraba, parecía perdida, quieta, como una estatua. Desde mi asiento sentí toda su pena. Tenía que escribir esa historia. Acaricié la página y las palabras que ya había dibujado, busqué otras. Me llené de tinta.

No tardamos mucho en llegar a nuestro siguiente destino, la Mezquita del viernes, Jama Masjid o la gran Mezquita, una de las mayores de la India, centro de culto musulmán en Delhi. El lugar, a los pies de la escalinata que conducía al templo, era un caos, un hervidero de gente, vehículos, bicicletas, tuk tuks, coches viejos, autobuses como el nuestro. Nos contó el guía que estábamos al principio de la Vieja Delhi, y de una conocida y concurrida calle de comercios y puestos callejeros, Chandni Chowk. Zona de mercado de aves y pájaros enjaulados. Resultaba bastante deprimente. En el templo volvimos a cubrirnos, esta vez hasta los pies con una especie de bata. Entramos descalzos. La mezquita había sido construida por el emperador mogol Shah Jahan entre los años 1644 y 1658, y necesitó la participación de gran número de artesanos. El emperador quería la réplica de la mezquita Moti Masjid, que se situaba en la ciudad de Agra, pero el resultado fue mucho más espectacular, una mezcla de estilos mogoles e hindúes, un gran patio y tres cúpulas en mármol blanco y negro.

Cuando salimos de la mezquita, nos encontramos un enjambre de ricksaws. Nos hablaban todos a la vez. El guía les daba órdenes. Nos señalaba. Acabamos todos a pedales. Al corazón de la Vieja Delhi no se podía acceder de otra manera.



Tenían alma aquellas estrechas callejuelas. Y un caos indescriptible. Me recordaron a un Zoco. Estaban llenas de color. Formamos una fila. Mi conductor era un muchacho joven, delgado como un hilo, se notaba que sufría con el pedaleo. Las tiendas o, mejor dicho, los pequeños puestos abarrotan las estrechas calles y estaban repletos de brocados multicolores, de saris, de ropa india, de vida y anarquía, de vendedores de fruta, de dulces caseros, de peluqueros diestros que en plena calle cortaban el pelo o afeitaban, bajo la atenta mirada de una docena de personas que no hacían absolutamente nada; los cables, millones de ellos, nos rozaban casi, estaban por todas partes; la vieja ciudad serpenteada de callejones oblicuos, angostos, mínimos, sucios, abarrotados, exóticos, ruidosos y coloristas me fascinó. Y deseé, lo recuerdo bien, lo tengo escrito, haber podido bajarme, perderme, fotografiarlo todo para no olvidarlo. No pude hacerlo. Ni bajar, ni olvidar. Me lamenté. El guía que iba sentado junto a mí me dijo que llamaba demasiado la atención. Y rehuyó mi mirada, mis ojos verdes, el cabello dorado, la tez pálida, la cámara, mis ansias de saber, de entender. Tuvo miedo de mis ojos, de mi curiosidad, de mi búsqueda. India eterna, eso pensé. ¡Qué espectáculo, qué pobreza, cuántos niños medio desnudos, cuántas ropas raídas, qué horror de semáforos, de pitidos, de tullidos, de gente pidiendo, de manos haciendo gestos de hambre, de humanidad malviviendo!, ¡qué sensación de compañía, de masa, de miradas oscuras clavadas en la piel nevada! Y entre tanta sordidez, ellas, siempre ellas, un punto de luz. Ellas, mujeres indias caminando entre los callejones de esa Vieja Delhi. Y poco más al sur, una pequeña y abandonada mezquita. Morada de algunas tumbas, entre ellas la de una reina, la primera de la India, ya caída en el olvido, Razia Sultana. Me interesó y más tarde en el hotel la busqué. No había mucha información, solo que Razia vivió en el siglo XIII durante el sultanato mameluco y que su padre, pionero y algo transgresor la educó como a un hijo, permitiéndola formar parte de batallas y, sobre todo, de la política del reino. Ella iba a ser su heredera, pero las tramas del palacio y el amor que sentía por un esclavo abisinio, provocaron una rebelión entre su gente que terminó con su reinado. Después de ella hubo otras

reinas, y escribí en el cuaderno sus nombres. Tenía que profundizar. Descubrí que Razia había sido la antecesora de la mítica Lakshmibai, la Rani de Jhansi, aquella mujer fuerte y decidida que, en algún momento algún historiador había comparado con Juana de Arco, lideró las tropas durante la Rebelión de los Cipayos para expulsar a los británicos de la India en 1857. Y no fue la única reina, hubo otras, anónimas, mujeres que desde dentro de los harenes habían movido los hilos del Estado. La reina madre de Jaipur, Gayatri Devi, fue una exploradora. Saltó de la Corte al Parlamento, y fue elegida tres veces, tres legislaturas seguidas. Algo increíble. Aunque no menos que la llegada al poder de tres intocables, eso sí que fue una audacia, Mayawati en Uttar Pradesh o Sheila Dikshit en Delhi y Phoolan Devi, la Robin Hood de la India, también llamada Reina de los Bandidos, que de bandolera pasó a política socialista y al parlamento. Estas mujeres demostraron a su gente que todo era posible. Todo. Solo había que creer y luchar. Mujeres en pie. También releí a Indira Gandhi, hija de Jawaharlal Nehru. Sobre ella tenía una extensa biografía. Siempre me ha parecido un personaje fascinante de la historia, de una fuerza y belleza sin discusión. Una huella muy presente en la India todavía. La auténtica reina de la política, lideró durante años, casi los mismos su padre, la India. La gente la quería de verdad, movía masas en los mítines.

Volví al paseo, sintiendo en el alma que la Vieja Delhi terminase, algo me decía que allí, se encontraba la verdadera esencia de la ciudad. Al hombre de las piernas de hilo le regalé una generosa propina y él a mí una gran sonrisa manchada de rojo. La visita continuaba. El apremio, «el venga, vamos», las exclamaciones, las prisas, la reticencia, también.

\*Nota al pie del cuaderno: Sigue pareciéndome inhumano viajar. Un atentado a los sentidos. Una adicción. El desorden de lo cotidiano, de lo seguro, del confort. Viajar en grupo puede resultar menos arriesgado, pero es incómodo sentirse dirigida. No hay intimidad. Voy a intentar desmarcarme, perderme. Quizá al final. Me hace falta el contacto con la gente, chocarme con ellos, pasear, palpar la realidad de cerca aunque me atemorice.

¿Un país son sus monumentos?, ¿es su gente?

¿Se puede responder a esta pregunta?

Otro monumento y otro, la piedra no parece tener fin, es como las emociones.

Y así, con esas ideas escritas en el cuaderno, seguimos rodando hasta la hora del almuerzo. Nos llevaron a un restaurante escondido entre los árboles. Era como un parque natural, tenía música de aves, cortinas blancas que ondeaban y asientos de madera oscura. Era como un oasis en medio de la ruidosa Delhi. Apunté su nombre para no olvidarlo, Park Balluchi. Era nuestra primera comida india de verdad, pero el lugar resultó estar demasiado europeizado. Mi compañera de mesa se pidió una sopa de color rojo que tenía mucho picante. Quizá aquello fue lo más extravagante del menú. El pan tenía el aspecto de una foccacia italiana pero sin especias ni aceite de oliva. Estaba caliente. Me dijeron que se llamaba naan. Aún no lo sabía, pero en adelante mi dieta estaría formada por este pan y el arroz blanco. Para mí, que siempre he huido del picante, no habría muchas más opciones. Al finalizar me acerqué hasta el baño. Su aroma a amoníaco me produjo infinitas arcadas. Y me cubrí el rostro con un pañuelo que llevaba en el cuello. El pañuelo también acabaría formando parte de mi cabello. Los días en la India fueron cubriéndome. El suelo estaba bañado de agua. Se me mojaron las merceditas. Encontré un grifo cerca del inodoro e imaginé que el agua había salido de allí. No había papel higiénico por ninguna parte y tuve que rebuscar entre mis bolsillos para encontrar algún pañuelo de papel. En adelante, y después de aquella experiencia, no volví a salir sin un rollo. Los cogía en los hoteles antes de salir de la habitación y cargaba con ellos a lo largo del día. También, comencé a rehuir los baños. Su concepto de higiene distaba mucho del mío.

Al volver a la mesa, intrigada por el agua y la falta de papel, y como no quería ofender al guía, escribí una nota en mi cuaderno:

\*Nota: investigar.

Más tarde, ya en el hotel, escribí estos apuntes que transcribo así:

»He visto a las mujeres barrer por la calle con el torso doblado, en realidad no sé para qué lo hacen, solo trasladan la

basura y el polvo de un lugar a otro. La inmundicia unos metros más allá también molesta. El aspecto de los indios es aseado. Los hombres van bien peinados, con la raya hacia un lado, sus cabellos brillan bajo el sol; las mujeres son preciosas, reinas. Sus vestidos me enamoran, esos largos saris, metros y metros de tela, hechos con una pieza de seda o algodón, sin costuras, en los que envuelven sus cuerpos delgados, les dan un aspecto elegante, grácil, incluso en los lugares más pobres. Son la luz de las calles.

»Al buscar sobre limpieza, he llegado a las castas. ¡Están en todas partes!, aunque nosotros en esa situación de poder, de turismo acomodado no podamos verlas, ni sentir las. Su visión y la nuestra nada tienen que ver, no comulgan. Es uno de los mayores sinsentidos de la India en pleno siglo XXI, y una realidad oculta a los ojos del mundo. Su propia Constitución las prohibió hace mucho tiempo, pero es arraigada su práctica, su tradición y se mantienen vivas. ¡Cuánto soñó «el alma grande», el padre de la India, Gandhi —como le llamaban—, con erradicarlas! El poeta bengalí, el premio Nobel de literatura siempre imploró su fin, luchó por él hasta la muerte. Y son ellas, las castas más bajas, los parias, los intocables, los que limpian las calles, los que recogen las basuras o cortan el pelo, los que están en contacto con aquello que para los indios es impuro, el sudor, el cabello, los excrementos, la sangre, los mocos... Entiendo que pese a su aparente limpieza —sería absurdo frenar a un indio, se asean todas las mañanas—, ninguno desee hacer estos trabajos, tampoco en Occidente son agradables aunque estén normalizados. En algún sitio leo que Delhi es una de las veinticinco ciudades más sucias del mundo. Me lo creo. Y después descubro a una antropóloga llamada Mary Douglas que tiene la teoría siguiente: no es que los hindúes no sepan qué es la suciedad sino que su noción de la suciedad es diferente a nuestra noción moderna y occidental. La suciedad simplemente es materia fuera de lugar, un plato de comida en el suelo, unos zapatos sucios sobre un lecho, o un pañuelo con mucosidades en el bolsillo de un pantalón, por ejemplo, para los hindúes serían actos imperdonables. La basura extendida por las calles, acumulada delante de sus hogares o en los lindes de los ríos, las flemas sonadas al aire, como si fuese lluvia

fina, los escupitajos a larga distancia a la acera, son para nosotros, los turistas, casi una afrenta. Su teoría me convence. Creo que voy comprendiendo. Aunque sea un contrasentido. Bueno, quizá no lo sea del todo. (Fin de los apuntes).

La tarde siguió rodando a ritmo ralentizado, el de nuestros ojos que miraban ávidos a izquierda y a derecha. ¡Había tanto que ver! La ciudad era inmensa. Desde nuestros asientos no llegábamos a ellos, a sus gentes, a tocar sus almas, quedaban lejos, a una distancia prudente. Era cómoda esa lejanía, facilitaba ser mirilla. Pasamos por el edificio de South Block, estilo Mogol y neoclásico, también por delante del Palacio de la Presidencia de la República, en tiempos remotos sede del virrey británico. Su cúpula de bronce brillaba exultante bajo el sol de la tarde. Cegaba. El templo de la Flor de Loto, la Casa de adoración Bahá'í en Delhi, recuerdo que me dejó sin palabras, y eso fue lo que escribí en mis notas, su nombre y la mínima frase: «Sin palabras», también añadí «silencio» y un sentimiento: «¡No había sentido tanta paz en ningún lugar del mundo!, aunque aún me quede mucho infinito que mirar». Cuando releí las notas de mi cuaderno, sonreí. Y no hay nada más bonito que una sonrisa y un recuerdo. Completé. Era un espacio abierto, diáfano, con alas. ¿Cuánta gente habría allí, reunida en aquella gran sala?, ¿cien?, ¿de cuántos credos?, ¿con cuántos afectos? Me bombeó el corazón al evocarlo. Hubiese permanecido en su interior el resto de la tarde, todos los días siguientes, no me hubiese marchado nunca.

Cuando finalizó el día y el autobús nos dejó en la puerta del hotel, estaba desfallecida, agotada por el día y sus emociones, por el bombardeo de sensaciones, por todo lo nuevo que había visto, probado y sobre todo por la falta de sueño que había ido acumulando. Me despedí del guía con una sola palabra y un gesto inclinado.

—¡Namaste!

Mi cuerpo me pedía cama a gritos y silencio. Así que me refugié en mi habitación de reina y ya no salí a cenar con el resto del grupo. Abrí el grifo de la bañera y lo dejé correr mientras deshacía la maleta y sacaba un pijama ya arrugado. Olía bien, a casa, a lavanda

con un toque de vainilla, a mis cajones, a los jabones que perfumaban mi espacio íntimo. Del neceser saqué el perfume y rocié las sábanas, la almohada y el interior del armario. El agua de la ducha caía ya con fuerza, caliente, abrasadora, me llamaba con su rumor. Me sumergí y dejé que mi mente se volviera líquida. Al salir, ya envuelta en un albornoz mullido y blanco, fui mordisqueando una manzana verde que había en un cesto cargado de frutas mientras me preparaba un té assam. Siempre he disfrutado con el ritual del té. Me revive. Como las duchas y el perfume sobre la piel nueva. Revisé el viaje. Las jornadas que nos quedaban, el itinerario. Escribí en el cuaderno. Bebí pequeños sorbos, en el líquido negro parecía reflejarse mi corazón. Apunté notas, busqué información y me refugié en una lectura que me había llevado y que ya había leído en dos ocasiones: «Donde el corazón te lleve», de Susanna Tamaro. Al inicio había un extracto de un texto sagrado del shivaísmo cahemir que decía: «Oh Shiva, ¿qué es tu realidad?/ ¿Qué es este universo lleno de estupor?/ ¿Qué forma la simiente?/ ¿Quién es el cubo de la rueda del universo?/ ¿Qué es la vida más allá de la forma que impregna las formas?/ ¿Cómo podremos entrar en ella plenamente, por encima del espacio y del tiempo, de los nombres y de las connotaciones?/ ¡Aclara mis dudas!».

—¡Y las mías! —pronuncié en voz alta.

Cerré los ojos y pensé en el día que había pasado y en los contrastes. En la belleza y en la fealdad de los sitios, en el espejismo y lo interno. También mi interno podía ser hermoso y lo contrario. Era una sensación extraña poder sentir el defecto como una virtud, o masticar las rarezas como algo nuevo. Asentí. Esa era yo, una mujer solitaria en medio de una cama enorme, hablando conmigo misma, recordando lo que fue y lo que no, el pasado, en el lugar más triste del mundo, un lecho vacío. Y abracé la otra almohada como si él estuviera conmigo, y la besé aunque no me supiera a nada. Duele lo que a veces sucede entre dos personas. Duele. Y duele el olvido y lo inesperado y la poca valentía. Duele lo real, la mirada siempre es real, y las últimas lágrimas derramadas. Cuándo podré olvidar algo que nunca fue, que nunca pudo existir, que ya solo es memoria y no futuro, nostalgia, río, azul, ciudad,

imperativo: «¡Olvida!», me digo, «¡olvida!», y un segundo después me respondo: «¡No!, ¡no puedo!, ¡no quiero!, no te marches, aún no, ¡por favor!, espera hasta el amanecer, quédate a mi lado». Duele demasiado pronunciar el adiós definitivo, es demasiado grande, demasiado oscuro, es un fracaso embellecido, el antídoto de la nada. Y no quiero vivir en esa nada, ni en el silencio. Prefiero el sudor y este latido asfixiante, esta taquicardia cada vez que pienso en sus manos sobre mi piel caliente. Sin él, esta cama solo sería una cama, no un recuerdo. Prefiero los recuerdos, aunque lastimen, y los ojos rojos, aunque me piquen, y también prefiero esta resaca que me hace compañía día y noche en este inmenso país que se escribe con diferentes grafías. Gestiono como puedo tu desamor. Y el mío.

—¡Hasta mañana, amor! —insisto en voz alta, despidiéndome de él y cayendo en un profundo sueño del que a la mañana siguiente, al despertar, estaba segura, ya no recordaría nada.

Los sueños son tierra de símbolos.

# Tierra de símbolos

Sonó el despertador e inundó la habitación y mi sueño con su sonido chillón. Me sobresaltó. Comencé a palmeear a oscuras, cerca de la mesilla de noche. No recordaba haber puesto un estímulo para despertarme. De pronto un vaso de cristal se estrelló contra el suelo rompiendo con sus agudos el silencio la madrugada y el agua. Estaba desorientada. Tenía las manos dormidas, me hormigueaban. Las agité. Y me senté sobre la cama intentando pensar con claridad. El sonido seguía insistiendo, rítmico. Y yo mientras buscaba algo de luz. Cuando por fin la encontré y la encendí, me di cuenta de que no era un despertador lo que sonaba sino el teléfono. Lo descolgué angustiada.

—¿Sí?, ¿diga?, ¿pasa algo?

—Buenos días. Son las siete de la mañana. Su vuelo sale en tres horas. Y el autobús pasará a recogerla en una hora para llevarla al aeropuerto.

—Ah, gracias.

—¡Que pase un buen día!

—Ya, igualmente.

Colgué el teléfono. Y me froté la cara con las manos enérgicamente. No recordaba haber dormido tan bien, tan profundo, en mucho tiempo. ¿Cuándo había pedido yo el servicio de despertador al hotel? No entendía nada. Aturdida observé la habitación que todavía estaba en penumbra. Por la cortina ya se filtraba una luz tibia. La descorrí. Había niebla. A lo lejos escuché un redoble de tambores y pensé en los militares, ¿estarían ya desfilando? La India amanecía temprano. Me volví a duchar, aunque el agua solo me acarició la piel. Desganada al pensar en otro vuelo, interno esta vez, al corazón del Rajasthan, me encogí. Hubiera preferido mil veces tumbarme en aquella gran cama blanca,



volverme a dormir, mimar la pereza con las dos manos, pero en vez de eso cerré la maleta de nuevo, recogí las últimas cosas, me llevé toda la fruta del cesto y las botellas de agua y me vestí con la ropa más cómoda que encontré. Después bajé al restaurante del hotel a desayunar alguna cosa. Me incomodó desde el principio la sensación de servilismo y la abundancia. Era abrumadora. Toda esa colección de bandejas, de colorido, de platos diferentes, de doble cultura. Bonito y angustioso al mismo tiempo. Me pregunté si era necesario hacer tal ejercicio de ostentación y más sabiendo que afuera, a las puertas de aquella gran mansión-hotel la gente se moría de hambre. Siempre me ha resultado insoportable el comportamiento de la gente cuando viaja y más en lo tocante a la alimentación, sus bocas engullen montañas de comida como si les fuese a faltar alimento, o como si tuvieran un hambre de siglos. Es un absurdo verles levantarse y llenar platos y platos. Me exaspera el todo incluido, la gula y la mala educación que lo acompaña.

Hasta mi mesa llegó un camarero cargado con una gran tetera y me sirvió un reconfortante té negro, un té chai, el originario de la India. Estaba muy fuerte. No se parecía a los que yo ya había probado. Dejaba, al final del sorbo, un rastro amargo y un sabor a especias, el cardamomo, la pimienta negra, el clavo, la nuez moscada, la canela podían reconocerse. Lo tomé sin leche y lo acompañé de dulces típicos de la India —me encanta probar cosas nuevas—, y de mi incondicional croissant francés de cada mañana. Apenas había terminado el té, cuando el camarero se volvió a acercar y me sirvió otra taza sin pedírsela. Se lo agradecí sin palabras, con un gesto mínimo, inclinando la cabeza hacia delante. Parecía que me había leído el pensamiento. La necesitaba. Pero cuando intentó llenarme la taza por tercera vez le hice un gesto de negación algo brusco y la retiré hacia un lado, era demasiado, le dije. Entonces Sanjay me dijo que le diera la vuelta a la taza, que esa era la señal de colmado. Entendí. Y giré la taza hacia abajo. El camarero me sonrió y yo le hice un guiño. Cada país tiene un lenguaje no verbal. Una forma de entenderse sin necesidad de palabras.

\*Apunté en el cuaderno una nota: investigar sobre el lenguaje de los gestos en la India.

Recogimos nuestras maletas y de nuevo nos pusimos en ruta. Delhi ya era un hervidero de ruidos, pitidos, coches y gente alrededor. Sin embargo, en el aeropuerto se respiraba toda la tranquilidad que no había fuera. El bullicio se quedó a las puertas.

El vuelo interno fue breve, casi un suspiro, apenas tuve tiempo de leer y profundizar sobre lo que íbamos a visitar. Lo tenía todo preparado en un cuaderno. María, que se había sentado a mi lado, me preguntó:

—¿Qué es eso?

—Notas, notas que he escrito sobre el Rajasthan.

—¿Por qué no me las lees? —me dijo.

Y yo eso hice. Me pasé el viaje entre papeles, a media voz. María cerraba los ojos y yo leía para ella, siempre me ha gustado hacerlo: «El Rajasthan es tierra de guerreros, de príncipes, cuna de una de las civilizaciones más antiguas del mundo, residencia de palacios y fortalezas, símbolos de un glorioso pasado, del poder inmenso que llegaron a tener los maharajás. Hasta no hace mucho la India estaba dividida en alrededor de seiscientos estados principescos y cada uno de ellos tenía su propio rey, su propio maharajá, como ellos lo llamaban. Con la llegada de los ingleses, sus excentricidades se volvieron aún más exageradas. Querían destacar y para eso levantaron nuevos palacios, aún más ostentosos que los anteriores y todo con el único fin de rivalizar en esplendor con las construcciones reales europeas que se sucedían en el país debido a la colonización. Los ingleses introdujeron importantes reformas —además de la aportación de la lengua, el inglés, que ha perdurado hasta nuestros días—, el acceso a la educación para todos los niños y niñas fue uno de ellos; también la abolición del «sati».

—¿El sati?, no había oído hablar nunca del sati.

—La mujer se inmolaba en la misma pira funeraria que su difunto esposo ya cremado; era una práctica sádica que tenía como único fin evitar que la viuda heredase los bienes de su marido. Algo

absurdo, ¿no crees?, ¿habría alguien con más legitimidad que ella para heredarlos? La India es muy difícil de entender.

—¿Recuerdas aquellas palabras que te conté que me había dicho aquel taxista hace ya muchos años?

—Sí, María, ¡cómo olvidarlas!: «no intentes comprenderlos, no intentes cambiarlos», pero en este caso y en otros muchos aspectos, el gobierno británico actuó con juicio. Sin embargo, como a toda colonización le llegó su independencia. Así lo quiso la India. Corría el año 1947, cuando el Imperio Británico desapareció de oriente y sin ellos llegaron aires nuevos. Los centenarios palacios comenzaron a cambiar de manos, algunos finalizaron en el Estado, otros permanecieron ligados a sus familias, aunque tuvieron que adaptarlos, alquilarlos, o convertirlos en hoteles de lujo un tiempo después. El glorioso dominio descontrolado de los príncipes y reyes quedó controlado y uno a uno se les hizo firmar el fin de sus monarquías a cambio de privilegios y ciertos favores. Más adelante, también estas exenciones les serían usurpadas. Y las familias principescas tuvieron que buscar caminos alternativos dignos para poder mantener sus posesiones y su alto nivel social. Se evaporaba así su sueño y todo su poder. Fue así como la mayoría de los palacios, repletos de tesoros, cuadros, frescos en paredes y techos, muebles dorados, mármol, alfombras, joyas, habitaciones ampulosas, jardines soberbios y terrazas abiertas a paisajes de ensueño se convirtieron, de la noche a la mañana, en fascinación para el viajero occidental, descubriéndole así su gran patrimonio y el hedonismo propio de los últimos maharajás que nunca creyeron que el futuro les brindaría un final tan amargo. Algunos de estos hoteles de lujo para extranjeros son considerados los más suntuosos del mundo; el ambiente que se respira entre sus pasillos, salones y habitaciones es de una solemnidad sin límites, una experiencia casi real, pero de una realeza india, opulenta, excesiva, delicada al mismo tiempo; su visión te deja casi sin aliento.

—Creo que vamos a ir a uno de esos hoteles de ensueño en Jodhpur.

—Sí, el palacio de Umaid Bhawan. He leído que el propietario de este hotel —ahora administrado por Taj Hotels—, es el maharajá

de Jodhpur, Gaj Singh, y que vive con su familia dentro del complejo. Fue el abuelo quien lo mandó construir para la familia real y utilizó una piedra especial que a él le gustaba mucho, el chittar. Durante mucho tiempo, en época de esplendor, las gentes lo llamaron, palacio Chittar. Querían a su rey, porque decían que había erigido el palacio más hermoso para compensar la hambruna del lugar y así dar empleo a miles de personas.

—¿Y qué vamos a ver?

—El Jaswant Thada, un mausoleo situado a orillas de un pequeño lago, construido por el Maharajá Sardar Singh en 1899 en memoria de su padre, Jaswant Singh II, hombre querido y honrado por su pueblo; dicen que todavía hoy le llevan ofrendas florales. Y cerca de allí, emergiendo orgulloso y altivo, sobre un monte rocoso, el fuerte de Mehrangarh. Después pone visita a la ciudad.

—Me apetece visitar la ciudad.

—A mí también. Necesito moverme.

Jodhpur tenía un aeropuerto muy pequeño y sin medidas de seguridad, por eso nos resultó sencillo salir del lugar. Afuera nos esperaba ya un autobús, con el guía, el conductor y un copiloto que nos ayudó con las maletas. Cada día me gustaba más nuestro grupo. Era amigable y sano. Habíamos establecido una corriente de complicidad sin urgencias. Las confidencias eran breves, justas, el roce común y necesario de un contacto diario con desconocidos. Nuestro guía pronunció por primera vez su nombre, Krisna y a mí me sonó a un cuento chino. En Delhi me extrañó que no lo hiciera. Krisna era el nombre de uno de los dioses más importantes para los hinduistas. Quizá lo había elegido por eso, era un buen nombre para un guía, honorable. Además, parecía un hombre paciente, su cadencia al caminar lo delataba, me recordaba a los viejos profesores de escuela de las aldeas españolas, esos que llevaban de paseo a sus alumnos por alguna arboleda o un monte en busca de emociones y naturaleza. Nunca miraba hacia atrás, daba por descontado que le seguíamos, aunque no fuera así en la mayoría de las ocasiones. La India nos distraía.

Krisna nos llevó a comer nada más llegar. El restaurante que eligió se llamaba On the rock, y era otro pequeño oasis como en

Delhi, pero esta vez en medio de la ajetreada, polvorienta y ruidosa ciudad de Jodhpur. Todo picaba, todo menos el naan, el té negro y unos anisetes que nos ofrecieron al terminar la comida. Me di cuenta de que no sobreviviría al picante al probar un pedacito de pollo al curry, y decidí huir de él hasta el final del viaje. Fue la decisión más cuerda que he tomado nunca, porque poco a poco, aunque entonces no lo sabíamos, fueron cayendo enfermos todos los del grupo.

Al terminar comenzamos la visita y tal y como yo le había leído a María en el vuelo, el primer monumento fue Jaswant Thada, el mausoleo. Pero lo más espectacular fue el fuerte de Mehrangarh. Desde allí la visión enmudecía. Treinta y seis metros de edificación coronaban el monte. Y la ciudad, más abajo, resplandecía de azul bajo el atardecer. Dentro de sus toscos muros de la fortaleza, el lujo me sorprendió, los techos de espejo, el oro brillante, los vidrios de luces incandescentes, la piedra delicadamente esculpida relucía bajo el sol rojizo, los frescos de las paredes envolvían el misterio, ventanas con celosías, filigranas de ganchillo, pequeñas obras que parecían encaje de bolillos para que las mujeres pudieran mirar lo que ocurría fuera sin ser vistas. El fuerte era un testimonio de otra savia: armas, vestidos, carruajes, vidas pasadas. El esplendor de una tierra arenosa, inhóspita y áspera. Desde la terraza, Krisna nos señaló el este. El punto era un palacio lejano, un palacio con una gran cúpula rojiza que duplicaba al sol. Nos dijo que era el Umaid Bhawan y yo miré a María que arqueó las cejas sorprendida.

—Umaid Singh —dijo Krisna—, mandó construir aquel gran palacio para dominar el monte de Chhatar. Fue un arquitecto inglés, H. V. Lanchester quien lo levantaría. Y durante su edificación daría trabajo a casi tres mil campesinos de la zona, que agonizaban de hambre y sed. Su esplendor no debía de tener límites, eso le dijo el marajá. Arcos y patios fueron conectados en una amalgama de culturas, la arquitectura tradicional india y la europea. El art decó para la decoración interior, las influencias renacentistas para la cúpula de treinta y dos metros de alto, o la tradición Rajput para sus torres. La obra fue finalizada tan sólo tres años antes de que se produjera la independencia de la India de Gran Bretaña. Apenas la

disfrutaron como residencia particular. La nueva situación política provocó que para mantenerlo, la familia tuviera que transformarlo en un hotel, su hotel de esta noche. Visitarlo, ya lo verán, es como viajar en el tiempo —dijo para terminar—, un tiempo que por unas horas será su invitado de honor. Pero antes —prosiguió Krisna, no con cierta carga irónica en sus palabras—, hay que empaparse de la realidad callejera. ¡Nos vamos de paseo por el corazón de Jodhpur!

La tarde ya había caído y, las primeras luces, pobres iluminaciones repletas de cables colgantes, daban un aspecto algo siniestro a la calle. Fue como iniciar el baile en una ciudad en sombras. Ninguno podía imaginarse lo que vería después. Empecé la bajada desde el monte ya agotada y con poco ánimo. Me dolían los pies, llevaba un calzado inadecuado, unas merceditas livianas donde se me clavaba la vida del suelo y tenía mucho frío. La noche se había llevado el calor y el autobús mi abrigo, así que me envolví con el gran pañuelo y me abracé tan fuerte como pude a mí misma. Soñaba en aquel momento con una cama mullida, una ducha caliente o quizá un baño, sí imaginé la espuma, un lecho blanco recorriendo mi piel y haciéndome cosquillas y deseé que su visión se hiciera realidad. Desde las siete de la mañana no habíamos parado ni un minuto, salvo entre los trayectos, el avión, el autobús, el restaurante. Momentos efímeros. Krisna iba delante marcando el camino. He pensado muchas veces en Krisna, y también en aquel día, lo tengo todo en los diarios y en mi memoria. Lo veo caminando, tranquilo, a paso lento, pero sin tregua, sorteando el bullicio y la suciedad con la elegancia de las aves, sus manos en la espalda, su cabeza erguida, su media sonrisa. Siempre he pensado que deseaba mostrarnos de qué estaba hecho su mundo, el mundo real, el auténtico, el de la gente, la verdad sobre la India y sus calles, sobre los oficios, algo parecido al infierno en el que él se encontraba cómodo, como un pez en el mar. Y después ya entraríamos en el lujo. Al lujo no es difícil acostumbrarse. La humedad me calaba los huesos, me adormecía las manos. Los callejones que bajaban desde la colina eran apenas una ironía, estrechos, oscuros, llenos de basura. Las casas estaban abiertas y los callejones desiertos. En los dinteles había mujeres sentadas,

reposando, con las manos sobre el regazo. Algún anciano también. Nos cruzamos con varios animales despistados, dos vacas famélicas que tuvimos que esquivar, tres perros con cara de pena, que nos olfatearon con interés y después lo perdieron y una enorme rata negra con una cola gigantesca que pasó de casa en casa cruzando la calle sin mirar. Recuerdo que me tapé la boca cuando la vi, ahogando un grito histérico que me brotó de las entrañas y pulsaba por salir. Pero al final callé su osadía. ¿Hubiera servido de algo asustar a los demás? Hacíamos muchas fotos, eran retratos inolvidables, postales imposibles de imaginar, la cámara echaba humo de tanto enfocar el objetivo. El espectáculo que nos ofrecía la calle era tan diferente a nuestra vida que la interrogación se convirtió en disparos. Insalubre. Eso fue lo que vi yo, lo que entendí de aquel ambiente que recogía sucios agujeros y los convertía en tiendas donde colocar sus mercancías a la venta. Puestos callejeros de comida ofrecían succulentos manjares, o al menos lo parecían, porque eran originales y nunca los había visto, pero de nuevo aparecía la aprensión, y la pregunta, ¿cómo los habrían cocinado?, ¿dónde, en aquellas casas mugrientas? Desistí de probar alguno, aunque me fui con cierta pena. Las calles estaban llenas de socavones, de excrementos, el pavimento era inexistente, arena pisada, el ruido y los pitidos ensordecían. Los vehículos fueron multiplicándose a medida que fuimos entrando en el corazón de la ciudad. Las calles se habían convertido, de pronto, en una fiesta para los sentidos, en una suerte de mercado al aire libre con las ofertas más variadas. Matices pintorescos, especias y cuencos, cerámica, pañuelos, zapatos, era como viajar en el tiempo, como estar en un bazar del cuento de las mil y una noches. Eso era la India, sí, un gran bazar. Conocer de cerca un país desde su propia esencia rural, desde la médula, empaparte de sus escenarios cotidianos, vivirlo desde dentro, aunque choque, es sin duda apasionante, algo extraordinario, un privilegio. Me quedé absorta un momento mirando a una mujer de aspecto milenario. Tenía la boca desdentada, vacía y una sonrisa de diez. Sentada a cuclillas, descalza entre los alimentos, un puesto de especias variadas y coloristas repartidas en cuencos de barro, me invitó a comprar. Me

hizo un gesto abierto y amplio con la mano, señalando su izquierda y su derecha. Decliné con mucha pena inclinando el cuerpo hacia delante y pronunciando un tímido namaste; le hubiera comprado un saquito de cada una de ellas, aunque luego no las hubiera utilizado nunca, pero mi grupo se marchaba y me daba miedo quedarme sola en medio de aquel caos. El bullicio de las motos, bicicletas y ricksaws rozándome las piernas era insoportable, y Krisna no se paraba ni un momento, no volvía la vista atrás. Me exasperó la celeridad del momento, la falta de contacto con la gente, la huida despavorida de aquel lugar. Cuando algo comenzaba a gustarme tenía que irme. Me desesperaba. Y sentí el mismo estremecimiento que me colmó en Delhi y en su Vieja Ciudad, que me perdía lo más genuino de la India. Su emoción intensa. Era triste estar allí, frustrante no conectar, no tener la oportunidad de acercarme a sus rostros diarios, no charlar, no dedicarles un minuto de mi tiempo. Fugaz, todo fugaz, todo rápido, una postal, una imagen, un momento en el que sientes que podrías haber formado parte de algo más grande y que se quedará en notas, en un cuaderno cerrado, con suerte en un libro, en una novela de viajes donde reine, al final, la ambigüedad y la ficción, o la mentira contada a través de la memoria y los recuerdos. Y aunque, en aquel instante, desearé rebelarme, no lo hice. No podía hacerlo. La esclavitud del miedo, del no saber qué hacer, a dónde ir, el desvalimiento foráneo, puede llegar a ser muy paralizante. Seguí al grupo, muy contrariada, sorteando obstáculos, esquivando los tenderetes y mi deseo continuo de pararme. Y de pronto, llegamos a una tienda donde Krisna se detuvo. Respiré aliviada. Por fin, un lugar donde descansar la mirada, eso fue lo que pensé. Era de tejidos y nos invitaron a adentrarnos. Miramos a Krisna y el asintió. Aceptamos. El espectáculo estaba en la primera planta, un laberinto de pasillos y estanterías repletas de telas y rematado por una gran sala con bancos corridos. Nos ofrecieron sentarnos, algo que agradecemos enseguida y en un momento un desfile de colchas, pañuelos, tapices y alfombras se sucedieron ante nuestra mirada. Me gustó su colorido, aunque no me sorprendió demasiado. Saqué mi cuaderno y escribí unas letras:



\*Nota: El mundo se ha vuelto demasiado global, ya nada le pertenece a nadie. Profundizar sobre el tema.

Después lo cerré y disfruté. Era fascinante el despliegue que estaban haciendo. Las prendas y todos sus colores volaban por encima de nosotros y, después eran extendidas en el suelo, sobre una alfombra, unas encima de las otras; nos contaban de dónde procedían, cómo se elaboraban, hilos, brocados... El hombre que hablaba desplegaba con orgullo todos los verbos y adjetivos que conocía de nuestra lengua castellana, y lo hacía con afectación; con vanidad desmesurada citaba las empresas para las que trabaja, los grandes diseñadores europeos y su prepotencia comenzó a saturarme. Mareaba. Daba la impresión de que se sentía un ser superior a juzgar por cómo trataba a sus empleados, que se afanaban en recoger y desplegar a gran velocidad el género. Mostraba ufano sus fotos con famosos, revistas de moda donde había artículos, ya pasados, que hablaban sobre él. Estaba claro que quería impresionarnos. Imaginé a la mano de obra que había detrás de aquellos bordados, de la seda, imaginé la explotación, la esclavitud de las mujeres hechas un ovillo, ocupando el espacio más ínfimo; imaginé a los niños y sus pequeñas manos bordando, encargados de las filigranas más mínimas; imaginé el abuso, la pobreza y la falta de luz e higiene; imaginé el dinero que movían, un misterio; imaginé lo excesivo y lo irrisorio, el trueque y los intereses y todo lo que imaginé se volvió hielo. No compré nada. Tampoco me dejé llevar por el entusiasmo y la fiebre de mis compañeras de viaje, que sin dudarlo habían caído en la trampa del encantador de serpientes y se llevaban de todo. Miré al Krisna, que apartado en un rincón contemplaba la escena sonriendo, y comencé a recelar de él. No nos había permitido dedicar ni un minuto de nuestro tiempo a la gente de los tenderetes de la calle, del pueblo llano y, sin embargo, allí, entre aquellas cuatro paredes, claramente pactadas de antemano, el tiempo se había detenido como si fuera de oro. No hubo ninguna prisa. Entonces comprendí, algo tarde ya, el juego de poderes previos, las comisiones, y la pantomima. Y me dio pena, una pena inmensa. Aunque mi desolación no pareció compartirla nadie más. Todo el grupo cayó en el encantamiento consumista y en

la magia de oriente. Mi cansancio se hizo insoportable. Cargados nos dirigimos al autobús, pero se encontraba lejos, en el corazón del casco viejo era imposible que sus dimensiones entrasen. El guía pactó con unos muchachos jóvenes que nos llevaran en tuk tuks hasta la periferia de la ciudad. Nos montamos de tres en tres, pero el conductor que nos tocó era un kamikaze y su velocidad se contagió al resto. Parecía que estamos haciendo una carrera por la ciudad. Fue increíble cómo consiguió, a la celeridad que iba, sortear todos los obstáculos que se encontró a su paso, animales, personas que cruzaban la calle sin mirar e incluso otros vehículos que nos salían al paso. Yo me moría de miedo, y me agarraba cómo podía a los asientos y de tanto en tanto cerraba los ojos asustada. Decía a media voz: «¡no quiero morir!, ¡no quiero morir!, ¡no quiero morir!» Mis compañeras de viaje se reían de mí en cada exclamación y jaleaban al conductor. Era increíble. El trayecto se me hizo interminable. Y agradecí como agua de mayo la visión del autobús y su asiento seguro y cerrado después. De camino hacia hotel, el guía nos informó de que debíamos cambiarnos rápido. Siempre rápido. Todo rápido. Nos esperaban para cenar, nos dijo, en un restaurante del centro de la ciudad. Decidí en aquel mismo momento que no les acompañaría. Solo quería darme un baño, abrir la maleta, ventilar la ropa y dormir. Dormir. Solo eso. Si pensaba en comida india, especiada y picante, se me revolvía el estómago. Me conformaría con algo de fruta. Estaba segura de que habría en la habitación y que las horas de sueño me alimentarían como cualquier otro manjar. Sin embargo, cuando llegamos al palacio de Umaid Bhawan, todo mi cansancio se evaporó como por arte de magia. En los amplios jardines de la entrada, decorados con flores, se estaba celebrando una gran fiesta, con orquesta y bailarines. Era una boda india. Me pareció apasionante poder disfrutarla. Un privilegio. Me quedé prendada de las mujeres y de sus saris, de los colores y del movimiento que tenía la tela. Parecía que levitaban. En la entrada nos recibieron con pétalos amarillos, los lanzaban sobre las escaleras tapizadas, los ponían donde pisábamos. Y al finalizar los escalones una mujer nos saludó inclinándose y dijo: «¡namaste!». Un hombre, detrás de ella, se nos acercó con una enorme sonrisa y

un gran turbante en la cabeza. Nos ofreció una guirnalda de flores. Las flores tenían el mismo que color que predominaba en su turbante, aunque había otros tonos: rojo, azafrán, azul, verde y algunos hilos de oro. Pensé, entonces, en los matices y en los colores de la India, en el mosaico de tonalidades y en su larga historia, eso era lo increíble de la India, su cultura, sus gentes y su mezcla. Eso la hacía irresistible. Llegó una tercera muchacha. Llevaba un cuenco de cerámica entre las manos. Dentro había una pasta roja espesa. Había leído que esa pasta estaba hecha de sándalo, cenizas, cúrcuma, arcilla, carbón y alguna otra sustancia. Recordé lo que había sucedido en Delhi y las palabras de Krisna ante mi reticencia al tercer ojo. Le miré y él me devolvió la mirada. Nos sonreímos y yo me dejé hacer. Sobre la frente, entre las dos cejas, me pintaron un punto rojo, un centro de energía, la apertura mística del ser. Había algunas leyendas sobre este rito. Contaban que con el tercer ojo se podía mirar sin ver, que Dios nos había hecho con dos ojos para poder disfrutar de la visión del mundo físico, pero que desarrolló el tercero, un ojo invisible, para permitirnos contemplar el mundo etéreo. Pintarlo tan solo era una vieja tradición, un reclamo para los turistas, una forma de atraerles a su civilización. ¿Y que era yo sino todo eso? Un espejo me devolvió mi aspecto. Al principio me emocionó mirarme, pero lo que encontré, no fue ni rastro del añorado misticismo, ni tampoco sabiduría alguna o belleza. Estaba sucia y arrugada, ajada del viaje, pálida y muy sudada. El cabello lo tenía desordenado y enredado. El tercer ojo me pareció un borrón bastante feo, enorme y triste para mi pequeña cara y me recordó a los entrecejos de algunos hombres poblados con pelos. Deseé quitármelo enseguida. A continuación apareció otro hombre. Iba cargado con una bandeja de oro y unas copas de champán que nos ofreció con una inclinación. Cogí una encantada y la degusté de un sorbo. Krisna nos apremió a instalarnos, a cambiarnos de ropa y a salir de nuevo. Yo decliné. Le dije que lo sentía mucho, pero que después del día tan intenso que habíamos pasado lo único que me apetecía era descansar y disfrutar de aquel lugar. Curiosamente el grupo entero me secundo. «¿A quién podía interesarle comer, algo tan mundano, en un lugar como aquel?», dijo

María. Y Sanjay remató: «La visión también alimenta». A Krisna no le gustó y desapareció contrariado. El relaciones públicas del hotel, un hombre encantador, que nos había estado escuchando se ofreció a enseñarnos el palacio y a degustar, a cargo del hotel, una cena frugal. La velada no pudo ser más perfecta, elegante, intimista. Un cortejo para los sentidos. Y cuando por fin me recogí en la lujosa habitación que me habían dado, me sentí feliz, y al mismo tiempo muy triste. Y pensé en él, aunque me lo tenía prohibido, y en lo felices que hubiéramos sido en aquella enorme habitación. Le imaginé encima y también debajo y de lado, le imaginé en sombras, moviéndose, todo mirada, y yo perdida en él, ojos de Abril, ojos de ciega. Luz.

Me quité su negrura con un baño blanco y me sumergí en las sábanas, vencida por el cansancio. Pero no podía dormirme. Para ahuyentar la melancolía y el sabor amargo del amor me puse a escribir. Tenía mucho que contarle al cuaderno. La vida, pese a todo, proseguía. Afuera, a lo lejos, la ciudad centelleaba a través de la ventana. El cielo también lo hacía. «La India es demasiado intensa», esa fue mi primera frase, «demasiado intensa para comprenderla en dos días. No existe el tiempo, ni el espacio, solo la lentitud de los cambios, el conformismo, una fe milenaria, un sentido profundo por lo sagrado, los gestos y las oraciones. Esa es su riqueza, la de la gente, el pueblo, la bondad ligada a la acogida, a la pobreza, al contraste, a la música».

Mientras seguía escribiendo pensaba en mi vida, en lo desordenada que era mi vida. En el amor correspondido y cobarde que no había llegado a cuajar, que no había madurado y, sin embargo, no podía dejarle marchar, le retenía a mi lado, escribía su nombre en cada página, en mayúsculas y minúsculas, lo repetía, lo tachaba, lo circulaba de nuevo, arrugaba sus páginas, las volvía a estirar, me las guardaba en los bolsillos. Solo me quedaban las palabras, vivir el momento presente amando el pasado, lo que fuimos, lo que pudimos ser, tres, siempre era mejor que no tener nada. Cometí errores, claro, y el primero fue no quererme. Es imposible avanzar sin amarte. Y yo no supe hacerlo, no supe lanzarme. No supe ser terca, implacable, embustera, tampoco

aceptar que en nuestra vida no cabía nadie más, no hacía falta nadie más. ¿Éramos perfectos tal como éramos?

Quizá era mejor no seguir escribiendo. Me volvían locas las preguntas de la madrugada.

Añoraba, mientras intentaba coger un sueño esquivo, sus cálidos brazos, el calor de su cuerpo rodeándome. Él me ayudaba a adormecer mis monstruos. «Te habría gustado la India» me escuché decir en voz alta, «es un lugar sorprendente». Cerré los ojos e intenté dormir, pero el sueño seguía huidizo, y encendí, de nuevo la luz. Me refugié en el único libro que me había llevado. Era un baluarte seguro. Lo ojeé por encima, casi me lo sabía de memoria. Había líneas subrayadas en lápiz y no eran mías. ¿Eran tuyas? Me quedé prendida en una frase mucho rato y la anoté en el cuaderno: «El corazón del hombre es como la tierra, una mitad iluminada por el sol y la otra en sombra».

Sí, así era. Y así llegó también el sueño, pesado, renovador. Imágenes en blanco y negro, imágenes difusas y claras. La prisa de una tarde de verano, la felicidad cuando era de los dos, el aroma de su rostro recién afeitado, los susurros cuando viajábamos en taxi, la respiración pausada en las madrugadas, la agitada al despertar, sus pecas, sus miles de pecas, aquellos besos con sabor a mermelada de fresa, la playa desde la que veíamos los aviones, el cielo a punto de detenerse siempre en el mismo punto, su sombrero de verano en la entrada, la bombilla fundida del salón, el lavavajillas medio lleno, los platos mojados sobre la encimera, el anhelo de un mundo de mar, el tamborileo sobre el viejo volante, los besos robados en los semáforos rojos, mi mano perdida entre sus rizos, el camino de vuelta a casa. Nos gustaba volver a casa. Hasta que perdimos el hogar, o yo quise que creciera, que se alargaran las raíces, que soñáramos con cuentos infantiles y juegos de a tres. Lástima que los sueños solo le pertenezcan a uno. Ya nunca recuerdo los sueños.

Durante la noche cambió el tiempo, lo noté por el viento, silbaba agudo, y a la mañana siguiente lucía un sol radiante en un cielo que no llegaba a ser del todo azul. El aire había barrido las nubes y la niebla. No se sentía humedad. La luna resistía en un

pulso al sol. Y yo estaba de mal humor. ¿Cómo podía estar contrariada en un lugar tan bonito? Para mitigarlo, al punto de la mañana, me acerqué a la piscina y nadé durante largo rato. Estaba sola, completamente sola, pero yo sentía que me miraban. El hotel tendría cámaras instaladas en aquel lugar, eso me repetía, y si alguien miraba era solo por seguridad, me autoconvencía, pero aquella sensación de estar siendo observada no me gustaba nada. Por el contrario, el agua estaba templada, casi caliente, y el recinto de azulejos, que desprendía un aroma como a eucalipto, me invitaba a quedarme, a no hacer nada, a disfrutar. Y eso hice. Sin embargo, regresé pronto a la habitación, todavía tenía que rehacer la maleta y escribir un rato. Y al volver tuve, de nuevo, la misma sensación de que alguien me seguía, miré a mi alrededor, pero los pasillos estaban desiertos. El silencio era envolvente, solo lo rompían mis tenues pisadas. Me inquieté, y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Aceleré el paso. Mi espíritu había renovado su energía. Su alerta.

Desayunamos todos juntos, algo más tarde, en la terraza al aire libre; la vista se perdía en los inmensos jardines del palacio. La música de una sola guitarra y un hombre solitario vestido de blanco y tocado con un turbante color vino nos acompañaba. Una corte de sirvientes iba y venía, nos servían té, café, traían tostadas, mermeladas, mantequillas, fruta... Por un momento deseé vivir allí. Me pareció un lugar inmejorable para escribir. Para curarme el corazón. Un refugio apartado, ciego ante el bullicio del mundo.

Mientras esperaba al grupo, que tardaban en salir, merodeé por el hall y me colé en una de sus tiendas. Solo había dos. Las dependientas vestían con saris amarillos y una banda verde limón. Me sonrieron. Miré por encima y con disimulo los precios, la ropa era bonita, elegante, pero todo muy caro, muy por encima de mis posibilidades. Me llamó la atención un traje al fondo de la tienda, era un sari dorado. De seda, ponía en un cartel. Y me recordó el libro que hacía poco había leído con el mismo título y el color rojo al terminar. Me pareció lo más bonito que había visto y su tacto de ensueño. No encontré el precio por ninguna parte. La dependienta me lo ofreció. «¿Pruébeselo?», me dijo y yo estuve tentada a decirle

que sí, que sí, que me encantaría, lo tenía en la punta de la lengua, a punto de ser pronunciado, pero enseguida llegó mi yo racional, mi yo aburrido y pragmático y me censuró. «Pero, ¿qué dices, Abril?, ¿acaso puedes pagarlo?, seguro que no, además, ¿para qué quieres un sari dorado y encima de seda?, en Madrid no tendría ningún sentido». «Lo sé», me dije en silencio a mí misma, «lo sé, es solo un capricho, pero míralo, es tan, tan...» y cuando estaba a punto de declinar su ofrecimiento, de decir: «no, gracias», mis labios pronunciaron lo contrario y se sorprendieron: «Sí», dije, «encantada».

Y aquel fue uno de los momentos más mágicos de todo el viaje.

Envuelta entre aquella seda dorada, tan liviana y suave como una pluma, me sentí especial. Y hermosa. Muy hermosa. No fui la única que lo pensó. Aquellas mujeres de la tienda me trataron como a una reina y yo me dejé hacer. Me hicieron algunas fotografías. Decían que con la piel clara el dorado resaltaba más. Y durante unos breves segundos pensé en él, en lo que se perdía su cobardía. Después lo olvidé. El sonido agudo de un teléfono me hizo volver a la realidad. Y me di cuenta de que se me había hecho muy tarde, y que mi grupo estaría esperándome. Me apresuré al vestuario, y una de las muchachas me preguntó:

—¿Se lo va a llevar?

Y yo la sonreí con pena y después respondí:

—¡Ojalá pudiera!, pero estoy segura de que está por encima de mis posibilidades, y no me parece elegante preguntarle el precio.

Ella asintió y pareció entenderme.

—Acabo de recibir una llamada de un señor que frecuenta con gran asiduidad el palacio. Dice que ha pasado hace un momento por aquí y que la ha visto con el sari dorado. Ha dicho que es usted realmente preciosa.

Me sonrojé.

—También ha añadido —la dependienta pareció dudar— que si lo acepta, desearía regalárselo.

—¿Cómo?, ¿regalármelo?, ¿a mí?, pero, ¿si no me conoce? No, no, no podría aceptarlo —respondí entre halagada y confusa.

—Él desea que lo haga, señora. Y no suele aceptar un «no» por respuesta. No se preocupe, no es la primera vez que ocurre. Nuestro hombre desconocido es generoso con la belleza. Me ha rogado que le insistiera.

—Y yo se lo agradezco, pero no. No acostumbro a recibir regalos de desconocidos. Sé que estoy en otra cultura, aun así, mi respuesta es definitiva. ¿Me ayudaría a quitármelo, por favor? Mi grupo debe de estar esperándome —dije tajante.

Me sentía incómoda, y con la sensación, de nuevo y por tercera vez en el día, de que estaba siendo observada, me puse con rapidez la ropa. Agradecí a las chicas su amabilidad y me despedí con un rápido namaste. Algo no iba bien. Eso fue justo lo que pensé en aquel momento mientras escapaba con la maleta hacia la salida del hotel. O quizá era yo que estaba sensible, o peor, paranoica. En el cuaderno apunté un solo signo sobre el incidente, una gran interrogación e intenté hacer un dibujo, una mujer con un sari dorado, una mujer de oro. Se suponía que era yo.

El viaje continuaba. Y con él y sus paisajes me fui olvidando del incidente del palacio hasta borrarlo por completo de mi mente. Mientras recorríamos kilómetros y kilómetros, iba escribiendo en el papel alguna reflexión, esta fue una de ellas: «Viajar produce tristeza. Sí, es triste reconocer que nunca volverás a un lugar. En mi visión particular del mundo, repetir un mismo destino es casi un pecado, algo obsceno; la tierra atesora demasiados lugares todavía por explorar. Viajar es un sentimiento parecido al del espíritu del agua, una sensación líquida imposible de retener, una emoción maravillosa».



# El espíritu del agua

La nueva ruta que emprendimos nos llevó a la ciudad de Udaipur. Sin embargo, salir de Jodhpur y llegar hasta la carretera principal no resultó sencillo. Atrás dejábamos una ciudad bulliciosa, millones de cláxones, negrura en las paredes, calles de barro, basuras por las calles y rostros, muchos rostros que se quedaban prendidos en las ventanas de nuestro autobús. Los que más me impactaron fueron los niños. Parecían perdidos. Nos miraban como si la esperanza estuviera dentro. Como si se fuera con nosotros. Nos llamaban, agitaban sus manitas, nos seguían corriendo. A la luz del día la suciedad y el atraso se hicieron mucho más evidentes. A veces una pequeña travesía puede llegar a convertirse en un mal sueño o en una revelación. Una entrada hacia la cotidianidad de otros. Con alivio llegamos hasta el campo. Su tranquilidad, de pronto, me pareció insultante, aunque calmó mi retina y la pena que se me había metido en el alma al ver a aquellos niños. La vida concebida de otra forma proseguía. Cerré los ojos y me vino una reflexión a los labios que mitigué en el cuaderno: «En un viaje uno cambia, muta, se quita la piel y se pone otra. Es necesario. Y hay que hacerlo a medida que avanza el paisaje. El paisaje cambia un amanecer, un mediodía de plomo, un ocaso. El paisaje cambia a sus gentes, cambia las calles de sitio, los aromas, te hace guiños, te invita a torcer una esquina o a seguir adelante. También a retroceder. El paisaje abre estancias, pone muebles, ilumina a través de las ventanas y las estaciones. Te hace llorar debajo de un árbol en flor. Te devuelve los recuerdos. El paisaje es lo único que existe de verdad, lo único que puede hacerte reaccionar, es una coreografía de gestos y emociones». Y rescribí de nuevo aquella frase: No intentes comprenderles, no intentes cambiarles.

Sí, tenía razón aquel taxista, cada vez lo veía más claro, el cambio solo podía partir de mí, de mi propio equilibrio. Tenía que lanzar lejos aquella pasión inservible, obligarme a olvidar.

Olvidar, olvidar, ¿cómo se hacía eso? ¿Cómo podía dejar de pensar en él cada minuto, en nuestros ratos perdidos, en mi cabeza en su regazo, en su sexo moviéndose dentro de mí, el placer, rápido, lento, nuestros despertares abrazados en la misma almohada?, eso era lo más difícil, como las preguntas. ¿Cuándo iba a dejar de hacerme las mismas preguntas de luto y cama?, esas preguntas que comenzaban siempre por un por qué y un futuro ya inexistente, un perverso por qué de tonta enamorada, de enamorada rechazada. ¿Cómo podía volar, ay volar en sentido literal, lejos, muy lejos del vértigo que me daba volver a estar sola otra vez?

Otra vez. Sola otra vez, ¡qué palabras más odiosas!

Quizá escribiendo cien veces, miles si era necesario, la misma palabra, la palabra «olvidar» funcionase, o quizá, tachando su nombre repetido en cada una de las páginas de mis cuadernos, hacer un borrón con todos ellos, quemarlos después, y dejar que el humo se escapase por las ventanas de mi casa, podía funcionar.

Quizá, quizá... qué hipotética era esa palabra, que superficial, que miedosa, como una casa alquilada.

Volví al paisaje. Y a la ventana, en su reflejo me sentía segura.

La India me pareció un país muy plano, y sus distancias enormes. El autobús iba despacio y nos mecía con un ligero vaivén que iba de lado a lado. El firme no estaba en perfectas condiciones, aunque la carretera era decente. De vez en cuando, la rueda pisaba algún gran bache, una cicatriz abierta que nadie arreglaría, y nos despertaba de nuestro letargo. Todos los campos parecían cultivados y no dejaban de sorprendernos. Había mostaza, arroz basmati, algodón, malezas con semillas de plantas medicinales que se usan en las preparaciones ayurvédicas, trigo, legumbres y oleaginosas, hortalizas y caña de azúcar. También opio y en medio de la carretera. Bajamos para verlo de cerca. Sus plantas eran altas y verdes; su flor, blanca y grande. Un campesino que estaba a su cuidado nos contó que tenía muchas hectáreas cultivadas

mezcladas entre otros cultivos para que no llaman la atención. Y de pronto, de entre las flores de opio, salió volando un ave. Se parecía a un pavo real, pero me resultaba imposible que fuera de verdad. Ante mi sorpresa Krisna dijo:

—Es nuestra ave nacional, y su caza está prohibida.

—Pensaba que la India solo tenía a la vaca como animal sagrado.

—A la vaca y al pavo real. No hay un solo viajero que no venga con ideas fijas y algún que otro prejuicio. A la India hay que venir y dejarse sorprender. Todo lo demás es estéril, conjeturas, imaginario.

—¡Qué frase, Krisna!, tengo que guardármela, es un tesoro.

—¿Escribes?, te veo siempre con un cuaderno.

—Sí, escribo novelas y artículos. Pero esto es diferente. Me gustaría hacer algo con este viaje, por eso tomo notas, hago descripciones de los sitios, de los encuentros, no quiero olvidar nada y la memoria es muy caprichosa. También selectiva. Aunque la mayoría de mis frases no tienen mucha hondura, son solo reflexiones, el gusto y lo que me afecta. En la India hay mucho material, y estar aquí lo hace todo diferente. No sé, quizás en algún momento encuentre el resguardo necesario para entender sin parecer una intrusa.

—Creo que es mejor que no lo hagas.

—¿El qué, escribir sobre la India?

—No, entender a la India. Este lugar no se puede entender, Abril, solo vivirlo hasta que deje de ser un extraño en tu mirada. Un viaje, y créeme soy guía y sé bien lo que me digo, es como una forma de llegar a ti mismo, pero desde otro ángulo, desde otra realidad.

Me quedé un buen rato pensando en sus palabras. Y tenía razón Krisna, tenía que alcanzarme. Ser India. Retomar la palabra desde un encuentro, desde el sentimiento que me había producido, el mío propio, sin defensas, ni prejuicios. Tenía que ser intérprete de mis emociones.

De tanto en tanto, nos cruzábamos con un individuo solitario que caminaba por el arcén, un hombre que vivía, a buen seguro,

completamente enajenado del bullicio de la ciudad más próxima o de la más lejana de la India. Parecía una curiosidad del paisaje, un antiguo viajero viviendo en una realidad ya desaparecida, un intruso de la modernidad en medio de un territorio fértil y aparentemente abandonado. Y en aquel momento me di cuenta de que debía de escribir, describir aquella escena, narrarla, porque las gentes del campo estaban, en la India y otros lugares del planeta, destinadas a desaparecer.

En el autobús, Krisna comenzó a hablar.

—Ayer, en el palacio pudisteis disfrutar del espectáculo que supone una auténtica boda hindú. Pero no todas las fiestas son tan opulentas, ni ricas, como la que visteis, también hay celebraciones más sencillas, rurales, un abrazo a la naturaleza y hacia lo más humilde. Mi boda, por ejemplo. Y hoy, me gustaría compartirla con vosotros.

Y nos fue pasando unas fotografías. Se notaba que las había sacado de un álbum familiar. Todavía conservaban los restos del celo pegados por detrás.

—Como podéis ver son las fotos de mi boda. Ya ha pasado unos añitos. Ninguna otra ceremonia tradicional de la India, y tenemos unas cuantas, iguala en importancia a una boda rajasthani. Durante la celebración, además de los novios, los invitados también juegan un papel importante. Una boda hindú es un acto familiar, un acto de amistad, se implican todos. El caso es que yo no tenía novia, tampoco la buscaba, la verdad, pero un día mi padre, sin que yo lo supiera comenzó a buscarme una «buena mujer». No me pidió opinión. Y sé que lo hizo con la mejor intención, para ayudarme a formar una familia. Ya iba teniendo una edad. Sé que para vosotros esto es una sorpresa, algo poco común, pero en la India, los matrimonios concertados son todavía una realidad. Pues bien, mi padre iba por los pueblos, y preguntaba a los vecinos, a los amigos, a los familiares, si conocían alguna mujer que estuviera interesada en desposar a su hijo. Y un día, dio con ella. Ella fue la elegida. A mí tan solo me mostró una fotografía. Me pareció muy hermosa; me gustaron sus ojos, tenían matices verdes, y sus labios gruesos. También me atrajo su piel poco tostada y sus manos. Eran

delgadas, ligeras, invitaban a sentirse como en casa. Acepté su elección y fui a conocerla. Tenía que estar seguro del paso que iba a dar. Yo aún estaba preparándome para ser guía, estudiaba idiomas, español e inglés, y vivía en Delhi y, el poblado de la muchacha elegida me quedaba muy lejos de la ciudad. Sin embargo, y ante la insistencia de mi padre, me desplazé a verla. Nos concedieron solo diez minutos en una habitación. Diez minutos. A solas. Diez minutos no son nada o pueden suponer un mundo entero; para mí fueron suficientes. Hablamos de lo esencial, tuve tiempo de escuchar su voz, de sentir su pulso agitado, de contemplar su sonrisa tímida y el aletear coqueto de sus pestañas, su mirada verde me hipnotizó. Toqué sus manos un instante, un roce, eran suaves, tal y como me las había imaginado, una casa. Y en tan solo diez minutos lo supe. Era ella. Ella. Me enamoré. La siguiente vez que la vi, ya era el día de nuestra boda. Estaba tan nervioso que no acertaba ni a subirme a la yegua. Durante los días previos estuve inapetente y cuando llegó el gran día, la ropa me quedaba tan grande que los invitados comentaban entre risas que yo sería un mal partido, «demasiado delgado», decían, «¿estará enfermo?», se preguntan otros. Los comentarios me alteraron todavía más. Sudaba. Me resultaba muy difícil afrontar aquella nueva existencia, y sobre todo pensar que tendría que vivir, a partir de aquel día, junto a una desconocida. Tuve que hacer un alto en el camino para respirar hondo. De acuerdo con nuestra cultura hindú, toda celebración debe comenzar con un intercambio de horóscopos. Después, con ellos, se decide la fecha del enlace, consultándola con los astrólogos. Tan solo un día antes de la boda, el novio recibe las bendiciones de amigos y familiares. Después, se celebra una cena. La novia hace el mismo ritual pero con su gente.

Hasta mí llegó, por fin, una foto de Krisna, nuestro guía, que había ido pasando de mano en mano por el grupo en el autobús.

Krisna iba montado sobre una yegua blanca, cuyo lomo estaba cubierto por un tapiz de terciopelo rojo, ribeteado en los bordes con hilos de oro. Parecía la estampa de un rey pasado de moda entrando en combate, sobre todo por la espada desenfundada y en alto. Con su punta tocaba la figura de Ganges. Alrededor había

tambores y otros instrumentos, que en procesión acompañaban a Krisna hasta la casa de su futura esposa.

Después, me llegó la fotografía de la novia. Estaba muy maquillada. Llevaba un vestido rojo, un sari, como el de la tienda que yo me había probado en Jodhpur, pero con estrellas bordadas doradas, un universo. Sus manos y brazos estaban tatuados en henna. Era la novia más bonita que había visto nunca, un puente de fuego. Creo que la envidié, sí, creo que lo hice, justo en aquel preciso momento, no podría asegurarlo, no tengo nada escrito, ninguna nota que lo secunde, que me lo demuestre, pero mientras describía el momento meses después, podía ver la foto de nuevo, la inmediatez del encuentro, y el pensamiento me llevó veloz hasta esa odiosa palabra, envidia. Rencor. Soledad. Una debilidad de tantas, pura intimidación.

—Nuestra boda tuvo lugar en la casa de mi novia —siguió contando Krisna—, alrededor de un fuego. Un fuego sagrado. Tuvimos que dar siete vueltas en círculo, y después, su padre anudó en torno al cuello de su hija y después de mi cuello, un hilo de color amarillo. Y me ofreció a su mano. Mi casa. Mi mujer, novia todavía, recitaba himnos sagrados ofreciendo arroz al fuego, símbolo de riqueza, no debía faltarnos alimento en la mesa y yo a mí vez, giraba su pie siete veces. Así entraría con buen pie en mi familia. Después, cuando el rito terminó, nos despedimos. En la India los novios siempre comienzan su vida de casados en la casa de los padres del novio. Y eso es algo que pone a prueba cualquier matrimonio.

Me imaginé siendo Krisna por un momento, intentando comenzar una vida nueva junto a un hombre desconocido, elegido por mi padre; lo imaginé en mi cama, a ese mismo hombre, después de una boda de ritos, desnudándome por primera vez, torpemente, con cara de susto en la mirada, en la casa de mis padres, pared con pared con su dormitorio, rodeada por la misma gente de mi infancia, abuelos, hermanos, ¿un perro, un gato, un canario? y me resultó algo insoportable de comprender.

Lo escribí todo en el cuaderno. Su boda, mi imaginario. Y mientras dejaba volar el bolígrafo y mi mala caligrafía duplicada por

las depresiones del firme, pensé que si alguna vez salía algo de mis recuerdos y de las palabras del cuaderno iba a resultar un híbrido muy interesante, mucho más que un simple viaje de turistas a la India.

Continuamos viajando.

Los largos trayectos entre un monumento y otro, entre una ciudad y otra, se me antojaron eternos, pero me costaba conciliar el sueño, y no porque me faltase el deseo de dormir. Hubiese sido más inteligente por mi parte haber dejado pasar las horas cabeceando, así seguro que me habría resultado más breve y digerible el recorrido, pero no podía, no quería perderme nada, importante o no, el total era lo que contaba para después narrarlo con veracidad. Y a mí, este total me resultaba excitante, nuevo, diferente, transparente, repleto de anécdotas. Mi ventana era una mirilla; era mi particular trance de absorber imágenes, aunque los minutos pasasen lentos, muy lentos, como milenios.

Krisna hizo que se detuviera el autobús en el arcén, en medio de una larga y llana carretera, en medio de la nada. Nos dijo que allí había un templo. El templo de la Moto. En un principio creí que no había oído bien, ¿había dicho moto?

Sí, lo había dicho. Me pareció increíble, y me pregunté en aquel momento: ¿quién en su sano juicio adoraría a una moto?, y un segundo después me respondí, censurándome: «No intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo, ¿no te acuerdas?». La historia tenía miga, espíritu, el de un muchacho, un joven indio que murió justo en aquel punto muerto del camino. El joven llevaba una moto que después del accidente fue custodiada por la policía en un garaje. Pero la moto, nadie sabe cómo, desapareció en mitad de la noche y la encontraron de nuevo en el lugar de la tragedia. Abandonada. La volvieron a guardar y la moto, al día siguiente, volvió a aparecer en el mismo lugar y así sucedió durante varios días, durante semanas. Era como si la moto buscase a su dueño, su espíritu. Quizá había quedado atrapado en el limbo, eso pensaron todos. Se informó a la familia. Se rezó por él, pero el misterio no se resolvió. Y la moto, cada mañana, aparecía en aquel mismo punto negro. Alguien comenzó a ver luz. La gente alimentó la leyenda

después. El rezo se convirtió en palabra, en adoración, en templo, en peregrinaje, en parada obligatoria para los viajeros y su suerte, en negocio, en compra de amuletos, unas grandes borlas negras de lana parecidas a pompones, que después colgaban en los retrovisores de los coches y los camiones.

Escuché la historia y no daba crédito a lo que oía. Pero cuando vi a Krisna descalzarse y entrar en el templo, ofrecer dinero y rezar, ya fue demasiado.

Sin embargo, aquel momento del viaje fue muy especial, al menos lo fue para mí. En mis notas, al releerlas meses más tarde ya en casa, se percibe un gran cariño al narrarlo. Y en mi recuerdo sigue aquella escena intacta. Escribí incluso un relato sobre ella después en el hotel. Podría decir, y no me equivocaría, que fue la evocación más viva, la más enternecedora del viaje. Y no tuvo nada que ver el templo de la Moto o los horribles amuletos negros que estaban a la venta, tampoco el árbol repleto de pulseras que colgaban entre los ramajes en un rincón, sino la gente, las mujeres. Y es que al abrigo, en un pequeño soportal destartalado, había un nutrido grupo de mujeres ataviadas con saris y velos de colores.

La India es así, las semillas florecen en cualquier rincón.

Las mujeres tapaban sus rostros con ligeras muselinas, mientras entonaban una melodía que a mí me resultó un lamento y sin embargo, era un canto de alabanza y agradecimiento —aunque eso lo supe más tarde—. Sus cuerpos oscilaban al ritmo, como siguiendo el círculo de las manecillas de un reloj o la tierra alrededor del sol. Estaban sentadas en el suelo y formaban un colorido tapiz. Más allá, los hombres preparaban, sin apenas medios, un almuerzo frugal. Celebraban su buena suerte y la compartían, aunque no conseguí enterarme cuál había sido su estrella. El patriarca, un hombre anciano y bastante arrugado, nos invitó a acercarnos con gestos. Quería que tocásemos a sus mujeres, que nos sentásemos a comer con ellos, ¿dónde?, pensé entonces, y me di cuenta que el «dónde» era lo de menos, que era algo metafórico, un regazo, el suelo, las manos. Quería que entonásemos alguna canción, quizá otra diferente, de nuestro mundo, que compartiésemos su dicha, su gran fiesta. Nos abrumó su hospitalidad en aquel paraje desolado.



Pero su alegría se me hizo contagiosa, inesperada, tan cercana al corazón y al deseo de ser otra persona, tan alejada de mi yo y de mi centro, que fue un momento mágico. ¿Por qué no podía transformarme en lo que fuera?, ¿confundirme con el lugar que pisaba?

Me dejé llevar. Y aquellas mujeres me rodearon con sus ojos oscuros a cámara lenta, desnudaron sus rostros para mí un momento después, me desvistieron de emociones, me convirtieron en su luz.

Luz de Abril.

Por unos instantes, recordé a mi madre con nostalgia. Mi madre, ¡cómo habría disfrutado con aquel encuentro y sus detalles!, ¡cómo habría aplaudido!

Y yo, yo quise decir algo, quise decir tantas cosas, pero no acerté a pronunciar ninguna. Una mujer me colocó un velo y alguien captó el momento, la comunidad entre velos de colores, en una fotografía. Fue algo inolvidable.

El patriarca nos observaba brillante, ufano de lo suyo, orgulloso y altivo asentía con la cabeza. Alguien me dijo que le había visto llorar. Creo que fue Krisna. Sí, tuvo que ser él.

El tiempo del viaje continuaba. Y también los episodios que contar.

Como si fuese una novela, iba hilvanando en el cuaderno la vida y los días que transcurrían, su devenir, mi extrañamiento, lo veraz, los lugares, las voces, las reflexiones se inmiscuían sin poder evitarlas, y lo objetivo, la realidad que dolía, lo imaginario, el romanticismo de lo que fue, los recuerdos.

Ese día no nos quedamos a comer con la gran familia de mujeres en el templo de la Moto, teníamos contratada una comida india en un oasis repleto de árboles, en el valle remoto y selvático de Ranakpur. Una comida idéntica a las anteriores, a la de todos los días: un arroz basmati, que en hindi significaba, reina de las fragancias, pero que no tenía ningún sabor; guarniciones variadas, extrañas, con base de verduras y repletas de salsas picantes, la más común era el masala o curry; panes, chapati, tandoor, naan, este último fue el más compartido y celebrado, siempre estaba

caliente; dhal, un puré lentejas; pollo masala o pollo tandoori, macerado con yogur y especias, pimienta, comino, semillas de cilantro, guindilla, jengibre, cúrcuma. Otro picante a rechazar. Y, después me enteré que no eran originarios de la India, una especie de fideos chinos fritos llamados chow mein, que se servían solos o con verduras. Enseguida descubrí, aunque con pena, que en lo culinario, la India y yo no teníamos ninguna esperanza de enamorarnos. Para mí el momento de sentarme a la mesa, fue, casi todos los días, una gran desolación.

En el valle de Ranakpur, descubrimos majestuosos templos de la arquitectura Jain. Correteando por el suelo y de rama en rama, había decenas de ardillas juguetonas y monos curiosos. Se acercaron a saludarnos. Krisna nos alertó: «es mejor que no os acerquéis, muerden».

Para acceder al templo, tuvimos que quitarnos todas las prendas de cuero: bolsos, cinturones, zapatos, todo aquello que fuera de origen animal no estaba permitido dentro del santuario. Tampoco, lucir las piernas ni los hombros desnudos. Sus normas no eran hostiles, pero sí algo confusas, y desde luego extremas. Me sentí perdida. Aunque mereció la pena perderse. Ranakpur me dejó sin palabras. ¿Para qué quería detallar los nombres de las ciudades, los alimentos, sus calles, sus gentes, si un lugar así te hacía olvidar todo lo demás? Ranakpur era uno de los cinco lugares sagrados de la religión jainista y había sido construido con la aportación de los fieles en el siglo XV. Dedicado al Dios Adinath, me resultó imponente. Sus mil cuatrocientas catorce columnas de mármol blanco, moldeadas pieza a pieza y esculpidas con motivos vegetales eran de una belleza abierta y sin límites. Había grandes elefantes tallados y techos decorados con motivos geométricos. Había escritas leyendas, escenas mitológicas, frisos ornamentados. Había vistas. Había paz. Lo tenía todo aquel lugar. Todo menos mi olvido. Hasta en aquel lugar remoto pensaba en él. Si hubiera sabido que nuestras horas iban a estar contadas, que no tendríamos futuro, ¿qué habría hecho?, ¿me habría comportado de distinta manera?, ¿le habría querido de alguna otra forma?, ¿le habría confesado antes mis miedos?, ¿habría callado?, ¿me habría detenido a mirarle

mientras dormía a mi lado?, ¿le habría amado cada una de las noches que pasamos juntos?, ¿y todas las madrugadas?, ¿y todas aquellas discusiones y reproches sin salida, habría perdido el tiempo con ellos?

Escribí en el cuaderno una frase corta y sin verbo y una pregunta censurándome, pronunciando mi nombre: Sin palabras. ¿Cuándo vas a abrir los ojos, Abril?

Después añadí una llamada: \*buscar más tarde, si hay Wifi en el hotel, información sobre la religión jainista.

\*Los jainistas tienen una de las religiones más antiguas de la India y cuentan con más de cinco millones de discípulos. Su filosofía se basa en la no violencia, algo que también promovería después Mahatma Gandhi, y que aunque él no profesaba este credo, recibió durante su educación profundas influencias de su fe. Los jainistas no se dedican a la agricultura, no pueden, ya que los seres vivos que habitan en ella, debajo de la tierra, podrían verse dañados mientras trabajan y va en contra de su filosofía de vida; son vegetarianos, convencidos vegetarianos, pero su forma de comer es peculiar, es alma. Solo pueden comer aquello que está por encima de la tierra y también lo que cae por su propio peso al suelo. Conciben que todo aquello que existe en el mundo, objetos, animales, plantas, tiene un alma propia, una identidad; en el caso de seres inanimados, un alma; las plantas, dos almas, los seres vivos, tres almas. Por ello, solo se les permite tomar alimentos que tengan a lo sumo dos almas. La vida de los religiosos jainistas es muy dura, renuncian a todo lo material, incluido el amor de la familia. La pureza en extremo.

La tarde caía ya cuando salimos del templo, en medio del viento y las montañas. Las sombras las hacían poderosas. Pero aun nos quedaba viaje por delante, y debíamos llegar a la ciudad de Udaipur. Noté al conductor y a Krisna, algo inquietos y les pregunté. Me contestaron que debíamos atravesar la selva todavía —más tarde descubrí que su selva era simplemente un bosque frondoso y un millón de curvas que ascendían y descendían por los montes—,

y que había bandidos. «¿Bandidos?» —les interrogué—. «Sí —dijeron— por esta zona, viven gentes muy pobres, los dacoits, asaltantes de caminos, aguardan escondidos entre la maleza y aprovechan la oscuridad para abordar los autobuses de turistas y los coches que pasan. Pero no te preocupes, añadieron, no va a pasarnos nada».

Aun así me inquieté. Tan solo quedaban poco más de cien kilómetros para llegar a Udaipur, y no era nada, sin embargo las horas y la noche se me hicieron de plomo, los párpados me pesaban con el silencio y al mismo tiempo se resistían a bajar la guardia.

Alerta, así permanecí, alerta de los árboles convertidos en gigantes, alerta de los arcones y sus movimientos, alerta de los campesinos mudados en bandidos, alerta de él, siempre de él, y de su cuerpo cuando me estrechaba y de sus labios en mi cuello deslizándose despacio, húmedos. ¡Cómo le deseaba en aquel momento!

Las dudas habían comenzado a molestarme, a mezclarse con mi colección de miedos, a peregrinar fuera del papel, a agigantar mi imaginación que era infinita.

Había llegado a ese punto del viaje de no retorno. Sentía cada día como si fuera el último. Sentía el deseo de volver a él, y el contrario, seguir escapando de su egoísmo.

Y comencé a escribir, a describir escenas, fogonazos de luz, instantáneas, colores y brumas, curiosidad. Cada una tenía sus propias palabras. ¿Había alguna terapia mejor para el olvido que escribir sobre el paisaje?

Mujeres con cargas imposibles en la cabeza, ramajes secos, caminando, no, no, flotando sobre los márgenes de una carretera rural, desierta; manadas de reses deambulando solitarias, famélicas, sin rumbo sobre un grandioso paisaje; autobuses cargados al límite de lo humano, desbordados, abandonados, vehículos destartados que se encontraban aparcados en los arcones con una rama de árbol enganchada al parachoques para avisar que estaban estropeados; cielos enormes y atardeceres salvajes, una gran llanura. Comprendí, mientras salían las palabras a borbotones que,

no podía albergar ningún sentimiento, todos me quedaban grandes, o eran demasiado pequeños. La India me desolaba. Me mantenía en pie, expectante. Aunque quizá me equivocaba, sí creo que lo hacía, la melancolía estaba en mí, solo en mí, no tenía amparo, porque no lo tenía a él. Y pensé en María, allí sentada delante de mí, junto a Sanjay y entendí las razones que la hicieron volver a casa. La India nunca hubiera podido convertirla. En la India María se habría perdido. Hubiera sido muy fácil.

Cuando llegamos a Udaipur ya era noche cerrada. El autobús corría por sus calles en dirección al lago Pichola. Estaban animadas. Algunos comercios abiertos. Dejé de escribir, para contemplar y alimentarme de cada momento. Nuestro hotel se encontraba en medio del lago, un punto de luz en medio de una cueva profunda. Se veía a lo lejos, desde el pequeño muelle donde nos había dejado el autobús. El negro de la noche era sobrecogedor. Recogimos las maletas y subimos a bordo de una pequeña, aunque suficiente, barca blanca. Sentí un gran vértigo cuando las aguas se movieron. La bruma calaba los huesos, humedecía la ropa. Poco a poco, fuimos dejando atrás la ciudad, fuimos envolviéndonos de oscuridad.

Cuando tuvimos cerca el hotel, Leela Palace, vi su reflejo sobre las aguas. Y me pareció un lugar de ensueño. Había un romántico embarcadero bordeado de velas blancas. Y la música de dos guitarras. Tres indios, tocados con turbantes de diferentes colores, nos recibieron y nos ayudaron a desembarcar. Inclínaban la cabeza y juntaban las manos a la altura del pecho: «namaste» decían, «namaste», repetíamos. En la entrada algo suave me rozó el rostro. Me llevé la mano a mi cabello y alcé la mirada. Caían pétalos de rosa de color rojo. Una sinfonía. Una mujer vestida con un sari se me acercó con un cuenco en la mano. La pasta era amarilla. Me dibujó un tercer ojo ambarado. Flores, guirnaldas, una corte de sirvientes, un zumo de sandía que repetí. Una bienvenida de reyes. Y en aquel momento recuerdo que pensé que algo parecido debía de ser ese cielo tan añorado por algunos. «Que el mundo me busque aquí, que me encuentre si puede», eso fue lo que escribí en aquel momento.

La habitación era de ensueño, y tenía vistas al lago. Una mujer danzaba descalza junto a instrumentos desconocidos. La música me llegaba nítida, incluso con las ventanas cerradas. Me di un baño de espuma mientras la escuchaba y después me tumbé sobre la cama. A punto estuve de dormirme, de no bajar a cenar, pero al final vencí la pereza, me puse un vestido negro, y carmín rojo en los labios y me reuní con el grupo que ya estaban sentados entorno a la mesa. Fue increíble. Una explosión de sabores, una fusión gastronómica europea e india, color, diseño, elegancia, y buen gusto. Al subir a la habitación describí con una sola nota y un número aquella cena inolvidable: un diez.

Disfruté del amanecer sobre el lago desde la ventana y me sentí feliz rodeada de belleza azul. Y más tarde, aun rozando el alba, mientras el hotel comenzaba a despertarse, salí a dar un paseo por sus jardines. Iba sumando sitios para refugiarme. Para escribir. Para perderme. No me crucé con nadie, pero tuve, y de nuevo, el extraño presentimiento de que alguien me observaba. No podía ser, no tenía sentido y sin embargo parecía algo real, sentía unos ojos sobre mi piel, y me quemaban. Miré a mi alrededor y no encontré a nadie. Me envolví en un pañuelo y regresé a mi habitación. No quería que ninguna sombra alterase mi buen humor. La noche había sido una aliada, había sido perfecta, y en el vaivén de un viajero, expuesto a un continuo ir y venir y al extrañamiento, aquello había sido un lujo. Dejé la mente en blanco y mientras el sol me acariciaba ordené mis notas antes de ponerme a escribir.

Y noté, al comenzar a teclear en el ordenador, que algo había cambiado de repente en mí. Que mi vida había comenzado, en aquel lugar tan parecido al cielo, a cobrar sentido. Que él ya no era suficiente. Seguía añorando su compañía, pero ya no era suficiente, no, no lo era. Había hecho lo correcto, ¿por qué dudaba tanto entonces si lo tenía tan claro? «Creo que nunca podré echar raíces», eso fue lo que me dijo el muy gallina cuando yo le pedí más, un compromiso, un regresar a la civilización, un cielo estrellado cada noche. No pude contenerme. Siempre he sido una romántica con mala suerte en el amor y con infinitas ganas de intentarlo de nuevo en cada relación. Pero qué difícil fue soportar aquel ajetreo

de casas, de restaurantes, de bares, de noches en vela, de sexo inmediato, de olvido de días, de llamadas sin profundidad, de mentiras. Una coreografía de mentiras, eso me regaló los últimos meses. Sí, y lo más triste es que yo sabía que me mentía cuando me dijo que necesitaba tiempo para pensar, espacio para respirar, que volvería a mí. En realidad, esa solo fue una excusa, su última cobardía, una huida a medias, una huida interesada. Hacía tiempo que se había ido de mi lado, y yo no lo quise ver a tiempo. ¡Qué ingenua!

Mi vida con él había sido como ir de la mano con un niño pequeño y caprichoso, un niño que no quería aprender a caminar en compañía, o que quería otras compañías para transitar por la vida. Y yo lo consentí, aunque sabía bien que aquello no tenía salida, ni sentido, pero me ahogaba no verle, me dejaba sin respiración, pendiente del teléfono durante días, de su mirada cuando me besaba, de su sonrisa al hablarme. Pendiente, así me tenía. Adicta. El problema llegó cuando pronuncié la palabra «más», lo quería todo de él, una casa, un matrimonio, hijos, y por eso lo dejé, para aprender a vivir sin nada.

Escribía en el cuaderno esta frase: «Prefiero morirme ahora mismo que conformarme y llevar una vida sin emociones, ni entrega», cuando llamaron a la puerta. El grupo esperaba en el recibidor, eso me dijo un hombre con turbante en un inglés que casi no entendí. Y estuve tentada de inventarme una excusa, una migraña, un dolor de estómago, no me apetecía conocer la ciudad, ni sufrir el desánimo de la pobreza o la suciedad rodeándome. Deseaba respirar, disfrutar del privilegio del reposo en un hotel de ensueño, estar sola, sola, reencontrarme, mirar el azul, escribir, escribir, plasmar lo que sentía, el desbordamiento, la turbación, la curiosidad, pero callé y asentí. Cerré la puerta de la habitación y me reuní con el grupo. En el espejo del ascensor me di cuenta de que no era yo la que bajaba. Mi indumentaria había ido cambiando con los días. Se había vuelto cerrada e informal, de velo. Me cubría los hombros y parte de mi cabello con un pañuelo muy grande como si fuese un ritual. Elegía la ropa con más colores, pero colores suaves, claros. Me había alejado del negro, del uniforme

que mejor me definía y abarrotaba mi maleta de prendas inútiles. En la India no me resultaba cómodo, llamaba la atención y eso no me gustaba. Mi piel en aquella tierra tostada resultaba demasiado blanca.

De nuevo cogimos la barca, el corazón de Udaipur nos esperaba. Entendí enseguida por qué la llamaban la ciudad blanca. Sus edificios de color marfil resplandecían bajo el sol de la mañana y se reflejaban en el lago como dos gotas de agua. Quizá uno de ellos fuese el alma. En sus orillas, algunas mujeres lavaban la ropa y enjabonaban el paseo tiñendo sus aguas de blanco y espuma, también de colores desteñidos, los hombres se aseaban y los niños se daban chapuzones saltando desde la orilla. La noche había depositado ofrendas, velas y flores que nadaban sin ritmo y las barcas iban hundiendo a su paso.

Udaipur me pareció una ciudad romántica. Me sorprendieron sus calles, en ellas no encontré el estrés que había percibido en otras urbes, los vendedores no agobiaban y las casas tenían las puertas abiertas y las fachadas decoradas. Invitaba a mirar. A disfrutarla. Situada en el valle de Girwa, y rodeada de montañas y selva, sus bosques, parecía un oasis en medio de una India abarrotada. Krisna nos contó que había sido fundada por el maharajá Udai Singh II a mediados del siglo XVI siguiendo los consejos de un ermitaño que habitaba en aquellas tierras. Udai deseaba un refugio, un lugar que fuese la antítesis de la guerra, de la violencia y del ruido que tenían otras ciudades y poblados indios. Buscaba un lugar perfecto y Udaipur se lo ofreció simbolizando la paz, la armonía, y el silencio. Un atractivo también para otros muchos indios con poder. Junto al lago, sobre la gran muralla, se erigieron otros palacios, templos y callejuelas estrechas que invitaban a perderse, pero para perderse hacían falta ciertas habilidades que yo no tenía, que me costaba poner en práctica, la primera superar el freno que me paralizaba ante cada situación nueva, siempre me habían asustado los cambios, me ponían en guardia y, ese miedo para mí, era peor que un abismo, un abismo donde cabía casi toda la historia de mi vida.



Por el camino tropezamos con mujeres que tejían guirnaldas de flores para las ofrendas de los templos. Nos acercamos al Templo hindú de Jagdish, dedicado al Dios Vishnu y ubicado a tan solo cien metros de la entrada del Palacio de la Ciudad. Y lo recorrimos en el sentido de las agujas del reloj, dando una vuelta completa al edificio. Sus imágenes nos escandalizaron. En las fachadas había relieves inspirados en el Kamasutra. Mujeres de grandes pechos que se pellizcaban los pezones, hombres con falos erectos, deseosos de unión; era un espectáculo, una provocación en un templo de oración y más para nosotros, cristianos.

Krisna nos habló de su religión:

—Para la mayoría de nuestro pueblo, el hinduismo no es solo una religión, es una filosofía de vida que comprende, la oración, la limpieza, la alimentación, la cremación de los muertos, la manera de vestir, de negociar y, también, las relaciones sexuales. Nuestra historia bebe de la antigua cultura védica, algo muy remoto, de alrededor del mil quinientos antes de Cristo. Los templos religiosos ofrecían el éxtasis espiritual, y la unión con Dios quedaba representada a través del sexo, a través de la cópula entre el hombre y la mujer. Había textos sagrados y también otros profanos que hablaban del erotismo, de la búsqueda del amor romántico y carnal. Conocido es en todo el mundo nuestro «Kamasutra». En ese libro se ilustra con dibujos las técnicas más eróticas del amor sensual, las diferentes posturas que se pueden utilizar para el coito. Hoy puede parecer un tema escandaloso, o al menos yo lo siento así cuando veo los rostros de los turistas, pero en la antigüedad, el coito era concebido como un rito sagrado y existen abundantes leyendas que lo atestiguan. El Dios Krishna era un gran amante, un apasionado de la sexualidad. El órgano masculino, el pene, y el semen que derramaba eran reverenciados por su fertilidad. Era un símbolo de poder, el poder creativo de Dios. Y del mismo modo que era venerado uno, era también idolatrado el otro, su complementario, el órgano femenino, símbolo de la gestación, y del enorme poder de dar vida. Su dualidad representaba el misterio de la creación, el misterio de Dios. ¿Acaso podía encontrarse una fuente de espiritualidad mayor? ¿No debería ser el gozo de vivir el

significado de una auténtica existencia, la plenitud de una palabra? Sin embargo, los tiempos fueron cambiando y la India se cerró, se transformó, bajo el yugo y la castidad de sus invasores musulmanes, en otro lugar, uno irreconocible. Luego vendrían los ingleses y su flema británica. Y el arte erótico dejó de practicarse en sus templos. El matrimonio se convirtió en un lazo convencional, en un pacto entre castas. La dote sucumbió al amor libre, al compañerismo que había impregnado la India tradicional y nuestro mundo se transformó en trueque, en esclavitud, en celosa castidad, en principios rígidos y postración.

Las palabras de Krisna me entristecieron y en mi cuaderno escribí: «¡Parece que avanzamos, y, sin embargo, solo retrocedemos! Hasta las bestias primitivas eran más libres que nosotros.»

Continuamos el recorrido. La calle estaba repleta de tejidos de vistosos colores que parecían colgar del cielo. Me hubiera apetecido parar, perderme entre los paños, conversar con su gente, regatear —siempre me ha gustado regatear—, pero Krisna seguía con su paso cadente y continuo, con sus manos de maestro agarradas una a la otra, detrás, sobre la espalda. No iba a detenerse. La tiranía del tiempo, otra vez. Apenas tuve tiempo para hacer algunas fotos, y en uno de aquellos encuadres de postal, una niña me ofreció su sonrisa. Y yo le tendí la mía. Entonces se me acercó y me acarició el cabello. No sé, imagino que le gustó mi largura, o quizá el color dorado de algunas de mis guedejas. Y yo me dejé hacer. Y cerré los ojos. Nadie debería negarse a vivir un soplo tan dulce. Sin darme cuenta, me rodearon otras chiquillas, también ellas querían tocarme, algunas llamaban mi atención tirándome del brazo, o de la ropa, se disputaban mi atención. Y de no haber sido por su aroma, que aún retengo, por el tacto de sus pieles secas, o por el bullicio que se formó en torno a mí, momento que captó una imagen, hubiera pensado que había sido algo irreal, como de película. Cuando me despedí, las chiquillas agitaron sus manos. Sus palmas eran tan blancas como mi piel.

La calle desembocó en el palacio dorado, el gran palacio de la ciudad, el mayor del Rajasthan. Me cautivó su mirada azulada y

sus lujosos patios con incrustaciones de espejos y mármol; los balcones al lago, las ventanas de colores, las torres coronadas de cúpulas, sus pinturas, frescos y mosaicos. Su construcción había durado alrededor de trescientos años, lo que ofrecía un conglomerado de estilos, rajasthaní, mogol, medieval, europeo e incluso chino muy espectacular. Como curiosidades descubrí tres: los pasillos estaban conectados en zigzag, para evitar ataques por sorpresa. En el patio de la entrada se celebraban combates de elefantes. Y los maharajás, ante su pueblo, se subían a unas balanzas y pesaban su cuerpo en oro o plata. Después se lo regalaban al pueblo.

Krisna disfrutaba contándonos leyendas y cuentos. Siempre había una batalla que narrar, alguna injuria, amores imposibles, sacrificios inútiles, un aura de tradición. En aquella ocasión, la protagonista fue una princesa:

—Maharana Bhim Singh le dedicó esta sala, Krishna Vilas, una de las más bellas del palacio, a su hija. Tenía una colección de miniaturas pintadas en el techo y en las paredes que representan procesiones reales, festivales y juegos de los maharajás. Quedó destrozado tras su muerte, mudo de dolor. En esta habitación se refugiaba durante horas, y le hablaba a su hija, al espíritu que él creía todavía con vida. Ella fue muy valiente, se quitó la vida para evitar una guerra inútil. No quería que la ciudad blanca, su amada Udaipur, el tesoro de su padre, quedase destrozada. Los dos reinos vecinos, Marwar y Amber, se disputaban su amor, su mano, su corazón, pero ella no amaba a ninguno de ellos. No podía hacerlo. Y pensó que si no podía amar libremente a ningún hombre, era mejor morir, sí eso pensó, y siguiendo la tradición rajput, se envenenó.

Miré a Krisna y pensé que su India guardaba historias delirantes.

En la parte más alta del palacio, sobre una terraza abierta, descubrí una nube extraña, demasiado blanca, demasiado estática y solitaria, en un cielo completamente azul. La miré mucho rato y busqué su significado. Un parecido, a eso me gustaba jugar de niña. Las nubes eran capaces de evocar lo mejor y lo peor, los deseos y las frustraciones. Y yo lo vi, estaba ahí, era él, su perfil, su nariz

afilada, su mentón algo salido, el pelo largo y rizado que a mí me gustaba acariciar, enredar. Le añoraba. También nuestro sofá lo hacía, desde que se había ido parecía menos mullido, menos dispuesto a cobijarme. Ya no veía películas tirada en él, ya no me cobijaba bajo nuestra manta (la tiré, olía demasiado a ti), tampoco comía palomitas con mantequilla. Nuestra casa había dejado de ser nuestra, un refugio, un desnudo, saliva, amor. ¿Me quisiste alguna vez?

Un soplo de viento desdibujó el cielo y mis pensamientos, y convirtió aquella extraña nube en resaca, en un borrón gris, otro más, quizá una nueva señal, ¿me insistía el aire también en olvidar?, puede, pero ¿cómo se hacía?

Krisna nos llevó de paseo por el lago hasta la isla de Jagmandir. En ella solo había un restaurante de lujo y un gran Palacio construido en el año 1620 por el maharajá Karan Singh. Nos contó que el Shah Jahan, el emperador mogol que mandó levantar el mausoleo del Taj Mahal, en Agra, en honor a su amada, su difunta esposa, podría haberse inspirado en este lugar, pero eran solo habladurías. Me enamoró. Tenía vistas al palacio dorado y a la ciudad blanca. También se veía nuestro hotel. Su estética, el conjunto, la luz, el espacio en medio del azul, el viento manso, el relieve de los elefantes tallados en piedra con sus trompas hacia arriba, en señal de buena suerte, lo envolvente del retiro, su blanco, los jardines, eran un lugar perfecto para escapar de la realidad, o quizá para enfrentarla. ¡Quién hubiera querido una existencia en movimiento teniendo un espacio como aquel para sobrevivir!, ¡quién necesitaba otra cosa que no fuese la libertad!, ¡la soledad! Eran por si solos escenarios perfectos, cobijo de una enorme melancolía. La mía.

De regreso, ya en tierra firme de nuevo, visitamos Shaliyon-Ki-Bari, un jardín de antiguas cortesanas. En sus estanques bailaban flores de loto y las fuentes las rociaban con gotas cristalinas. Al salir del parque nos acercamos a ver el trabajo de las pinturas en miniatura sobre fondos de mármol o hueso de camello, también sobre papeles y sedas. Allí sentados en el suelo, un maestro enseñaba a un aprendiz. Y el aprendiz era casi un niño.

Dibujaban con absoluta precisión detalles mínimos con un pincel minúsculo y una gran lupa. Me maravilló su destreza, su labor, la paciencia y sobre todo las horas que le dedicaban a una sola imagen. Después nos llevaron a un espectáculo de danza rajasthani en un patio al aire libre. Había alfombras y algunos bancos sueltos. Yo me senté en el suelo, muy cerca del escenario.

La tarde ya había caído sobre Udaipur y la humedad del lago comenzó a molestarme. Tenía frío y me abracé. Y deseé con tristeza que aquellos brazos no hubieran sido los míos, ni una proyección absurda de mi soledad. Y miré a mi alrededor buscando consuelo y olvido. La gente parecía feliz. Y yo quería contagiarme de ellos, que se alejase de mi vientre el rocío, el goteo, la noche oscura.

En un rincón varios hombres tocaban instrumentos desconocidos, su sonido era estridente. Me molestaba. Sin embargo, conseguí olvidarme de él cuando comenzó la danza de las mujeres. Era tradicional, de la comunidad Gujjar, al norte del Rajasthan. Me hipnotizó su destreza, el movimiento ágil de sus pies, las manos que volaban, parecían aves, los brazos subiendo y bajando, a punto de despegar, el contoneo sensual de sus caderas, el brillo de las miradas. Las bailarinas llevaban campanillas, manjeera, por todo el cuerpo y el sonido me envolvía, sus faldas de vuelo casi me rozaban la cara. Parecían libres. Y yo quería ser libre como su danza. Hay visiones que liberan, como el hilo que se desvanece mientras rasgas las entrañas de un respunte. La siguiente actuación, fue de títeres, una tradición del arte Kathputli. Apunté en mi cuaderno una nota: investigar sobre esta tradición. Más tarde escribí eso: «Se pueden encontrar referencias a este arte milenario en cuentos o baladas populares y sus tribus lo han convertido en una parte imperecedera de la cultura y la tradición del Rajasthan. Las marionetas unidas a cuerdas bailan al ritmo de una estridente canción silbada a través de una caña de bambú. Hay sátira y humor en su actuación».

El público reía, mientras yo añoraba a las bailarinas y me tapaba los oídos. El sonido de la caña me resultaba demasiado agudo. Más tarde llegó al escenario una mujer bastante mayor. Aquello me sorprendió. Y más cuando comenzó a acumular, sobre

su cabeza, vasijas de cerámica, de mayor a menor tamaño. Hasta nueve llegué a contar. Su equilibrio era increíble, sobre todo porque lo hacía con los pies descalzos sobre un lecho de cristales rotos. Alguien que tenía cerca, y hablaba mi lengua bastante bien, al verme tan sorprendida, me contó que aquella danza, en la India, tenía un enorme significado y representaba la satisfacción de llegar a un destino. El final de un largo transitar poblado de dudas. El cristal, me dijo, es una metáfora del dolor que arrastra la vida, también las vasijas, son el peso de las decisiones, «las nueve caras del corazón». Miré a María y a Sanjay. Ellos también me habían hablado de esas caras. Le agradecí a la muchacha sus explicaciones y apunté en mi cuaderno dos palabras: cristales rotos. El resto lo escribí más tarde, de madrugada.

«Fuiste mi cristal roto, mi duda, la caída, la certeza del adiós. Mi decisión. Habíamos vivido juntos en el mismo callejón, y pasados los meses, los años, solo teníamos dos salidas: la vida o la muerte. Y entre medias, la familia. Hubo un silencio agónico cuando te hablé de ser madre. Padres. Dos cuerpos que se devoran de deseo no pueden ser padres, me dijiste. Sí, nos movía el sexo, es verdad. ¡Loco deseo, cómo nublas el entendimiento, eres un maldito, un necio! La palabra madre le alejó de mí, le expulsó de nuestro hogar, y ya nada era suficiente, ni el calor de las entrañas del pasillo, ni el sofá, tampoco los zapatos nuevos, aquellos de tacón que le gustaban y yo odiaba ponerme para recibirle, porque me apretaban la vida. ¿Y aquella brújula?, ¿por qué me la regalaste?, ¿tuvo algún significado?, ¿era una metáfora de algo? Yo no era la que estaba perdida. Aún la llevo en el bolso, ¿sabes?, pero está rota, sí rota, la tiré al suelo, la pisé y luego la recogí, como hice conmigo, cristales en el suelo, pedazos de mujer, de madre no deseada».

El espectáculo arrancó un caluroso aplauso; la mujer sudaba y parecía congestionada, quizá estaba a punto de llorar. Me hubiera gustado abrazarla, pero solo la miré emocionada. Hay diálogos en una mirada, frases que no alcanzan a tomar el aire, que no pronuncian nada, pero hablan, hablan y dicen un mundo. Ella me devolvió la mirada al vuelo e inclinó su cabeza hacia delante, hacia

mí. Yo me llevé una mano al pecho, y la sonreí. Ese fue el adiós y la retirada.

Volvimos al hotel dando un largo paseo a pie. Krisna conocía una entrada secreta a la que se podía llegar atravesando las callejuelas oscuras del casco antiguo de la ciudad blanca. El paseo se me hizo eterno, un tiempo de reunión de miedos, de sospechas, de recuerdos, de días de insomnio que iban pasando factura, segundos perdidos, letras inacabadas, tú, al final siempre tú. Subí a mi habitación y me tumbé en la cama. Sentía un cansancio de orilla, y no tenía apetito. Tampoco quería compañía, ni pensar. Cerré los ojos y no sabía cuánto tiempo había pasado, cuando sonó el teléfono. Abrí los ojos perezosa y descolgué. Una voz me dijo que al restaurante le quedaba solo una hora para cerrar. Aquello me sorprendió, y pensé, «¿por qué me estarán avisando?», pero no respondí más que un escueto: «gracias». Me di cuenta de que mi estómago se movía. Recordé el banquete de la cena del día anterior, la seducción de sus sabores y eso acabó por decidirme. Me duché, me puse un vestido, un poco de rímel y carmín, me pellizqué las mejillas, y bajé al restaurante con el cabello mojado, pero mi grupo ya no estaba. Inicié la retirada, nunca me ha gustado comer sola en un restaurante, pero un camarero indio se me acercó, me invitó a entrar, y me insistió en que le siguiera. Me pareció ofensivo decirle que no. Le seguí dudando. Sus pasos me llevaron hasta un rincón del restaurante, íntimo, elegante, vacío. Estaba junto a una ventana. Desde allí se podía ver el estanque y a una mujer bailando al ritmo de una alegre y solitaria melodía, una guitarra. Me gustó el lugar y asentí con una sonrisa agradecida. El camarero se llevó las manos hasta el pecho, las junto y me dijo: «¡Namaste!, sea bienvenida».

Me sentí como una reina, tan mimada que me hubiera quedado a vivir allí, en aquel rincón convertido en cenador privado. Desde mi retiro, a través de una celosía abierta se veía el resto del restaurante. Estaba ocupado por otras mesas, en la mayoría había grupos, o parejas con la mano cogida sobre un mantel de hilo, solo una mesa guarecía a otro ser solitario como yo. Le había mirado al pasar. Era un hombre algo mayor, y parecía indio, aunque su piel no

era muy oscura. Su atuendo era selecto, refinado, acorde con el lugar. Quizá, conjeturé, por entretenerme un poco, era un hombre de negocios, o un solitario empedernido, o esperaba a su mujer que todavía no había bajado, o no esperaba ya que bajase; quizá era un aristócrata o el dueño del hotel, o su hermano, quizá... Hubo un momento en que le vi cómo llamaba a un camarero, y su imperativo me resultó chocante, casi despótico. Le dijo algo y de pronto el camarero miró en mi dirección. Yo me sonrojé y aparté la mirada con rapidez. Intentaba disimular que no me había dado cuenta de nada. Al rato, el mismo camarero que había desaparecido, volvió y le dijo algo al oído. Y el señor asintió. Entonces, le vi levantarse, acercarse, llegar hasta mi rincón sonriéndome a medias, con timidez y seguridad al mismo tiempo, y el corazón me dio un vuelco, tuve la misma sensación de vértigo que cuando había sentido que me observaban. Y además yo no quería compañía. ¿Habría estado mirándole demasiado rato?, ¿le habría invitado sin querer con mi curiosidad?, la imaginación del escritor, a veces, puede resultar algo indiscreta.

—¡Buenas noches! —me dijo.

—¡Buenas noches! —le respondí algo seria, y noté cómo se me levantaba una ceja interrogativa.

—Perdone que la moleste, pero como somos los únicos comensales que estamos cenando solos en este restaurante tan bonito, y como detesto comer en soledad, he pensado que quizá le gustaría algo de conversación. A mí —se apresuró a añadir—, me gustaría mucho acompañarla.

—En realidad, a mí tampoco me gusta comer sola, pero no acostumbro a asaltar las mesas de los desconocidos. ¿No le resulta algo violento?

—No, en la India la compañía es casi una religión. Además, yo no soy un desconocido, me llamo Yamir. ¿Y usted?

—Abril.

—¿Ve?, ¡ya está!, ¡presentados! ¿Me permite que me siente?, veo que aún le queda por pedir el postre.

—¡Está bien, Yamir!, ¿significa algo su nombre? Tengo entendido que en la India todos los nombres tienen asociada una



idea, un astro, un Dios...

—Luna, Yamir significa luna. Pero en realidad tengo dos nombres, Yamir Ravi.

—¿Y Ravi significa?

—Sol.

—¡Hermoso!, para sus padres debió de ser un momento muy especial su nacimiento. ¿Y por qué le pusieron dos nombres tan opuestos?

—Por mi piel. No era oscura, como la piel de la India, ni tampoco clara como la suya, la occidental. Mi abuela había sido inglesa, y mi abuelo indio. Su historia de amor fue muy bonita. También difícil. Le estoy hablando de hace mucho tiempo, cuando la India inglesa estaba a punto de extinguirse. Mis abuelos tuvieron tres hijos. Uno de ellos fue mi padre. Mi padre siguió los pasos del abuelo y se fue a estudiar a Inglaterra, a Oxford. Allí se enamoró perdidamente de mi madre y se casaron. Pero ella no soportó la India, y aunque se amaban, a los siete años de nacer yo, de ser su sol y su luna, se divorciaron y mi madre volvió a Londres. Jamás volví a verla hasta que enfermó, y ya era mayor. Mi padre no me lo permitió. Temía que yo también me fuese. Me pasé toda mi infancia, toda la adolescencia añorándola, odiándola, queriéndola otra vez. Sé que ella vino varias veces a la India, también que me enviaba cartas y regalos que nunca llegué a recibir, aunque eso lo supe mucho más tarde, lo supe de sus labios, cuando enfermó y fui al hospital a visitarla. Tenía, junto a ella, una caja con cientos de fotografías mías, de todas las edades que había pasado sin ella. Fotos robadas. Imaginé que habría encargado a alguien que me las hiciera. Aquello me conmovió. Ella me había querido tanto, y yo, yo ni siquiera había hecho ningún esfuerzo por volver a verla. Me sentí fatal. El día de su muerte fue el más triste de toda mi vida. Ya no podía recuperarla. Después de aquello no pude perdonar a mi padre. Había sido él el culpable. Me había alejado, me había mentido, me había hecho creer que yo no le importaba, que el sol y la luna no significaban nada. Pero se equivocaba. Y ahora, voy a cumplir cincuenta años y sabe qué, me levanto al alba, todos los días, para ver salir el sol, y aguardo los atardeceres hasta que la

luna se hace blanca en la oscuridad. Y lo hago por ella. Es la única forma que he encontrado de pedirle perdón.

Me brillaban los ojos. ¡Vaya historia!, recuerdo que pensé y después lo dije en voz alta.

—¡Vaya historia tan triste!

—Sí lo es, bueno, lo fue.

—Si usted la sigue recordando, y se hace presente al alba y al atardecer, créame, lo «es» todavía. Es perfecta para una novela.

—¿Es usted escritora?

—Sí, lo soy.

—Interesante.

—Bien, ha sido un placer, Yamir Ravi, pero estoy agotada y voy a retirarme ya, aún tengo que rehacer la maleta.

—Y mañana... ¿a Delhi?

—No, mañana volvemos al camino, pero antes pararemos en Agra. No podemos volver a casa sin ver el Taj Mahal, ¿no cree?

—Desde luego, es una maravilla. Y también una pena que se vaya tan pronto. Solo lleva aquí dos días. La ciudad blanca hay que disfrutarla con calma. ¿Sabía que dicen que es la ciudad de los enamorados?

Me quedé pensando en aquella frase. No en la última sino en la de «solo lleva aquí dos días». ¿Cómo sabía aquel hombre desconocido que llevaba dos días en Udaipur? Yo no le había visto antes. Volví a sentir el vértigo en el estómago. ¿Y si el presentimiento de que alguien me observaba había sido real?, ¿y si había sido él?, ¿había dicho al alba?, ¿al atardecer?, ¿sería el mismo hombre que me vio vestida con el sari rojo en Jodhpur? Me levanté de un salto nerviosa.

—Sí, sí, lo sabía —añadí alterada—. Bueno, gracias por todo.

—Le deseo un buen viaje.

Salí atropelladamente del restaurante, con la impresión de que a aquella cena solo había ido yo a ciegas. Quizá solo era una invención de las mías, una paranoia más, mi mente suele fabular demasiado, es la ficción del escritor, pero en aquel momento la situación me inquietó y me puso en guardia.

Subí a la habitación mareada, quizá por el vino, o por las palabras, quizá porque el hombre me había gustado más de lo que podía reconocer. Su mirada desnudaba. Y es que había conseguido lo más difícil, que me olvidara de él, de mi presencia pegada al costado durante largo rato. Me tumbé en la cama, pero no pude dormirme. Revivía la cena y las señales, les buscaba una explicación. Un desvarío, sabía que no significaban nada, ¿o lo hacían? Me había desbaratado por completo. Imaginé a los abuelos de Yamir Ravi, una mujer inglesa, un hombre indio, una historia increíble, quizá como la de Anita Delgado, aquella española que se casó con el maharajá de Kapurthala. Quizá. Me gustaba imaginar historias de amor con principios felices, como lo había sido el mío. ¿Y aquella cena, acaso había sido el inicio de algo?, ¡qué tontería!, me reprendí, pero, ¿no era extraño que alguien le contase a una desconocida su vida? Me levanté de nuevo y comencé a escribir en el cuaderno. Tenía que olvidarme de todas aquellas ideas tan absurdas que me rondaban por la cabeza. La última frase del cuaderno fue esta: «El tiempo anega cada noche todas las horas del día, y aparecen los monstruos de medianoche a romper el sueño, a maltratarlo». No recuerdo si significó algo, o me vino así sin más, imagino que aquel día tuve insomnio, quizá tuvo que ver con el brillo de una mirada.

# El brillo de una mirada

No recuerdo cuando cogí el sueño, pero apenas dormí unas horas aquella noche. El lago amaneció irisado y me atrajo su despertar. Me asomé a la ventana y busqué el punto donde iba a romper el alba. Y pensé en Yamir Ravi, en que él también estaría asomado en aquel preciso instante a una ventana del hotel. Sentí un cosquilleo en las manos y un sudor frío en la piel. Corrí al baño a ponerme un albornoz para darme calor. De pronto sonó el teléfono, e imaginé que sería el propio hotel y su inquietante despertador de lata. Estaba segura de que Sanjay le había insistido al recepcionista de que nos avisara a todos temprano. Descolgué.

—¡Buenos días, ojos de Abril! —escuché al otro lado del auricular—. ¿Precioso, verdad?

—¡Sí! —contesté sobrecogida.

—Ayer no me dijiste que a ti también te gustaban los amaneceres.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? —respondí a la defensiva, reconociendo, de pronto, la voz del hombre con el que había cenado la noche anterior.

—Disculpa la intromisión, no quería molestarte, ha sido un error llamarte, pero estaba pensando en ti, cuando te he visto en la ventana despierta mirando lo mismo que yo. Y no lo he pensado mucho, ha sido un impulso, he ido a recepción y he preguntado el número de tu habitación. No he podido evitar llamarte.

Se hizo un silencio incómodo. No sabía qué debía responder. No quería herirle, pero tampoco reconocerle que yo también había pensado en él nada más despertarme. ¿Y si era un psicópata aquel hombre? Lo mejor que podía hacer era mantenerme alejada. Yo seguía mi camino, recorrería la India y volvería a mi vida en solo unos días. Ese hombre no tenía ninguna cabida en ella. Además,

¿quién era?, ¿de dónde había salido?, ¿qué hacía hablando al alba con un desconocido?

—¿No dices nada? —preguntó con timidez.

—No tengo nada que decir, Yamir.

—¿Te apetece bajar a dar un paseo conmigo por los jardines?

—No, Yamir, ahora no es un buen momento. Tengo que recoger muchas cosas, cerrar la maleta y prepararme para partir.

—Entonces, solo me queda desearte un buen viaje, Abril. Me gustó nuestra cena de ayer. No todos los días se conoce a gente interesante.

—Gracias, Yamir. A mí también me agradó.

Colgué el teléfono y me acerqué hasta la ventana de nuevo. El sol ya se asomaba en el horizonte y se duplicaba su rostro en el lago. Era una gran bola anaranjada, nítida, enorme. Me recordó al tercer ojo ámbar que nos pintaban en las bienvenidas. Después miré alrededor y entonces le vi. Él no miraba el amanecer, miraba hacia mi ventana. Me saludó con la mano. Y yo sentí un abanico en el estómago. Le devolví una sonrisa algo avergonzada y después me retiré hacia dentro. ¿Quién era Yamir? y, ¿qué quería de mí?, no paraba de hacerme esas preguntas, y todas las posibles respuestas me parecían igual de absurdas.

Me senté en el escritorio y ojeé el cuaderno abierto en el que había estado escribiendo la noche anterior. Algo no funcionaba. Leí y volví sobre las páginas, cada sentimiento vomitado en el papel me angustiaba más, cada emoción era como una montaña imposible de escalar, no me entendía. ¿De dónde sacaba tanto desánimo, tanta amargura?, ¿en qué estaba pensando? Me había perdido en algún punto del camino entre la India y mi casa, y no quería hacerlo más, no, ya no, estropeaba mi tiempo. El futuro. Lo nuevo. El amanecer. Quizá a Yamir. Pensé en bajar a pasear con él. ¿Por qué no?, ¿le hacía daño a alguien? Después, volví a negarme. Así era yo. Qué lucha.

La noche parecía haber colocado cada cosa en su sitio. ¡La noche! No recordaba haber dormido. Quizá pensé en tumbarme, puede que lo hiciera, cerrar los ojos, no preocuparme y luego, luego

me quedé sentada. Había escrito mucho, páginas y páginas de incoherente contenido, de drama, de preguntas sin respuestas, de miedos y humillaciones, qué desorden de sentimientos, de memoria. Tenía que pararlo. Frenar mis manos, el insoportable abandono que no me dejaba vivir, y volver al movimiento, a unir mis pedazos, a querer ser, a conquistar. Por un momento pensé en el último verbo, conquistar, qué gran palabra. Yo nunca había conquistado nada, a nadie. O al menos eso creía. Mientras guardaba mis cosas, me sonreí. El espejo me devolvió a otra mujer. Mi pecho saltaba, parecía emocionado, dispuesto a cambiar.

Revisé el itinerario del viaje. Nos tocaba llegar a la ciudad de Jaipur, recorrer el triángulo de oro. El día se preveía largo. Me di cuenta de que iba a agradecer las largas horas de autobús, el vaivén de la calzada. Necesitaba descansar el insomnio. Y quizá volver a pensar en él. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo, ¿unas horas? ¡Qué condena!, ¡qué estúpida me sentía!, ¿por qué me empeñaba en evocarle si con él ya no estaba viva?, ¿si su piel ya no estaba bajo mis dedos, ni su boca dentro de la mía?, ¿si nuestros encuentros eran, desde hacía tiempo, puras casualidades, nada, una conversación superficial, un desvarío? Dormí, entre interrogaciones, profundamente hasta la ciudad de Chittaurgarh, Chittor, como le decía su gente.

Había leído algo de ella. Lo tenía todo escrito en varias notas que releí antes de bajar a visitarlo. Decían que era el orgullo y el alma de los Rajput, la casta de indios guerreros. Hablaban de ellos, de su heroísmo, de su entrega, con reverencia. Eran hombres que preferían la muerte antes que la rendición. De su ciudad solo se conservaba una ciudadela en ruinas, pero era una estampa preciosa, y sus vistas espectaculares.

Me impresionó el fuerte, y lo imaginé disputando una de aquellas memorables batallas de las que tanto se hablaba en los libros de historia. Krisna nos contó que era un lugar de peregrinación, que algunos todavía la llamaban Bhakti aur Shakti ki nagan, tierra de devoción, o la terraza del Rajasthan, por su altura. Los indios buscaban en ella, en sus ruinas, las raíces de su gente, de sus tradiciones más ancestrales. Había sido capital del reino

Mewar durante casi ochocientos treinta y cuatro años. Y cuando perdió su importancia política, fue quedándose en nada. Pero incluso los escombros habían mantenido la llama viva.

Nos acercamos al templo de Kalika Mata, que estaba dedicado a la diosa Kali, y a dos pequeños templos anexos, el Nagari y el Baroli. Vimos la Torre de la Victoria, Vijay Stambh, de treinta y siete metros de altura, y la Torre de la Fama, Kirti Stambh. También los palacios de Rana Kumba y Fateh Prakash. Finalizamos la visita en el hogar de la reina Padmini, una mugrienta estancia con un solo espejo en un lado del techo desde el cual se veía una piscina verde repleta de musgo. Estaba llena de telarañas. Allí, en aquel espacio abandonado de la mano del hombre, y visitado solo por turistas, Krisna nos contó una historia de amor, una de esas historias indias en las que la mujer, no sé por qué razón, antiguamente, siempre acababa mal.

—La tradición del jauhar o sati, comenzó en este lugar, con su reina, Rani Padmini. Todo el mundo decía de ella que tenía una extraordinaria belleza, pero no fue su belleza por lo que pasó a la historia, sino por su valor. Sacrificó su vida y la del resto de las mujeres de su realeza, para evitar que fueran capturadas por los invasores musulmanes. Sí, se suicidaron y lo hicieron de forma voluntaria y colectiva. Todas ellas sabían que si eran capturadas serían utilizadas y violentadas en los harenes, y no podía permitirlo. Habían oído cosas terribles. Pero la historia comenzó mucho antes, justo cuando Ala-ud-din Khilji, el sultán de Delhi, comenzó a fantasear con la idea de contemplar la belleza de aquella reina de la que todos hablaban. Un día envió a un emisario un mensaje al rey Ratan Singh y le ofreció su amistad y apoyo, a cambio de poder disfrutar del rostro de su esposa un solo momento. El rey, para evitar problemas, habló con la reina y le pidió la gracia. Pero ella se negó, aunque no con rotundidad y aceptó ser contemplarla sobre el reflejo de un espejo. Y todos estuvieron de acuerdo. Cuando Ala-ud-din llegó, por fin, acompañado de sus generales y soldados, estaba ansioso por el encuentro. La reina le esperaba de pie, junto a la piscina de loto, aquí mismo —y Krisna señaló y rodeó con los brazos abiertos la habitación vacía—. Ala-ud-din, la vio en el espejo,

reflejada, solo un momento, pero fue suficiente. Quedó hechizado. Y la deseó, la deseó para él, con tanta intensidad que alterado, salió de la habitación y faltando a su palabra, atacó el reino y se llevó al rey prisionero. Después envió una carta a la reina. En ella, le proponía un trueque: «Su vida por la del rey». El sultán se frotaba las manos, estaba convencido de que la reina aceptaría. ¡Qué afortunado se creía! Pero la reina fue mucho más lista que él. Reunió a sus soldados más fieles, a los más fuertes y valientes, e idearon un plan. Ella comenzó diciendo: «Un hombre enamorado nunca piensa con frialdad y eso nos da una gran ventaja. Bien, aceptaremos el cambio y pediremos que mi séquito de mujeres me acompañe, pero debajo de sus vestidos no se encontrará ninguna dama, sino soldados, vosotros. Así conseguiremos liberar al rey. Creo que es un buen plan. Esperemos que dé resultado». El sultán aceptó encantado. Y de esta forma y por sorpresa liberaron al rey. Pero la lucha no terminó así. El sultán ofendido hasta en las entrañas, buscando venganza, asedió la ciudad hasta el límite de sus fuerzas. Fueron meses aislados, conscientes de su inferioridad, deshonorados. Y una noche decidieron que la lucha les haría libres. Que era mejor que morir de hambre. El rey y la reina lloraban. Se despidieron entre lágrimas. A los niños se les trasladó por la noche, y consiguieron ponerles a salvo. Mientras tanto el gran fuego de una hoguera fue creciendo en el palacio. Las mujeres se vistieron con sus mejores galas y, se despidieron de los vivos. En el crepitar de las llamas de aquella noche oscura, todas aquellas mujeres murieron quemadas. A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, y por sorpresa, los hombres atacaron el campamento del sultán. La batalla fue cruenta. No sobrevivió nadie. Ni un soldado. Ni una mujer. Nadie. Esa fue la recompensa del sultán».

Escribí aquella historia en el cuaderno cuando Krisna terminó. Y una frase final con mano temblorosa, una frase que reflejaba toda la angustia que sentía en aquel momento: «Quizá sea el secreto de alguien o quizá no, ¿quién sabe? Pero, la verdad es que me gustaría serlo».

A la salida del recinto, se me acercó una niña pequeña. Mendigaba. ¿O no lo hacía? Me mostró unos dibujos, dibujos de



niña pequeña, sencillos, con líneas suaves y pocos colores. Mientras los miraba pensé en la maternidad. ¿Por qué no había sido madre? Y me sonreí hacia dentro. Iluminándome el vientre. Quizá estaba a tiempo todavía. Pero ya no sería con él. Con él no, no, no, nuestras miradas se habían perdido en un todo y en un nada líquido. Era imposible imaginar una nueva vida con aquel absurdo abandono en las entrañas.

Miré a la niña de nuevo. Aquellos ojos, tan tristes, podían hablar. Y el rostro sucio, el vestido roto o los pies descalzos negros, sobre el suelo polvoriento del camino, también. Sin embargo, aquella niña sonreía y el escenario me resultaba raro. Era como si su sonrisa no fuera de verdad, ni auténtica. Parecía una gran puesta en escena. Y quizá por eso me enterneció aún más.

El engaño puede llegar a ser perverso.

Le dije que eran muy bonitos sus dibujos, aunque realmente no lo pensaba, también yo fabulaba, ¿por qué no hacerlo?, mentir es algo social, a veces incluso piadoso, lo hace todo el mundo, pensé, me justifiqué, y le compré tres dibujos a un precio de oro para hacerla feliz. Pero mi generosidad no le pareció suficiente y una vez con el dinero en la mano, me exigió los dibujos. Entonces lo entendí todo, aquella niña mendiga, tan adorable, tan sucia, solo era un producto, un medio indecente, un sometimiento, la trampa del turista. Y comprendí. Sí comprendí el engaño: mendicidad encubierta, un disfraz. Aquello me produjo una infinita pena. La niña me miraba implorante, y no tenía la culpa, lo sé, pero yo no quise seguirle el juego, y la rechacé tres veces: «¡No, no, no voy a devolverte los dibujos! —le dije—, ya te he pagado por ellos y además bastante, mucho más de lo que valen. ¡Márchate!».

Y pronuncié aquella última palabra con desprecio; unos minutos más tarde ya me había arrepentido de haberlo hecho. Jamás había sentido tanto frío. ¿Cómo había podido dejarme llevar de aquel modo, ser tan infantil, tan miserable? Lloré. Sí, lloré, avergonzada por mi única palabra, por los meses herida y mi frialdad, por mi cama desordenada que aún esperaba su vuelta, por el inesperado momento de debilidad. Tenía un nudo en el estómago.

Y el siguiente paso del grupo fue ir a comer.

Krisna había elegido para la ocasión un restaurante que casi nos mata a todos. Era el rey de los platos picantes. No comí nada salvo el pan y ya en el autobús, en ruta de nuevo hacia la ciudad de Jaipur, rescaté una manzana de la mochila. Al cogerla me encontré con los dibujos de la niña. Los arrugué con rabia e hice una pelota con ellos. Pero nada de aquello no me hizo sentir mejor.

Qué frío sigo sintiendo cada vez que pienso en este recuerdo. Comencé a escribir:

«¡Qué país tan inmenso es este, qué gran desconocido, qué oscuro y cuánta luz refleja a un tiempo! Por mucho que lo intentemos, los europeos nunca seremos capaces de entenderlo. ¿Puede la vida valer un karma?, ¿no es acaso conformismo?, ¿aceptamos que hay un destino?, y si así fuera, entonces, ¿qué sentido tendría tomar una decisión?

La India es un milagro de la vida».

La noche ya había caído sobre los tejados de Jaipur, cuando entramos en la ciudad. No pudimos ver mucho. Estaba dolorida, la inactividad, el traqueteo del autobús me habían entumecimiento las piernas. El hotel me resultó un lugar plano, frío, nada que ver con un palacio, ni con el lujo indio que habíamos vivido días anteriores. Pero era confortable, europeizado, un lugar común. Nadie nos recibió tocando, ni nos colgaron guirnaldas de flores, ni nos regalaron su sabiduría oriental. Tampoco hubo cóctel de bienvenida, ni pétalos de rosa sobre nuestras cabezas o pies, solo una triste acogida y un gélido mostrador de mármol blanco. Y como entramos, salimos.

En un suspiro.

No recuerdo el piso de mi habitación, pero su ventana estaba muy alta, quizá estuve en el octavo, o en el décimo. La noche era negra. Y afuera solo brillaba algún punto dorado suspendido sobre el suelo. No podían ser estrellas. Me pregunté qué serían. ¿Luciérnagas?

Me acosté enseguida. Y me desperté al alba, los rayos de una luz grisácea se filtraban por la cortina. Mis primeras palabras me sorprendieron: «¡Buenos días, Yamir Ravi!», dije. Y después

descorrí las cortinas buscando la salida sol. ¿Había dicho, buenos días, Yamir Ravi? No me lo podía creer.

No encontré al sol, y un pensamiento me recorrió confuso, ¡tendrás que buscar tu propia luz, tu mirada sobre las cosas, Abril! ¿Era mi madre quién me hablaba?, ¿quién se colaba en mi pensamiento de madrugada?

Jaipur era un cúmulo de nubes cargadas y amenazantes donde solo se vislumbraban, a lo lejos, edificios altos y lánguidos. Delante del hotel había un gran descampado. Y en él, familias, mujeres, niños y hombres viviendo a la intemperie, junto a unas pequeñas hogueras.

Esas fueron mis luciérnagas de la noche anterior, la idea romántica de una mujer occidental, de una mujer alimentada de ficciones, de novelas en tiempo presente, una mujer que paseaba por decorados en vez de por lugares reales. ¡Una desolación!

Me costaba concentrarme.

A veces, la vida no tiene ninguna explicación, ni tampoco sentido. Es un enigma, una manera de fingir que todo va bien, que tu vida va bien, cuando el mundo, y tu propia esencia, en realidad, y poco a poco, se van a la mierda juntas. No tienen prisa.

La utopía es una fortaleza de los vientos. Y yo sigo atrapada en ti, en nosotros, en nuestra última primavera.

Sigo resistiéndome a dejarte ir.

# La fortaleza de los vientos

«A Jaipur, capital del estado de Rajasthan, también se la conoce como la ciudad rosa». Lo tenía apuntado en mis notas. Pronto comprendí la razón. Krisna nos vino a recoger al hotel y nos contó, mientras el autobús avanzaba por las calles de la capital, que era una ciudad muy nueva.

Tan solo tiene dos siglos de vida, dijo, y fue construida por el maharajá Jai Singh II. La ciudad, como otras muchas de esta región, finaliza con la sílaba «pur», lo que indica que es de origen hindú. Fue ideada en forma geométrica y quedó dividida en nueve bloques. Cada bloque y calle fueron asignadas a distintas profesiones, o religiones. La ciudad se convirtió en un reclamo. Era moderna y ancha. Los artesanos y el comercio se instalaron aquí, y la ciudad floreció. Su esplendor fue enorme, sobre todo después de que se construyeran fuertes y palacios, como el medieval Amber, que es el que vamos a ir a visitar.

¡Qué visión!

De pronto de la nada, al amparo del fuerte de Jaigarh, surgió un palacio de ensueño. Sus muros estaban fortificados y parecían crecer hacia lo alto. Acariciaban el cielo. El reflejo de su silueta se bañaba en las aguas del lago Maota. Al descender una marea de vendedores se abalanzó sobre nosotros. Pero mi mirada solo tuvo, aquella mañana, un dueño, el elefante, el símbolo de la India. Me acerqué hasta ellos, les toqué las trompas y el lomo y después me subí sobre su cuerpo. Su piel estaba recubierta de una pelusa negra, pinchaba. Su altura me mareó, también su vaivén. Los elefantes caminaban en fila india, uno detrás de otro, sin ninguna prisa, sin molestarse. Y con esa cadencia llegamos hasta la cima. Allí se abría paso el palacio de Amber. Y la magia, el esplendor, y el misticismo de una época que ya nunca más existiría en la India:

bajorrelieves, motivos florales, grandes ventanales, celosías minúsculas de piedra, espejos incrustados en la piedra, fuentes, jardines, mosaicos de vidrio, arcadas, patios, galerías... Y vistas. Me parecieron espectaculares. Una atalaya, un lugar donde quizá se podía empequeñecer por puro gozo. Desde un paraíso así, todo parecía posible, incluso lo más difícil, escapar de uno mismo, o de la tierra cubierta de sombras. Algo lejano, un sueño, un deseo amenazado por el retorno. ¿Se disolvería al tocar tierra de nuevo mi fragilidad?

Sí, lo hizo. Ese es el regalo del viajero, la sorpresa. Una nube de polvo ascendió por la ladera y se llevó el misterio del paisaje.

Al volver a la ciudad nos adentramos en el casco antiguo de la ciudad. Hervía de agitación, de voces. La gente cantaba. En algún lugar había leído, y lo tenía escrito en mi cuaderno, que los indios agradecían con cánticos la luz del alba. Para ellos ese albor era el inicio de la fe, el comienzo de lo cotidiano. Era bonito escucharlos.

Visitamos el Palacio de los Vientos, Hawe ka Mahal, mientras Krisna nos contaba que se había convertido en el emblema de la ciudad. Alguien le preguntó, ¿y por qué las casas son de color rosa?

—En la decisión tuvo mucho que ver el maharajá Ram Singh. Corría el año 1876, y la ciudad recibía, con grandes honores, una visita muy especial, al príncipe de Gales. Estamos hablando de una época en la que la India todavía era inglesa. Para agasajarle y asear la ciudad se pintaron todos los edificios del centro. No se sabe muy bien por qué se eligió este color, hay muchas teorías. Como fuere, hoy es conocida en todo el mundo precisamente por su tonalidad rosa. Y resulta bonita, ¿no les parece? Pero volviendo al Palacio de los Vientos, como veréis es majestuoso, luego entraremos, y destaca sobre todo por sus grandes ventanales cubiertos por entero con pequeñas filigranas y celosías. Fueron concebidas así para que las damas de palacio pudiesen observar el exterior, la calle, sin ser vistas. Toda esta parte de la ciudad es el corazón de Jaipur, y está llena de vida. Encontrareis bazares o pequeños comercios callejeros donde se pueden comprar todo tipo de cosas, maderas talladas, ropas, pañuelos, plata, sedas. Y ahora les dejo, quizá les apetezca dar un paseo y hacer algunas compras.

Esa fue la primera vez en todo el viaje en la que me sentí libre. Allí, deambulando por aquella calle caótica. Y compré alguna cosa, pocas, pero disfruté con el regateo. Descubrí un país con un ritmo propio, con una filosofía de venta eterna. Era infinita su paciencia. Aunque no la mía.

En el cuaderno escribí: «Tendría que comenzar de nuevo este viaje. Y si lo hiciese lo haría callando, entera, como antes de él, no se puede viajar cargada con una mochila de tropiezos. ¿Hubiera sido el viaje más hermoso de no estar él en mis pensamientos?, ¿y el paisaje más verde?, las ciudades, ¿me habrían parecido más limpias?, ¿me hubiera despertado al alba a ver los amaneceres?».

Pensé en Yamir Ravi y miré al cielo. No era el momento. Estábamos en la mitad del día, aún tenía tiempo, tiempo para prepararme para el atardecer.

De la ciudad rosa guardo postales, recuerdos, fotografías. Una de ellas fue casi una burbuja, un escenario poético. Estábamos comiendo en un restaurante —comía el resto—, yo solo me atrevía con el naan. El pan estaba delicioso, humeaba. Me levanté un momento para ir al aseo, y de camino me encontré con ella. Era una mujer ya algo mayor, sus cabellos le clareaban en las sienes. Vestía un sari, anaranjado con flores y tenía los pies descalzos. Se sentaba a cuclillas sobre un suelo de piedra. Amasaba con un rodillo unas bolas de masa, parecía pan, y las colocaba después en una plancha negra. Vuelta y vuelta. Cuando la tortita ya estaba dorada, la metía entre la leña y la ceniza y, al sacarla la tiraba al suelo, y la golpeaba dos veces. Observé la escena y no podía creer lo que veía: la falta de higiene, la sonrisa de la mujer, sus pies negros rozando la masa, la ceniza en sus manos, el suelo grisáceo, la bondad de un rostro. Y después mi propio abismo.

La mujer me ofreció ayudarla. Y yo, estúpida de mí, me miré las manos y decliné forzada pronunciando un ambiguo namaste. Nada había cambiado, ni siquiera el movimiento o los prejuicios. Volví a mi mesa con la mirada aguada. Alguien me ofreció una tortita. Aún estaba caliente.

Finalizamos el día con dos visitas más y un cansancio enorme.

El Palacio de la Ciudad, residencia del Maharajá y solo en parte, transformado en un museo nos ofreció un paseo por la antigua India: tejidos de otras épocas, tapices y trajes reales, armas bélicas, instrumentos musicales, pinturas, miniaturas, manuscritos y un largo etcétera. Y para terminar, el observatorio astronómico de Jai Singh. Un gran patio con inquietantes instrumentos astronómicos: relojes de sol, astrolabios, áreas semiesféricas que localizan la posición de las estrellas, signos del zodiaco.

Cuando volvíamos al hotel, ya en el autobús, repasé mis notas y apunté algunos datos curiosos para no olvidarlos. Desde la ventanilla vi cuatro grandes avenidas. Y recordé que había leído que Jaipur había sido dividida en nueve partes, como nueve trozos de un gran pastel. Y cada una de las partes se había convertido en un barrio, en un segmento de universo. ¿Pensaron, quizá, como Anita Nair, que la ciudad tenía nueve caras en un mismo corazón?

# Hola, me llamo Abdul.

## Tienda 71

Amaneció un nuevo día y descorrí las cortinas buscando el sol y las sílabas: «¡Buenos días, Yamir Ravi!, dije para mí y sonreí. El saludo a aquel hombre desconocido se estaba convirtiendo en un ritual. Y me gustaba. Sí, lo hacía, me gustaba pensar en alguien diferente para variar, en alguien que no me había herido con las palabras, en alguien que en aquel momento, hacía lo mismo que yo, algo inofensivo, en algún otro lugar del mundo. ¿Dónde estaría?

La ventana reflejó en mi rostro unas grandes ojeras azuladas y un deseo. Ahuyenté el deseo. Y cubrí las ojeras con maquillaje algo distraída. En aquel momento pasó un pájaro que volaba bajo y se acercó a mi ventana. No cantaba. A lo mejor estaba triste como yo. Le saludé con la mano. Huyó. Las hogueras ardían en la explanada, desperdigadas, un punto de luz aquí y otro allá. Todos tenían el mismo frío. Algunos niños, los más inquietos, correteaban ya al alba. Quizá espantaban al hambre a golpe de aliento. Por un momento pensé en el viaje e hice repaso. Ya estábamos al final. Me apenó la palabra.

Final.

Busqué otra palabra, quizá podía encontrar alguna menos definitiva, más adecuada. Y pensé que si tenía otra oportunidad quizá debía desandar lo andado, quizá podía mirarlo con otros ojos, ojos más sabios, menos altivos, ojos sin prejuicios, con corazón, ojos vivos, ¡vivos!, aspirantes de ternura. Me miré las manos, me toqué el cuello, lo acaricié hasta el límite de mis senos y sentí un vértigo oscuro. En aquel momento el sol despuntaba en el cielo. Y repetí su nombre en alto: ¡Yamir Ravi!



Pero, ¿qué me ocurría?, ¿acaso no había sufrido ya bastante soledad?, ¿es que nunca tenía bastante?, ¿cuántas veces podía equivocarme en una misma vida?

Ninguna ventana, ningún amanecer, ninguna puesta de sol, por muy hermosa que fuera, iba a devolverme los años, los errores, las habitaciones ahora vacías y la certidumbre de los más jóvenes. Tampoco la amargura de los meses muertos de silencio. Ni el adiós helado de aquel domingo. ¿Por qué espero al domingo? Recuerdo que las ventanas estaban abiertas, que había corriente, las cortinas blancas ondeaban como las bailarinas sobre un escenario, que el reloj de cuco cantó sus horas exactas, once golpes secos, vibrantes, rotundos, como su maleta sobre el suelo. Inexplicable. Recuerdo las preguntas que quise hacerle y no acertaron a salir de mi boca. Y las piernas y brazos inmóviles, muertos, y las noches de insomnio que llegaron después. Recuerdo todo lo inútil, el llanto que nadie veía, la espera mirando la puerta durante horas, el sexo acariciado por mi mano, disimulando ser otro, el desayuno con dos tazas, el café de sobra, la comida en la basura y el calor, ¡qué calor hacía aquella primavera! Aquellos primeros días pensé mucho en mi madre y en su soledad. Hay historias que se repiten. La vi sentada sobre mi cama, sobre la colcha de colores que ella misma me había cosido a mano, con las piernas cruzadas y las rodillas al aire, con la mirada perdida en un punto de la pared, quizá en aquel cuadro de cristales rotos que un día, ya mayor, tiré a la basura. Todo lo roto llegó a obsesionarme después de él.

Mi madre. ¡Qué sonrisa tenía mi madre!, iluminaba todas las habitaciones, iluminaba la ciudad entera. «Hay ventanas que guardan tesoros, pero hay que saber mirar, luz de Abril».

Mirar. ¿Y si yo no sabía mirar?, ¿por qué ella no me había enseñado?

Le ofrecí al sol, a Yamir, mis preguntas templadas de la madrugada y mis recuerdos. Y escribí en el cuaderno, antes de recoger la maleta de nuevo y marcharme, una frase breve: «Esta noche, Agra».

¡Qué ganas tenía de verla, de pasear por el Taj Mahal!

A unos treinta y cinco kilómetros de Agra hicimos una parada. Las ruinas de Fatehpur Sikri. Krisna nos contó que la llamaban la ciudad fantasma. Recuerdo que pensé que tenían mucha razón. Era justo lo que parecía, una ciudad de viento, una ciudad de fantasmas bañada por un anacarado atardecer. ¡Qué belleza! Abandonada por falta de agua, volaban libres y anárquicas las aves. Las raíces de los árboles invadían y rompían el asfalto. Había sido habitada, pero desde aquello, ya había llovido muchas estaciones.

Al entrar, nos rodearon los niños, al menos una decena, la mayoría eran pequeños y estaban muy sucios. Nos mendigaban pan, dinero, chocolate, galletas. Pronunciaban las palabras en un castellano perfecto. También se nos acercó un muchacho. «Hola, me dijo, me llamo Abdul, tienda 71». Y me señaló un pequeño bazar con ropas de colores. «Tú venir a comprar después, ¿vale?». Le sonreí. Me hizo gracia su forma de hablar, pero no me comprometí a nada. Sin embargo, mi sonrisa le animó y me siguió durante un rato contándome cosas, curioseando. Yo también le hice preguntas. Y me di cuenta enseguida de que Abdul era un genio para los idiomas. Los conocía todos y no tenía ninguna formación, solo un breve contacto diario con los turistas.

Me olvidé de Abdul a la salida del recinto. Y la culpa la tuvo un enjambre de chiquillos ruidosos y harapientos que nos acompañó hasta el autobús extendiendo sus manitas. Me molestó su insistencia. Dolía. Alguien les acercó un bocadillo, una manzana, los víveres que les sobraban del hotel. Me dolió aún más la visión de aquellas migajas en sus pequeñas manos. Los niños huyeron con el botín como un enjambre de abejas, haciendo ruido, peleando por aquellos tesoros. Quizá la tarde pudo consolarles, aunque lo dudo.

A mí, aquellos niños me llenaron de pena, incluso sabiendo que llegábamos a Agra.

Agra, la belleza de la muerte.

# Agra, la belleza de la muerte

Llegamos al hotel al caer la noche. Y el recibimiento fue cortés, aunque sin ninguna alegría. La cena, sin embargo, fue algo agitada. Supongo que tuvo que ver el cansancio, los días acumulados y las emociones. Nos resultaba difícil impermeabilizarnos de nuestro entorno.

Se cuestionó la religión, las supersticiones, la pobreza extrema, las castas, las tradiciones y los hijos. Sanjay intentaba hacernos comprender, pero decía cosas muy raras como: «¿Que puede el río hacer contra el fuego?, ¿y la noche frente al sol?, ¿son acaso las tinieblas más poderosas que la luna?». Preguntas que no tenían respuesta, ni sentido alguno, preguntas que eran pura filosofía.

Estaba tan aturdida y me molestaba tanto aquella conversación sin sentido, fingida, preocupada, ¿qué podíamos hacer nosotros desde nuestro mundo de ricos?, ¿nuestra opinión acaso le importaba a alguien? Un solo individuo no puede transformar un universo, tampoco cambiarlo en un viaje, un hombre solo es una excusa, que pronuncié un breve «hasta mañana» y desaparecí del restaurante.

¿Quiénes éramos nosotros para comprender el misterio de otras civilizaciones?, ¿teníamos algún derecho? Hasta aquel viaje, jamás me había tropezado con tantos sentimientos distintos. Y me dije, ¡escribe!, esto te está golpeando, ¡escribe!, ¡sácalo!

Pero no lo hice.

En el hall había mucha gente y me llamó la atención. Me acerqué a ver. En un cartel ponía que era un encuentro de autores internacionales. Me paseé por sus rostros buscando alguno conocido, quizá alguien a quién había leído, pero ninguna cara me resultaba familiar hasta que de pronto, le vi. Tenía su mirada fija en

mí. Sonreía. Comenzaron a sudarme las manos y quise escapar disimulando, pero fue imposible, me alcanzó y me rozó en un hombro. Sentí una sacudida y cerré los ojos.

—Querida, Abril, ¿cómo?, ¿te vas sin saludar? —dijo sorprendido.

Me giré y le enfrenté. ¿Qué hacía aquel hombre allí, en mi mismo hotel?, ¿era una casualidad?, ¿me estaba siguiendo?, ¿por qué era tan atractivo?, ¿por qué me miraba con aquella luz?, ¿qué quería de mí? Intenté que mi turbación fuese velada por mi sonrisa.

—Querido Yamir Ravi, pero ¡qué casualidad! ¡Volvemos a encontrarnos!

Y tendí mis manos hacia las suyas. Las besó. Me sonrojé.

—¿Huía?, ¿no estaría huyendo de mí? —preguntó algo entristecido.

—No, no, no quería molestar. Parecía ocupado —mentí.

—Querida Abril, ¿molestarme dice?, eso sería imposible. ¡No sabe lo que me alegra volver a verla! Estos encuentros con autores son todos iguales, muy aburridos.

—No me dijo en el lago que escribía.

—No me lo preguntó. En realidad, más que escritor soy editor. Aunque tengo publicado algún trabajo, pero en su mayoría son ensayos que a nadie le interesan. Después de una romántica cena en Udaipur, de contarle mi historia a una desconocida y de ver el interés que demostraron sus ojos, se le agrandaron las pupilas, pensé que quizá me había llegado el momento de la narrativa. Así que creo que voy a escribir una novela, ¿qué le parece sumergirse en la India inglesa y recuperar una historia de amor?

—Me parece que es una imagen encantadora —le halagué.

—No tanto como la suya acariciando sus cuadernos.

—¿Cómo sabe que acaricio los cuadernos? —pregunté inquieta, desconfiando de nuevo y volviendo a sentir un mareo inexplicable que iba del calor al frío.

—Porque miro sus manos, querida Abril. ¿Qué otra cosa podrían hacer sino estas delicadas criaturas? Una mujer que escribe a mano es un tesoro.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no nos habíamos soltado las manos en ningún momento y las retiré con brusquedad.

—¿Por qué habla así?, parece recién salido de un cuento cursi.

—¿Y tú, por qué me tratas de usted?, ¿por qué pones esa distancia enorme?, ¿de qué tienes miedo, Abril?

—Querido Yamir, le trato de usted porque es un desconocido y una cena no ha cambiado nada. Además no pongo distancia, ni tengo miedo. ¿Debería?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ofendido.

—¡Bien!, celebro oírlo. Le dejo con su encuentro de autores, yo me retiro. Estoy cansada y mañana nos espera un día muy especial.

—Me temo que no podremos contemplar el amanecer, nuestros buenos días van a estar cubiertos por la niebla. He oído en la radio que mañana también lloverá.

Pronunció aquellas palabras como si nada, pero yo sentí que me desmayaba, que se me hacía un nudo en la garganta. ¿Podía saber Yamir que yo me despertaba cada día al alba, que descorría las cortinas, que buscaba al sol, que le deseaba los buenos días desde la cena del lago? ¡Era imposible!, ¡imposible!

—¡No puede ser!, ¿lloverá mañana?, también es mala suerte —dije suspicaz.

—No sé si la suerte tiene mucho que ver con que llueva o no. Más bien, el destino. ¡Tendrás que volver a Agra en otra ocasión! Yo podría hacerte de guía —dijo guiñándome un ojo.

Y yo le sonreí. Y asentí.

—Estoy segura de que serías un buen guía. Me alegra haberte vuelto a ver, Yamir. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Abril!

Me acompañó hasta el ascensor y se despidió con una inclinación. Luego me tomó las manos y las besó con cadencia, sin prisa.

Yamir parecía salido de un cuento antiguo, o del siglo pasado. Era diferente a todos los hombres que había conocido, y eso me gustaba, sí, me gustaba, ¿por qué negarlo?

Ya en mi habitación miré a las paredes. ¿Tendrían alguna cámara? Me angustiaba la idea de poder ser observada. No vi nada, y mientras me duchaba descarté aquella paranoia y le añoré otra vez. A él. Siempre a él. Nos gustaba ducharnos juntos. Yo le enjabonaba y después él lo hacía conmigo. Era nuestro ritual al despertar los fines de semana. El agua ardiendo cayéndonos a partes iguales.

Al terminar me envolví en un albornoz blanco y me senté a escribir. Comencé así: «¡Con qué claridad habla una mirada!». Pensaba en Yamir. Y después me surgieron palabras sueltas: piel, abrazo, locura, roce, amanecer, movimiento, riesgo, caída. No, no podía volver a caer. ¡Era demasiado largo el alud!

Escuché un leve sonido en la ventana y me acerqué hasta ella. Ya llovía. Yamir tenía razón. Quizá era el destino, también la lluvia había bañado la visita de María y Sanjay hacía mucho tiempo ya. Ese día fue su despedida.

Cerré el cuaderno y me acosté. Me entristecía estar sola. Las sábanas no se calentaban. Mi cuerpo no podía con ellas.

Cogí el libro de la mesilla, «Donde el corazón te lleve» y que colocaba con mimo, en cuanto entraba, en cada una de las habitaciones de los hoteles dónde habíamos estado en la India. Formaba parte de mi paisaje, como la maleta abierta, las prendas revueltas y el perfume de Rochas en la almohada. No había avanzado demasiado en su lectura. Descubrí un fragmento subrayado en lápiz y no pude recordar en qué momento lo había marcado. Decía mucho, decía esto: «¿Hacia dónde estamos yendo?... La comprensión exige silencio. Cuando era joven no lo sabía, lo sé ahora que merodeo por la casa muda y solitaria como un pez en su esférica pecera de cristal (...) La mente es prisionera de las palabras, si hay un ritmo que le pertenece es el ritmo desordenado de los pensamientos; el corazón, en cambio, respira, es el único que late...».

Late, sí, mi corazón late y dudan mis palabras. También mienten, sobre todo cuando salen fuera y son pronunciadas.

Me quedé dormida pensando en ello. Hasta que unos golpes suaves me despertaron. Miré el reloj. Eran las cinco y media de la

mañana. ¿Cuándo habían volado las horas? Me acerqué a la puerta de puntillas y volvieron a sonar. Después alguien pronunció mi nombre en un susurro y yo comencé a temblar.

Y le abrí.

Nos miramos y un segundo después sus labios ya rozaban los míos. Y su lengua atravesó un umbral desconocido. El deseo se hizo líquido, anhelante. Sus manos me envolvían el cuello, me desordenaban el cabello. Hoy, mientras reescribo esta novela, todavía me ruborizo. Cerró con cuidado la puerta y me recogió en sus brazos. Me tumbó sobre la cama y allí ocurrió demasiado, ocurrió todo, ocurrió la carne y la dicha, el estrépito y el gemido, ocurrió la unión.

Al despertar seguía lloviendo, escuchaba su cantar sobre mi ventana. Me levanté con cuidado, deslizándome entre las sábanas y descorrí las cortinas. Agra, como había dicho Yamir, estaba encerrada en una bruma espesa. Le miré y sonreí. Dormía. Me pareció un sueño lo que había ocurrido, una locura. Mi yo racional comenzaba a despertar y quería ahuyentarlo, pero volví a la cama y le abracé. No quería hacerme preguntas. Yamir se movió hacia mí. Se movió dentro de mí de nuevo. Resbalamos entrelazados, como la lluvia en los cristales.

Caer, caer. Eso fue lo que hice, caer y pedirle que no me soltara, que volviera aquella noche y todas las noches. Pedimos el desayuno en la habitación, pero se quedó en las bandejas. Nos despedimos entre besos. Cuando bajé al autobús el grupo ya me estaba esperando. Y al ver sus rostros me entró la cordura. También la vergüenza. El pesimismo siempre acaba venciendo y las preguntas llegan sin remedio. Pero, ¿qué estás haciendo?, me dije, me interrogué, ¿qué has hecho, Abril?

Llegamos al Fuerte Rojo, Laal qilaa, y me concentré en lo evidente. En la historia. Krisna nos contó que había sido construida por Akbar, a mediados del mil quinientos. Que muy pronto se convirtió en ciudadela y que los sucesivos invasores y monarcas que lo ocuparon después fueron dejando su impronta. Su aspecto rojizo se debía al material con el que había sido construido, arenisca roja. Desde una de sus terrazas se podía adivinar a lo lejos el Taj

Mahal, aunque la espesa niebla lo convertía en una quimera. Había leído y lo tenía escrito en mis notas también, que el monumental mausoleo había sido una prueba de amor, construida a la muerte de la emperatriz, la tercera mujer del emperador. Él la amó profundamente, la amó tanto que no pudo soportar su muerte y ese fue el motivo de hacerla brillar. El Taj Mahal se convirtió en su vida, en ella, en el color de un encuentro, en lo irremediable del destino. Y mirarlo, le hacía feliz, la devolvía a sus brazos.

Lo entendí mejor cuando entramos en el recinto. Desde la oscuridad del arco de la entrada su visión enmudecía. Incluso en penumbra blanca, incluso bajo una cortina de agua. Y pensé, mientras me mojaba y me acercaba a sus pies, que algunos llegaban a acostumbrarse a la pérdida, la convertían en dimensión, en algo inabarcable. Otros solo eran capaces de utilizar las palabras, los hechos, o el silencio. Cada uno se resistía a la soledad con sus propias armas. La soledad era lo más difícil, más incluso que el desamor.

Sus formas y proporciones mostraban un equilibrio perfecto. Y sobre el edificio había una gran cúpula, el centro de la muerte, el principio de la vida. Los extremos estaban formados por cuatro minaretes, ligeramente inclinados hacia afuera. La fuente los reflejaba, formaba dos cuerpos celestes. El interior estaba vacío. La nada envolvía sus tumbas, la de la emperatriz y la del mago, el artífice, el emperador Shah Jahan. Me di cuenta de que la luz caminaba sobre el mármol, lo transformaba. El cielo grisáceo, había oscurecido su blanco. También el mío. ¿Cómo iba a reconducir aquella historia, aquella locura?, ¿tenía sentido?

La noche la cerró un espectáculo, una obra de teatro de Bollywood. Busqué en internet el significado de la B y descubrí que era un juego de palabras, la unión de la primera vocal de la ciudad de Bombay —centro de estudios y meca del cine indio— y la famosa americana, Hollywood. Aquella noche nos hablaron del amor, del emperador y la emperatriz. Hubo baile, y un solo fondo, el Taj Mahal.

Al volver al hotel sentí de pronto mucho miedo. No sabía si quería volver a verle, no sabía si podía pasar otra noche con él. ¿Acaso significaría algo una noche juntos? ¿Encontraría en las



caricias alguna intimidad desconocida? Me ahogaba. Necesitaba pensar, estar sola, debatirme, escribir, echarle de menos antes de volver a meterlo en mi cama, cenar, saciarme. Ya quedaba menos. Me iba.

¡Me iba!

«Y mañana, a Delhi», eso fue lo que me dijo en la ciudad de los lagos. Eran horas de despedidas no de inicios. Pero, ¿qué estaba haciendo?

Cuando entré en mi habitación me encontré un escenario de ensueño. Había pétalos de rosa rojos esparcidos por la cama, su fragancia envolvía. En el centro habían colocado una mesa. Estaba preparada al detalle, velas, blancas platos azules, flores de varios colores, y una nota.

Leí: «A las once».

Miré el reloj, apenas me quedaba media hora. Comencé a ponerme muy nerviosa. No tenía forma de avisarle. Me desvestí con rapidez tirando las prendas al suelo y me fui a la ducha. Y al entrar al baño lo vi. Lancé un grito. Un sari dorado vestía a un maniquí sin rostro. Me llevé las manos a la boca. Era el mismo sari que me había probado en aquella tienda del palacio de Jodhpur. Comencé a atar cabos. Aquel hombre misterioso que me lo había querido comprar era Yamir Ravi, ahora estaba claro. Y aquella sensación de que me seguían, aquel vértigo de que alguien me observaba, era cierto. ¿Qué quería Yamir de mí?, ¿por qué yo?

Me duché, me extendía una pequeña capa de crema por el cuerpo y algo de carmín en los labios. Y le esperé desnuda. Pensé que era una forma muy literaria de que afrontar nuestra verdad.

Aún me sobraron diez minutos y los utilicé para leer: «Durante esa noche repentinamente me había dado cuenta de una cosa, y era que nuestra alma y nuestro cuerpo hay muchas pequeñas ventanas y a través de estas, si están abiertas, pasan las emociones, si están entornadas se cuelan apenas; tan solo el amor puede abrirlas de par en par a todas y de golpe, como una ráfaga de viento».

Yamir entró sin llamar. Lo esperaba. Si había organizado todo aquello, estaba claro que tenía forma de hacerlo. Arqueó una ceja y

sonrió.

—¿Aún no estás preparada?

—Sí, lo estoy. ¿Quieres cenar, hacer el amor, o contarme la verdad?

Yamir se sentó en la cama. Parecía triste.

—Me enamoré de ti nada más verte. Estaba en aquella boda, en Jodhpur, ¿recuerdas? Se casaba un gran amigo mío y al verte pasar se me cortó la respiración. Te seguí, descubrí tu habitación. Más tarde, cuando te retiraste fui por los jardines, conozco bien el palacio, podría decirse que me he criado en él. Mi amigo es el hijo del Maharajá. Te vi desnudarte, meterte en aquel baño de espuma, llorar, escribir, yo estaba fuera, en el jardín. Recuerdo que te acercaste hasta la ventana, y todo estaba muy oscuro. No pudiste verme. Miraste a las estrellas y yo solo podía mirarte a ti. No podía dejar de mirarte. Cuando te vi despertar te seguí, y más tarde por los pasillos, y también estuve junto a ti en el desayuno, aunque tú no lo sabías, me derretía con cada uno de tus bocados, pero estabas siempre con gente alrededor y no me atreví a presentarme. Parecías tan triste. Cuando te probaste aquel vestido, el sari dorado, creí enloquecer. Y decidí seguir tus pasos. Y contemplarte en la distancia. Ni siquiera imaginé que fueras a fijarte en mí, pero cuando aceptaste cenar conmigo, pensé que quizá mi suerte podía cambiar.

—¿Algo de lo que me contaste en aquella cena del lago fue verdad?

—Todo. Todo lo que te conté fue de verdad. Y todo lo que pasó anoche fue de verdad.

—¿Eres editor, escritor?

—No, eso no. Te observaba y pensé que si me mezclaba entre aquellos autores quizá podía tener una coartada para acercarme. ¿Resultó, no crees?

—Sí, resultó. Fue muy conveniente.

—Te amo. Estoy seguro de que encontrarte ha sido mi destino.

—No, no lo hagas, no me ames, no me hables de destinos. El amor siempre llega tarde, el amor lo estropea todo. Y además yo no

creo en el destino. Y menos en este, ¿no te parece que seguir a alguien tiene poco de destino y mucho de obsesión?

—¿Por qué dices eso?, yo no estoy de acuerdo. Apareciste en Jodhpur y yo no te esperaba. Te vi pasar y mi corazón dio un vuelco, se paró. Se me seca la boca de verte así, desnuda ante mí y no poder tocarte. Me estás volviendo loco.

—¿Loco?, ¿me estás diciendo que esto no es un juego, que no soy el capricho de un hombre rico?

—¡Claro que no!, ni juego ni capricho, eres un sueño para mí, Abril. Ojalá no dejes que se desvanezca.

—¿Quieres ayudarme?

—Claro, dime qué tengo que hacer, lo que sea, necesito que me creas. Jamás había sido tan sincero con una mujer.

—No sé ponerme el sari.

Yamir me sonrió y respiró. Cogió la tela, que había dejado sobre la cama y me la pasó.

—Esta prenda se llama cloli. Es la parte de arriba.

Me la coloqué.

Yamir se me acercó. Y apoyó su mano en mi cintura. Su mano estaba ardiendo, la seda fría. Sentí un escalofrío que me recorrió la piel. Y comenzó a darme vueltas, siguiendo el sentido contrario de las agujas de un reloj. Creó unos pliegues en el lado izquierdo de mi talle, justo a la altura del ombligo, y me rozó los pechos con los dedos. Nos miramos. Conteníamos la respiración. Después introdujo los pliegues y se abrieron formando una flor, parecía un abanico. La tela que sobró la colocó sobre mi hombro izquierdo y la dejó caer.

—¡Estás perfecta!

Le sonreí.

—Ahora, ¡quítamelo!

# Y mañana, a Delhi

Cuando desperté, a la mañana siguiente, Yamir no estaba en la habitación, pero la cama estaba revuelta, el sari tirado en el suelo, y la cena para dos sin probar. No había sido un sueño. Lamenté su huida. ¿Por qué todos los hombres huían?

Había conseguido herirme.

Recogí mis cosas con rapidez, las metí en la maleta sin orden y me duché con el agua ardiendo. En mi piel aún tenía sus restos, los froté con vigor. Me daba miedo interrogarme, incluso mirarme al espejo. Me daba miedo haberme vuelto a equivocar, ¿por qué siempre me pasaba lo mismo? La manera en la que había terminado nuestro encuentro me atormentaba.

Hubiese querido amarle de nuevo al alba, despedirme con palabras, haberle dejado hacerme promesas tontas al oído, promesas irreales, yo qué sé. En realidad, no sabía ni lo que quería. Sobre la mesa del escritorio, encima de mis cuadernos, encontré unas frases escritas a grandes trazos, no eran suyas, estaba segura, me sonaban, las había leído en algún lugar: «Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor».

Me hicieron llorar. Y más cuando descubrí que eran de Benedetti.

En la recepción del hotel me esperaba mi grupo. Pregunté si tenía algún mensaje, pero no había nada a mi nombre. Le imaginé mirando, triste, escondido en algún rincón del hall, como había hecho en los anteriores hoteles, pero esta vez mi adiós era definitivo.

El viaje se me hizo corto hasta Delhi, y lo pasé escribiendo. Había sido demasiado increíble lo que me había ocurrido. Inventé

con las palabras una historia, una escapatoria, excusas, no tuve la valentía de afrontar que a mí también me había seducido aquel destino. Que quizá ya le amaba.

¿Le amaba? Era imposible. No, no, no podía ser.

En Delhi me despedí de mi grupo con pena, de cada uno de ellos, guardo todavía un cariño muy especial. También de Krisna. Estábamos a años luz unos de otros, unos tan felices, tan jóvenes, otros, como yo, en ruinas. Ellos volvían a España. Yo me quedaba. Unos amigos que vivían en Delhi me esperaban. Quería comprobar cómo subsistían, cómo sobrellevaban aquella tierra de contrastes, cómo era el día a día de una familia europea en la India.

Quería nutrirme, seguir comprendiendo lo visto, profundizar. Aprender aún más de lo desconocido.

Quería entender.

Abracé a María y a Sanjay largo rato, el viaje les había unido todavía más. Se les veía tan felices que no pude por menos de envidiarles. Prometimos que nos veríamos a la vuelta, que volveríamos a pasear juntos por Delhi.

Prometimos, prometimos, la vida está llena de promesas rotas.

La vida de Ángeles en Delhi era tranquila; a su manera, como podía y la dejaban, había ido adaptándose a su cotidianidad y había conseguido lo más difícil, un milagro, vivir y desenvolverse con naturalidad. Me mostró cómo resolvía los quehaceres del día a día, cómo había aprendido a entender su papel y cómo, poco a poco, había encontrado una rutina que la mantenía cuerda. Viva. Sí, porque la vida en un país como la India era impactante, y muy dura. Me habló de su filtro imaginario, una especie de coraza con la que se vestía, un cristal opaco desde el que miraba y se protegía cuando salía de casa. No soportaba volver con el alma rota y el corazón encogido. Niños descalzos, despeinados, sucios, se le acercaban y extendían sus manitas. Sus ojos lloraban; mendigos sin brazos o arrastrados en un carro que golpeaban el cristal del coche para conseguir unas rupias con las que aguantar la jornada. Esa visión diaria dolía. La desgarraba. Y le hacía repetirse un mantra que de

tanto nombrarlo ya resultaba familiar: «no intentes comprenderlo, no intentes cambiarlo».

Con Ángeles visité un mercado, INA Market y agradecí pasearme entre los puestos sin las prisas impuestas por Krisna. ¡Qué contraste, qué caos, qué diferencia con nuestros supermercados todos immaculados y ordenados! Las calles entre los puestos las recorría una canalización abierta que iba recogiendo las aguas sucias con las que los tenderos limpiaban sus locales, eran riachuelos de inmundicia; había que caminar con cuidado para no mancharse los pies. Las merceditas tampoco resultaron apropiadas en aquella ocasión, se me embarraron por completo. Decidí que no volverían a casa. Me fijé que Ángeles calzaba unas chanclas abiertas y que caminaba ajena al lodazal, pisando los charcos de barro y suciedad. Ni siquiera prestaba atención a los cúmulos de basuras que discurría por el centro de la calle. Los esquivaba con la maestría de un nativo. Su confianza me desarmó. Y sonreí pensando que se había mimetizado con el paisaje.

Mientras Ángeles despachaba un pedido sin fin con el frutero y se peleaba con los precios, me animé a dar un paseo por libre. En un puesto que había en la esquina más próxima a la frutería, encontré un pequeño local donde vendían de casi todo. Me entretuve en el mostrador de especias. Las ofrecían en saquitos o a granel. Su colorido era atrayente, rojos, pardos y amarillos, verdes y marrones, me seducía su aroma, pero no compré. La India y yo habíamos tenido una desastrosa sintonía en cuanto a la alimentación. Más adelante el olor se volvió agrio, repugnante, casi irrespirable. Me cubrí con el pañuelo la cara. Enseguida descubrí de dónde provenía aquel hedor. El cacareo de los pollos me lo aclaró. Hacinados en jaulas, decenas de pollos esperaban su turno, el filo de la muerte. Un dependiente, encaramado en un mostrador, manejaba un enorme cuchillo con el pie. Su maestría era extraordinaria. ¡Qué agilidad! Sujetaba al pollo y lo despellejaba a diestros manotazos, después lo descuartizó aún humeante. La estampa me dio unas enormes ganas de vomitar.

En aquel momento Ángeles me alcanzó, y soltó una enorme carcajada:

—¿Cómo creías que llegaban los pollos a la bandeja del supermercado? —se burló—, estás blanca como el papel, Abril, a ver si te vas a desmayar. —Y me sujetó del brazo—. La verdad, es que yo ya me he acostumbrado, pero tengo que confesarte que cuando lo vi por primera vez no pude resistirlo y me juré a mí misma que no comeríamos carne nunca, pero ya ves, una se va haciendo de hierro, va interiorizando que todo lo que le rodea es normal, y llega hasta aceptarlo.

—¡Un pollo, por favor!

Y yo vomité allí mismo. Nadie se extrañó.

Continuamos viendo puestos, aunque yo ya no tenía el cuerpo para muchas alegrías. Vimos varias tiendas de ultramarinos con estanterías repletas de botes de conservas, muchas de sus marcas me eran familiares. Carnicerías con piezas de cordero colgadas del techo. Y alguna pescadería. Volvimos con la compra en un tuk tuk.

Otro día Ángeles me llevó a un barrio por el que adoraba pasear. Visitamos exclusivas tiendas con tejidos delicados, muebles orientales, joyerías y ropas de firma. Había una sastrería de caballero con elegantes chaquetas Nehru, y zapatos de señora que parecían recién salidos del cuento de las mil y una noches. En aquellas tiendas no se podía regatear. Eran franquicias para extranjeros e indios de clase alta. En una esquina encontramos un café con bollería francesa y no nos pudimos resistir, sus dulces llamaban demasiado la atención. Tampoco, pudimos evitar la comida asiática. Ángeles la adoraba y en aquel barrio había multitud de restaurantes.

Visitamos otros barrios más modestos, más reales, populares, estaban muy concurridos. Los paseos por Delhi me abrieron los ojos. La vida en la India era definitivamente muy diferente a la nuestra. Menos libre. Caótica. Por zonas inhumana, pero tenía un encanto especial. Había muchos mercados y la belleza de oriente me tentó continuamente. Me enamoraron los elefantes. Ángeles regateaba todo el tiempo y conseguía precios asequibles. Me entusiasmó el rito de comprar, era todo un arte, y

comprobé que solo se terminaba de danzar cuando el vendedor asentía. Siempre ganaban ellos.

Uno de los lugares que más me cautivó fue el mercado de las mujeres rajastaní, que vimos a la vuelta de otro mercado, el tibetano de Janpath. Allí había una larga fila de mujeres, vestidas con saris o con kurtas coloridos. Vendían pashminas, bolsos, mantelerías, neceseres... un imperio textil. Me enamoré de un cojín color púrpura que tenía un elefante bordado en hilo plateado nada más verlo. La vendedora me sonrió. Y comenzó a sacar del fondo de un baúl otras fundas, cojines casi iguales al primero, pero con otros coloridos. Yo le insistía que me había gustado el primero, pero ella siguió mostrándome más y más mercancía. ¿Cuántos cojines pensaba que necesitaba? Su despliegue me saturó. La vendedora del puesto de al lado, extendió un camino de mesa, tenía encajes rojos y dorados. No era mi estilo y no presté atención. Lo cambió por otro. Uno de patchwork. Yo seguía agarraba a mi primer cojín y empezaba a estar un poco harta de tanta insistencia. Quería marcharme. Ángeles se dio cuenta enseguida, y preguntó el precio del cojín. Y así comenzó el juego. Se lo pasaron fenomenal. Una decía un precio, la otra reía y proponía otro, la otra negaba, proponía otro, la otra se escandalizaba, proponía otro, la otra se ofendía, proponía otro, la otra se marchaba, proponía otro y así hasta que después de quince minutos eternos se pusieron de acuerdo. Yo estaba mareada. Ellas parecían felices.

Aquellos días fueron intensos, disfruté de la amistad y de las confidencias, sus largas horas me pasaron por encima sin prisas. Charlamos durante horas, de todo y de nada al mismo tiempo. Llevábamos mucho tiempo sin vernos las caras. Me preguntó por él. Era inevitable, él siempre estaba ahí. Le conté, con una humeante taza de té masala delante, que nuestra relación se había roto hacía meses:

—Yo quería más. Quería hijos, y una boda a la antigua, quería un compromiso y una familia, quería un perro y un gato. O dos perros. Quería una casa con jardín, quería árboles y cenas en compañía. Quería..., pero él no. Él no quería nada. Le bastaba con nuestra vida.



Ángeles me escuchaba sin decir nada. Le apenaba mi abatimiento. Aunque ella también tenía el suyo.

Quise hablarle de Yamir, confiarla mi locura, pero no pude, de Yamir no. ¿Había existido de verdad aquella pasión india? Todo parecía un sueño. Un sueño extraño.

Ángeles me confesó que salía poco de casa y que cuando lo hacía, salvo por el barrio, iba acompañada de su chófer. Le daba seguridad. Me contó que sus jornadas eran eternas, y su lucha diaria, que la imagen de la India era irreal, un catálogo de turismo, pero que sus colores habían resultado demasiado ásperos para vivir. Sobrevivían, eso me dijo, aún puedo oírla:

—A veces me da miedo el entorno y mi propia frialdad. No soy la misma desde que vine. ¿Recuerdas la ilusión con la que preparamos las maletas, los vestidos? Ya no queda nada de eso. Tanto entusiasmo dio lugar a una frustración sin límites, porque no les entendía. Sigo sin hacerlo, aunque hablen en inglés, no soy capaz de comprenderles. No he podido con la falta de higiene, y todo me da aprensión, sobre todo la comida en los restaurantes o en los puestos callejeros. Y no mejora con los años. Sigo sin sentirme segura, el tráfico es enmarañado, la calidad de los alimentos dudosa; y luego está el eterno problema de la pobreza. No puedo con ella, Abril. Me aísla. Siento una nostalgia enorme de lo nuestro, de la Navidad y los paseos por el parque, los supermercados, los amigos, la libertad de poder moverme sola, no tiene precio. Hemos ido superando etapas y la rutina ha ayudado, pero sigo sin entender este lugar, ni a su gente. Y tampoco puedo cambiarlo. La realidad nos abofetea todos los días. Lo hace continuamente. Y encima Nando se ha enamorado del arte oriental. Convertido en coleccionista, Buda es nuestra casa, está por todas partes.

—Ya me he dado cuenta, pero me gusta.

—Sí, a mí también —dijo riendo—. Hoy me gustaría enseñarte algo. Hay algo en Delhi que me enamoró en cuanto las vi y no quiero que te vayas sin contemplarlas, son una reliquia. ¿Sabes?, nunca había oído hablar de este lugar. Y no se llevan a los turistas a visitarlo. Pero un día, descubriendo Delhi, y las siete

ciudades que componen su antigua urbe, las descubrí por casualidad. Las llaman baolís.

—¿Baolís?

—¡Sí!, son unas pozas muy profundas. Y antiquísimas. Ya se utilizaban antes de la llegada de los mogoles. En ellas se recogía el agua que caía en verano, en la temporada de los monzones. Y ese era el agua que sus gentes utilizaban el resto del año. En Delhi, los monzones son muy importantes. El calor se hace insoportable en verano, y la lluvia da una tregua, limpia la ciudad y llena los lagos y estas pozas. Hay varios baolís en el Rajasthan, en el estado del Gujarat, pero yo te voy a enseñar uno que está aquí, cerca de Connaught Place, se llama Agrasen ki baoli.

Al llegar subimos cuatro peldaños y atravesamos un arco. Y de pronto los vi. ¡Eran pozos!, de una belleza espectacular.

—Ya sabes, la arquitectura es lo mío. Cuando pienso en la mano del hombre y en su control de la naturaleza se me encoge el corazón. ¿Te das cuenta de la maestría, de la perfección de este lugar?

—Me parece increíble que haya perdurado, que haya podido soportar el paso del tiempo.

—Bueno, ya no se utilizan—dijo—, al menos de forma oficial, aunque algunos lugareños todavía los usan, sobre todo para el aseo o en verano, para refrescarse. Cuando el calor arrecia en la India es insoportable. Has tenido suerte de venir en invierno, porque en unos días, a partir de la fiesta del Holi, que suele caer en marzo, aunque no tiene un día fijo, depende del sol, el calor va aumentando y sube tan rápido que apenas tienes tiempo de habituarte.

—¿Qué es el holi?

—Es una fiesta muy popular. La gente sale a la calle y lanzan al aire polvos de colores. Es precioso. Celebran la llegada de la primavera, el triunfo del bien y sobre el mal, de la vida sobre la muerte.

Durante aquellos días grabé en mi retina cientos de escenas cotidianas de la India, que después describí con detalle en mis cuadernos, como la de aquel vendedor que empujaba su bicicleta cargada de escobas y plumeros y me parecía que gritaba ¡pay pay!

por la calle, o aquellos puestos en plena acera donde te decoraban la piel con henna. ¡Qué especiales me parecieron, aquellos días, mis manos tatuadas, eran como mariposas! Perros que olisqueaban basuras, que parecían perdidos, o carritos de comida callejera que me atraían, pero que no me atreví a probar. La última noche cenamos en familia, comida casera que Ángeles nos preparó con mimo. Bebimos cerveza e hicimos balance del viaje, de la experiencia, de los recuerdos más vivos, de las miradas, de las gentes de la India, aquellas que habíamos permitido que nos tocaran el alma. Nos reímos de nuestra inocencia. ¡Cuánta utopía habíamos traído en las maletas! ¡Cuánta realidad me llevaba!

Me dejaron descansar un rato. El vuelo partía de madrugada. Ordené mis últimas notas, rehíce el equipaje, y guardé los regalos que había comprado. No eran muchos. Pensé en Yamir y agradecí su huida. Era mejor volver. Olvidarme que aquel encuentro había existido. Quedarme solo con el deseo, el sexo había sido bueno, muy bueno, me había hecho sentir viva, preciosa, querida y, en cierta forma, también me había liberado de la tristeza que guardaba dentro. Además, sabía que la India no era un lugar para mí, como tampoco lo había sido para María en su día, ni era fácil para Ángeles. Necesitaba recuperar la cordura, arrancarme de la piel, del cuerpo, de la mente el abandono de meses, el mío propio, el de él, también el abandono de una noche de hotel, y seguir adelante.

Pero, ¿y si Yamir me lo hubiera pedido?, me pregunté, ¿me habría quedado en la India? Era mejor no responderse a aquella pregunta. ¿Por qué me la había formulado? ¿Dudaba?, ¿tan pronto? ¿No era mejor no depender de las preguntas, no mentirse por las mañanas? Mi tormenta seguía, la tenía encima. ¿Por qué un breve encuentro se negaba a morir, a extinguirse?, ¿por qué era tan complicada?

Miré el libro que tenía en la mesilla, el que hablaba del corazón, el que se desnudaba en cada página y, me dije en voz alta, mirándome al espejo, ¡Dios mío, Abril, te has enamorado de Yamir!, pero ¿cómo?, ¿era eso posible?, no, no, era una locura, un sin sentido, una ilusión vana, pensaba mientras acariciaba el sari

dorado y sentía entre las piernas su recuerdo. Palpitaba. Le echaba de menos.

Lamenté marcharme tan pronto, y sin resolver nada, lo hice con un nudo en el estómago. Volvía a casa con más amor, con más dudas, en la cuerda floja.

Cuando abracé a Ángeles le deseé fuerza, también que disfrutara de la India. ¡A mí, al final, me había cautivado!

Un taxi vino a recogerme. Lloré cuando les miré por última vez, agitando sus manos en la distancia. Al volverme, el taxista, un indio tocado con un turbante naranja y algo mayor, me estaba mirando. Me pareció insolente su examen a través del retrovisor y sentí una punzada de miedo en el costado. Estaba en sus manos. Me aferré al móvil y marqué el número de Ángeles, pero no le di a llamada. Mis labios se abrieron un momento. Luego, callaron.

Fui en tensión todo el camino. Los ojos de aquel hombre me quemaban, sabía que me miraban. Quizá se hacían preguntas. También yo me las hacía. Pero sus preguntas y las mías no tenían la misma dirección.

Las calles de Delhi estaban vacías, y aquello sí que fue una sorpresa. Sobre todo por el silencio. Parecía una ciudad muerta.

De pronto, vimos un coche parado en el arcén con las luces encendidas. El taxista aminoró la velocidad y al pasarle, el coche se puso en marcha. Y se colocó detrás de nosotros. Nos seguía. Mi corazón comenzó a bombear a mil por hora. El taxista me miraba y después observaba al coche. Me pareció que estaba preocupado. Sentí el impulso de escribir a Ángeles, de pedirle ayuda. Algo me decía que iba a pasarme algo.

«Nos sigue un coche. Tengo mucho miedo».

Y le di a enviar.

Escribí otro mensaje en el que solo puse una palabra: «secuestro», y lo mantuve en pantalla. No podía enviarlo todavía. Esperé una señal. También una respuesta que no llegó. Les imaginé durmiendo, ajenos a mi tragedia, una tragedia que, probablemente era una ilusión, espejismos míos.

Fuimos alejándonos de la ciudad y la noche se volvió más negra. El taxista aceleró. Pero el coche seguía detrás. Yo sudaba,

me moría de miedo. Estaba prendida entre los ojos inquietos del taxista y las luces de atrás que no podía dejar de mirar. Me tenían hipnotizada. Y al fin vi el aeropuerto, estaba ahí, sus luces marcaban el camino de vuelta a casa. Entonces, el coche que teníamos detrás nos adelantó, se mantuvo unos momentos a nuestra altura. Yo miré hacia dentro. Había dos hombres. El que iba sentado en el lugar del copiloto cruzó su mirada con la mía. Y me saludó inclinando la cabeza hacia abajo. Se alejaron. Me llevé la mano a la boca y tuve ganas de llorar. Nunca había pasado una angustia tan grande. El taxista me dijo algo en un inglés muy básico:

—It's all right, miss. Be calm! It was the police.

Yo asentí, no me salían las palabras, aún temblaba.

Cuando llegamos al aeropuerto sus luces de neón me cegaron. Sus ocho puertas estaban blindadas de policía armada. Curiosamente me sentí segura.

Me despedí del taxista con un tímido, ¡namasté! y le di una generosa propina. Habíamos sufrido juntos en silencio.

Busqué en las pantallas mi vuelo y me dirigí al mostrador para facturar. Estaba mareada, me costaba arrastrar la maleta y mis propios pasos. Cuando llegué estaba sola, no había rastro de gente, ni una fila, ni una maleta esperando, nada y la mujer que atendía tenía el rostro somnoliento. Pensé que quizá había llegado muy pronto al aeropuerto, o que era muy tarde ya. Todo estaba cerrado. Miré el reloj para comprobarlo, después el móvil para cerciorarme que coincidía la hora. Estaba correcta. Me acerqué.

La mujer me pidió el pasaje y la documentación sin muchas ganas, pero en cuanto vio mi nombre en el pasaporte sus ojos se iluminaron y se incorporó, de pronto, sonriéndome. Su actitud me sorprendió. Alzó un brazo como si saludase a alguien y volvió a ocuparse de la maleta con seriedad. Eso me descolocó aún más. Pensé que su ilusión había sido demasiado brusca, demasiado pasajera, quizá había pasado su enamorado por detrás de mí solo un momento antes, o su jefe.

Quizá. El amor y su metamorfosis.

Cuando terminó, recogí mis cosas con calma. La mujer aún me sonreía. Guardé el pasaporte y el billete en el abrigo, y el bolso

me lo colgué en el hombro. Me despedí con un gesto. Ella me indicó un camino, pero el paso a los mostradores de control de pasaportes previos a la puerta de embarque marcaba en la otra dirección. Y yo le dije que no, que se equivocaba. Ella me insistió. Apuntaba hacia la izquierda, pero yo tenía que ir hacia la derecha, podía ver los mostradores de aduanas. Además lo ponía claro en el billete. Se lo mostré. Ella seguía sonriendo, impasible, indicando con la mano hacia la izquierda. Me sorprendió su obstinación. Y más cuando salió del mostrador y con delicadeza me sujetó del brazo y me llevó hacia donde ella decía. Yo intenté soltarme y entonces ella pronunció dos palabras en mi lengua mirándome a los ojos. Su mirada deslumbraba:

—Luna. Sol.

¿Qué había dicho?

El corazón empezó a latirme muy deprisa. Se me salía del pecho. Aquel juego me excitaba y me daba pavor. Mi rostro estaba enrojecido, congestionado, me ardía la frente.

La mujer me indicó una puerta acristalada, parecía una zona vip. Volvió a sonreírme, me apretó las manos y asintió invitándome a moverme.

Después se alejó.

Mis pasos se habían vuelto ligeros mientras caminaban hacia la puerta. ¿Había venido Yamir a salvarme de él?, ¿por qué siempre estaba él en todas partes, incluso en las preguntas?, me lamenté en voz baja. ¿Iba Yamir a decirme que me quedara?, ¿quería yo quedarme?, ¿esto era el inicio de algo nuevo?, ¿de qué?, ¿pretendía darnos una oportunidad?, ¿qué había sido lo nuestro?, ¿acaso no había sido una ilusión?

Me miré la ropa, y la alisé. Me solté el cabello que tenía agarrado en una coleta. Y antes de entrar contemplé mi reflejo en el cristal. «¡Bien!, me dije, ¡allá vamos!».

Yamir me esperaba de pie al fondo de la sala. Iba vestido con traje gris marengo y corbata azul celeste. Un pañuelo de seda amarilla con paramencios blancos sobresalía de su bolsillo delantero. Sus zapatos de corte inglés, marrones, resplandecían. Su sonrisa también. Llevaba un ramo de flores, de lirios blancos, apoyado en el

brazo derecho. Me miraba fijamente a los ojos. Me atraía con un hilo invisible. Y cuando estuve tan cerca de él que mis labios casi rozaban los suyos, le pregunté:

—¿Por qué?

—No podía dejarte ir sin que supieras que lo que pasó fue de verdad.

—¿Fue de verdad?, por un momento creí que te había soñado. Te marchaste de la habitación sin despedirte, Yamir.

—Fui un cobarde. No soportaba la idea de perderte, de contemplarte mientras hacías la maleta, te estabas llevando una parte de mí. He sentido más emoción durante estos días de lo que lo he hecho en toda mi vida. Pero tampoco quería rogarte que te quedaras y no estaba preparado para promesas absurdas. Tú no perteneces a este caos, mi mundo no es el tuyo Abril y sé que no lo soportarías. Mi madre tampoco pudo.

—Quizá yo no sea como ella.

—Mientras dormías leí tus cuadernos.

—Sé que lo hiciste, sus páginas olían a ti, a nosotros.

—Viniste con el corazón roto.

—No estoy segura, pero creo que ya está curado.

—Durante esos días pasados, por primera vez en mi vida, sentí que había hecho algo bien, te vi sonreír.

—¿Y pensaste que me estabas salvando?

—¿Y no lo hice? En esas hojas hablas de mí. Hay temor, un abismo de tierra, de mundos, pero también algo grande, amor.

—Amar es una palabra enorme. Como enorme es la distancia y las culturas que nos separan. Y sí, es cierto, hablo de ti, por un momento me ilusioné con la idea de que todo era posible.

—¿Y no lo es?

—No lo sé, jugar a ser feliz no es lo mismo que serlo. El amor me ha resultado demasiado doloroso, y creo que no quiero repetir de nuevo, una llamada que no llega, la espera, las despedidas, estoy cansada de aguardar algo más, de mirar cerca y no a lo lejos.

—Siempre he pensado que no hay placer sin un cierto juego, pero lo que hemos vivido ha sido real y yo no estoy jugando. Desconozco a dónde nos llevará esta relación, no puedo saber lo

que no sé, pero te prometo intentarlo. ¡Anhelo tanto vivir, ser como ese río pequeño que desemboca en el mar! Además, a través de ti he llegado a mi madre y eso ha sido algo que nunca podré olvidar y que te agradeceré toda la vida. Tú me has enseñado a mirarla a través de tus palabras. Ella nos quiso y ahora lo entiendo todo. Siempre la culpé, ¿sabes?, y su abandono me convirtió en un hombre frío, de hielo, sobre todo con las mujeres. Pero ella no renunció a mí, no me dejó, solo se alejó del paisaje que yo conocía y amaba. Cuántas veces me pregunté durante mi juventud: ¿Por qué?, ¿por qué no es capaz de adorar esta tierra si sus colores son perfectos, si sus contrastes son la vida misma, si es una tierra tan hermosa? Nunca hallé una respuesta. No supe verlo, como un ciego no es capaz de darle forma a un tono azulado. Sin embargo, mi madre tenía razón, y es cierto, Abril, aquí la vida transita de otra manera, la India es muy dura, sí, tú lo has escrito muy bien, lo has descrito con tus ojos, con pupilas de occidente, con las mismas pupilas que tenía ella. Pero la India es también un tesoro. ¿Me dejarás mostrarte su oro? —me dijo cogiéndome con sus manos el rostro.

—Me gustaría. Me gustaría mucho que lo hicieras—le dije, cerrando los ojos. Sentía un vértigo enorme.

En aquel instante me besó. Fue un roce, una caricia. Nunca había sentido una emoción tan grande. Fue como un terremoto, el suelo parecía abrirse bajo mis pies. Y le abracé con fuerza para sujetarme y él me estrechó junto a su pecho. El reloj de péndulo de la pared de la sala sonó tímido, como si molestara, eran las cuatro y media de la madrugada. Debía irme. Soltarme, pero dolía tanto. No quería deshacerme de aquel abrazo. Y tuve la extraña sensación de que éramos dos almas internándose en un mundo desconocido, dos almas que podían estar juntas en ninguna parte, dos almas sin ciudad, sin límites, sin espacio ni tiempo, dos almas que empezaban de cero. Me estremecí al pensarlo.

—Comenzar de nuevo —susurré indecisa.

Y él me envolvió con más fuerza entre sus brazos y añadió con firmeza.

—Dejarnos llevar.



Sí, eso era lo que teníamos que hacer, dejarnos llevar, donde el corazón quisiera, daba igual. Eso sería lo más fácil. Lo difícil era el ahora, el después, el futuro, pronunciar la última frase, despegarme de aquel cariño que hubiera deseado eterno, decirle adiós con un nudo indisoluble en la garganta, recoger sus lirios blancos y apoyarlos sobre el regazo durante el largo viaje de vuelta, y aguardar, día tras día, a que se marchitaran en un vaso de cristal, aguardar, día tras día, ¿un reencuentro?

—Tengo que irme ya.

—Entonces, ¿esto no es un adiós?

—Desearía que no lo fuese, pero no puedo quedarme.

—No lo hagas, solo vuelve, ¿volverás?

—Lo intentaré, aunque tú también puedes venir a verme.

—Estoy seguro de que sabremos reencontrarnos.

—Sanjay y María lo hicieron.

—¿Sanjay?, ¿María?, ¿quiénes son?

—Unos amigos, quizá te cuente su historia la próxima vez que nos veamos.

—Estoy deseando escucharla. Suen a futuro —dijo con las pupilas brillantes.

—Suen a futuro —repetí pensativa acariciándole la cara. Su mirada aguada humedeció la mía—, suena como vuestra frase: Y mañana...

—¡A Delhi!

—¡O quizá a Madrid!

Sonreímos y nos abrazamos de nuevo. No quería irme. Me aferraba a su palpitación. Su pecho bombeaba con la fuerza de los tristes, y se unía al mío en una misma sinfonía. Me vino a la memoria la canción de Ha-Ash, ¿y yo qué haré con este amor?, ¿arriesgo el corazón?, ¿aguantaré que esté el otro lado del mundo, que el amor sea un látigo fugaz?

Di dos pasos hacia atrás e intenté respirar, me faltaba el aire. Apoyé la cabeza y las palmas de las manos sobre su pecho y me miré los pies, parecían estatuas romanas. Me emocionó mi propia ternura, mi imagen desamparada y su desolación. Sentía en la boca del estómago la esperanza de los ebrios, quería creer que algo

distinto era posible, necesitaba hacerle un hueco a aquella frase, «suenan a futuro». ¿Volvería aquella locura a arañarme?, ¿cómo podía saberlo?, ¡pobre corazón!

—Estoy muerta de miedo.

—No habría valentía sin ese miedo.

Permanecimos un instante a medias y llegaron los recuerdos, le vi desnudo sobre mi cama, entre intimidades, abriéndome en dos. Le vi abrazando mi carne, tocándola como si fuera un lienzo de óleo, dejándome la piel cubierta de huellas. Reconocí el anhelo de un cigarrillo fumado en compañía, las sábanas revueltas, la ropa tirada en el suelo como si fuera nada, basura y el después de la gloria, la ducha fría, la desesperación estudiantil del más, la intimidad húmeda del día y lo urbano y triste de la cotidianidad. Aquello tenía que significar algo más, algo material. Quizá un libro.

Un libro, sí, y podría comenzar con una nota de despedida. O con un título, ¿cuál sería el adecuado?, quizá uno que hablase de la luz de la India, de la luz que ilumina un nuevo romance, un hombre, una mujer, son tan solo un pretexto para volver a quererse, para ser gozo y puerta, para estar dentro y fuera, para sentirse vivos. No, mejor podría comenzar con la música más triste del mundo, la que arrastran los fracasos y continuar con un eco de amor que sonase a futuro. ¿Y un poema?, sí, un poema de Whitman sería perfecto para comenzar.

Lo tengo:

*Hemos visto las estaciones ofrecerse y pasar, y hemos dicho:*

*¿Por qué un hombre o una mujer no hacen lo que las estaciones*

*y se ofrecen como ellas?*

*Demorad un rato, pasad, sed copiosos, sobrios, castos, magnéticos,*

*y que lo que ofrezcáis vuelva como vuelven las estaciones, y que sea como ellas.*

# Agradecimientos

Ha pasado algún tiempo desde que terminé de escribir esta novela. Un año, dos, quizá algo más. Por fin ve la luz. Me hace feliz.

Pienso con gratitud en aquellos meses de escritura que pasé en silencio, en la delicada sinfonía que tienen los recuerdos y en que hoy salen de mí para ser compartidos con todos vosotros.

Quisiera agradecer este libro a un impulso, a una necesidad, a un viaje en grupo al corazón de la India, a una bonita amistad, y al amor, ¡ay el amor!, qué sería de nosotros sin esa ilusión que puede mover montañas.

Amar es un regalo.

Y viajar. No hay nada, salvo escribir, que pueda disfrutar con mayor intensidad. No hay nada, nada, que haga con mayor devoción.

Esta novela se fraguó allí, en la India, en cuadernos y a través de las ventanas. Los trayectos se me hicieron eternos. Nunca había escrito un diario de viajes, y aunque había leído multitud de libros sobre distintos lugares del mundo, no sabía muy bien cómo hablaros de todas aquellas sensaciones que llenaron mis días y el después, la vuelta.

La vuelta fue muy especial. Fue un cambio de vida, una urgencia por volver a lo esencial, por olvidarme de tanta superficie. Fue darme cuenta de lo afortunada que era, de todo lo que tenía. Y quise contarlo. Escribir sobre otros hogares, otras calles, otro mirar; escribir sobre las mentiras y la miseria, sobre el color; escribir sobre la mujer, y sobre el gran pilar que nos mueve a todos, el amor.

Siempre el amor. Está en el aire, está en cualquier lugar, incluso en el caos. Sin él, ¿qué seríamos?, ¿tendríamos sentido? El amor embellece, tiene el don de curar.

Mi más caluroso agradecimiento a María José que me regaló su preciosa y dura historia de amor y me llevó a la India en un viaje que nunca podré olvidar.

A todos mis compañeros de viaje, que pese a no salir en estas páginas, recuerdo con mucho, mucho cariño.

A Krisna, nuestro sabio guía.

A Anes, por su trabajo en la sombra, sus correcciones, su amistad, y sobre todo por su visión real de la India. Su mano guiándome fue fundamental.

A Alexia, mi gran descubrimiento, por embellecer las palabras que hay dentro, sus portadas son un sueño.

A todos los lectores.

A mis padres, mis hijos, Adriana y Samuel, y a Miguel, siempre, a Miguel, lo digo siempre, su amor está lleno de luz.

Luz de abril.

¿Quieres conocer un poco más a la autora?  
¿Sabías qué su color favorito es el amarillo?



Clara Fuertes nació en el corazón de Castilla, en un pueblo llamado Aranda de Duero (Burgos) y en un año decisivo, 1975.

Pasó su infancia y parte de su adolescencia en la ciudad de Valladolid.

Sin embargo, su alma siempre fue aragonesa y «Agua de Limón», su primera novela, sabe muy bien por qué. Después de cursar estudios universitarios —Ciencias Económicas y Empresariales—, enamorarse de verdad, ser madre, trabajar en la docencia y especializarse en orientación, la palabra escrita se convirtió en su testigo, en su vida.

Fue, según la autora, un encuentro mágico, un encuentro largamente deseado.

Viajera incansable, amante del arte, la literatura y la cultura, Clara Fuertes escribe para todos los públicos. Su palabra escrita denuncia (Otoño desde mi ventana, su segunda novela, así lo demuestra). Su palabra es esencia, crítica, desvelo, historia (Agua de Limón, basada en hechos reales), y sus obras siempre se encuentran a caballo entre la ficción y la vida real (¡Háblale!.... A quien comprenda tus palabras, La estela de Lidia).

Defensora de la mujer y de la infancia, la autora Clara Fuertes busca siempre implicarse. Anhela implicarnos, incluso a los más pequeños.

Descúbrela y síguela:

En Facebook: Clara Fuertes Escritora

En Twitter: [twitter.com/fuertes\\_clara](https://twitter.com/fuertes_clara)

En Instagram: fuertes\_clara

Y en su página de autor: <http://amzn.to/2qp5vgU>

Otras novelas de la autora:



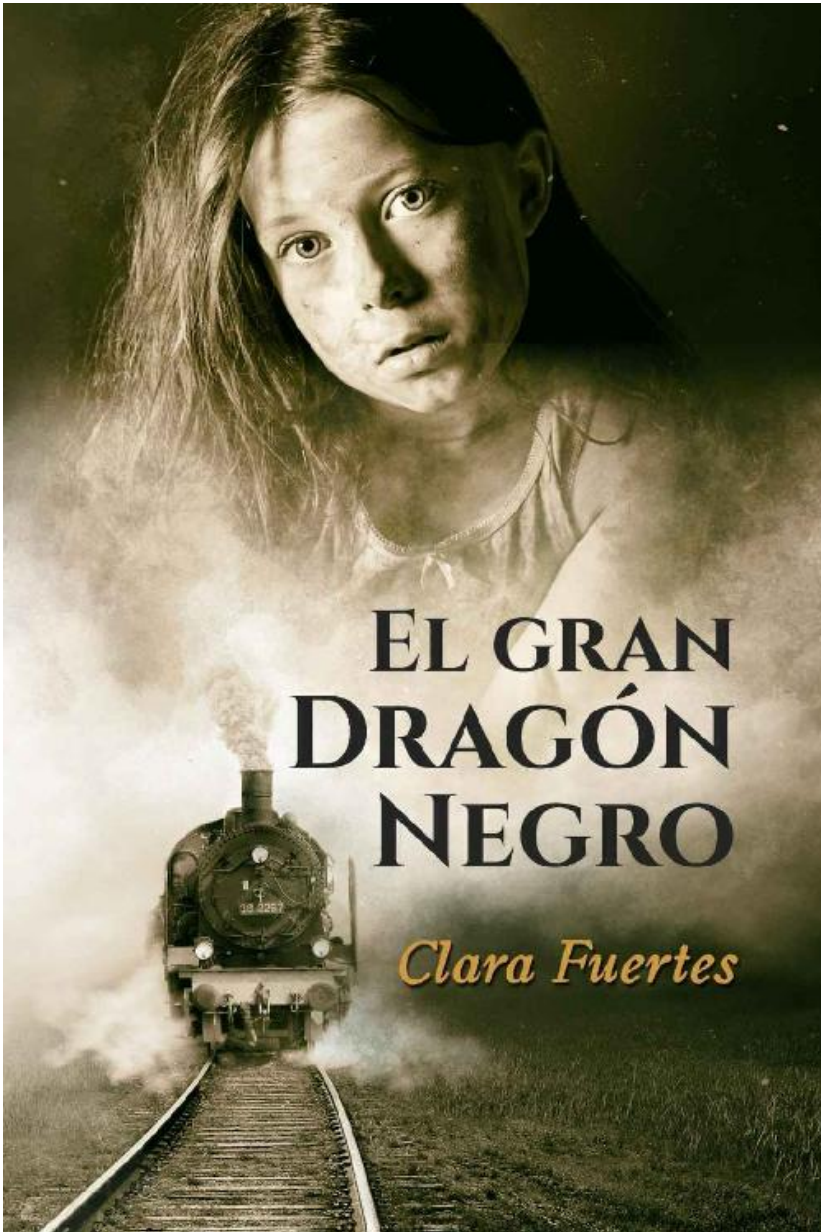


Otoño  
desde mi  
ventana

*Clara Fierres*







**EL GRAN  
DRAGÓN  
NEGRO**

*Clara Fuentes*



**¡FELIZ LECTURA!**